



**IRÈNE NEMIROVSKY**

**LOS PERROS Y LOS LOBOS**



Título original: Les Chiens et les Loups

Ouvrage publié avec le concours du Centre national du livre

Obra publicada gracias a la colaboración del Centro Nacional del Libro

Imagen de la cubierta: Dagmar Morath

Copyright © Éditions Albin Michel, 1940

Copyright de la edición en castellano

© Ediciones Salamandra, 2011

ISBN: 978-84-9838-358-4

Depósito legal: B-8440-2011

1ª edición, abril de 2011

Printed in Spain

**1**

A los ojos de sus habitantes judíos, la ciudad ucraniana de la que eran originarios los Sinner tenía tres zonas claramente diferenciadas, como las que se ven en ciertas pinturas antiguas: abajo, atrapados entre las tinieblas y las llamas del infierno, los réprobos; en el centro de la tela, iluminados por una luz pálida y serena, los mortales; y en lo alto, los elegidos.

En la ciudad baja, junto al río, vivía la chusma, los judíos desharrapados, los pequeños artesanos, los arrendatarios de sórdidas tiendas, los vagabundos y una horda de chiquillos que se revolcaban en el barro, sólo hablaban yidis y llevaban camisetas andrajosas, enormes gorras sobre los delgados cuellos y largos tirabuzones negros. Muy lejos de allí, en la cima de las colinas coronadas de tilos, entre las casas de los altos funcionarios rusos y los nobles polacos, se alzaban algunas hermosas villas propiedad de judíos ricos. Habían elegido ese barrio porque en él se respiraba aire puro, pero sobre todo porque a comienzos de ese siglo, durante el reinado de Nicolás II, en Rusia sólo se toleraba a los judíos en determinadas ciudades, en ciertos barrios, en algunas calles y, en ocasiones, sólo en un lado de la calle, mientras que el otro les estaba prohibido. No obstante, las restricciones únicamente regían para los pobres; no se sabía de ninguna, por estricta que fuera, que hubiera resistido al soborno. Los judíos tenían a gala desafiarlas, no por vano espíritu de contradicción o por amor propio, sino para demostrar a los demás judíos que eran mejores que ellos, que habían ganado más dinero, que habían vendido a mejor precio la remolacha o el trigo. Era una forma práctica de hacer patente la magnitud de su riqueza. Fulano había nacido en el gueto. A los veinte años, ganaba unos chavos: subía un peldaño en la escala social; cogía los bártulos y se mudaba lejos del río, junto al mercado, en el límite de la ciudad baja. Cuando se casara, ya estaría viviendo en la acera par de la calle, la prohibida. Luego seguiría prosperando: se trasladaría al barrio en que según la ley ningún judío tenía derecho a nacer, vivir ni morir. Lo respetarían; para los suyos, sería objeto de envidia y, al mismo tiempo, motivo de esperanza: se podía trepar hasta tamañas alturas. Con ejemplos así, el hambre no importaba; el frío y la miseria nada significaban, y eran muchas las miradas que se elevaban desde la ciudad baja hasta las oreadas colinas de los ricos.

Entre esas dos zonas extremas se situaba una región neutra, un medio indefinido que no favorecía ni la opulencia ni la miseria y donde convivían sin grandes choques burgueses rusos, polacos y judíos.

No obstante, la propia ciudad media se hallaba dividida en pequeños clanes que se envidiaban y despreciaban mutuamente. El estrato superior lo constituían los



médicos, abogados y administradores de las grandes propiedades, mientras que el vil populacho estaba formado por tenderos, sastres, boticarios...

Pero había una categoría social que se ganaba duramente el pan y servía de vínculo entre los distintos barrios al ir de casa en casa, de la ciudad baja a la alta. El padre de Ada, Israel Sinner, pertenecía a ese gremio, el de los *maklers*, o intermediarios, cuyo trabajo consistía en comprar y vender por cuenta ajena remolacha, azúcar, trigo, maquinaria agrícola y cualquier otra cosa con que se comerciara en Ucrania, aunque, dependiendo de las necesidades de su clientela, podían añadir a su lista de productos la seda y el té, el lokum y el carbón, el caviar del Volga y la fruta procedente de Asia. Suplicaban, se rebajaban y criticaban la mercancía del rival; se lamentaban, juraban en falso y hacían uso de todos los recursos de su imaginación y su sutil dialéctica para cerrar la venta. Se los reconocía por la rapidez con que hablaban, por los aspavientos, la prisa (en una época y un país en que nadie la tenía), por la humildad, la tenacidad y otras muchas cualidades que así los distinguían.

A veces, Ada, apenas una criatura, acompañaba en sus idas y venidas a su padre, un hombrecillo delgado de ojos tristes, que la quería y se sentía reconfortado llevándola de la mano. Aflojaba el paso por ella y se inclinaba con solicitud para colocarle bien el grueso chal de lana gris sobre el viejo abrigo y la gorrita con orejeras de terciopelo marrón: el viento cortante parecía acechar a los transeúntes a la vuelta de la esquina para abofetearlos con exultante ferocidad.

—Ten cuidado. ¿No tienes frío? —le preguntaba a la niña.

Y le decía que respirara a través del chal a fin de que el aire helado se calentara al pasar por la lana. Pero no podía: Ada sentía que se ahogaba y, en cuanto su padre se volvía, hacía un agujerito en el chal con las uñas y trataba de atrapar los copos de nieve con la punta de la lengua. Iba tan tapada que lo único que se veía de ella era un pequeño bulto cuadrado sobre unas piernas delgadas y, de cerca, entre la gorra oscura y el chal gris, dos grandes ojos negros agrandados aún más por las oscuras ojeras, de mirada tan atenta y asustadiza como la de un animalillo salvaje.

Acababa de cumplir cinco años y empezaba a fijarse en su entorno. Hasta entonces había vagado por un mundo tan desproporcionado respecto a su diminuta persona que apenas era consciente de que existía: la abrumaba. Le importaba tanto como podría interesarle a un insecto agazapado en la hierba. Pero ahora que había crecido empezaba a descubrir la vida: aquellos gigantes inmóviles en los umbrales de las puertas con carámbanos en los bigotes, que soltaban un aliento que apestaba a alcohol (curiosamente, se transformaba en un chorro de vapor y luego en agujillas de hielo), eran simples hombres, *dvorniks*, vigilantes de edificios. También se había familiarizado con otros seres cuyas cabezas parecían perderse en las nubes y que



arrastraban tras de sí relucientes sables. Los llamaban oficiales. Eran temibles, pues, cuando los veía, su padre parecía pegarse a las paredes y empequeñecer aún más. Pese a todo, Ada creía que pertenecían a la comunidad humana. Desde hacía algún tiempo se atrevía a mirarlos. Algunos llevaban una capa gris forrada de rojo (la tela escarlata, distintivo del grado de general, se veía cuando subían a un trineo) y una larga barba cana, como su abuelo.

En la plaza, se paraba unos instantes a contemplar los caballos, que en invierno iban cubiertos con unas redecillas rojas o verdes adornadas con borlas, para que la nieve que levantaban los cascos no les cayera encima. Aquello era el centro de la ciudad; había elegantes hoteles, tiendas, restaurantes, luces, ruido... Pero enseguida volvían a adentrarse en las callejas en cuesta que bajaban hasta el río, mal empedradas y apenas iluminadas por farolas, hasta que al final se detenían ante la casa de algún posible cliente.

En una estancia de techos bajos, en penumbra y llena de humo, cinco o seis hombres gritaban como gallinas en el tajo. Tenían la cara enrojecida y las venas de la frente hinchadas. Alzaban los brazos al cielo o se golpeaban el pecho.

—¡Que Dios me mate aquí mismo si miento! —exclamaban.

Y a veces, señalando a Ada:

—¡Pongo a Dios por testigo, sobre la cabeza de esta inocente niña, de que esta seda estaba intacta cuando la compré! ¡Qué culpa tengo yo, judío para mi desgracia y cargado de hijos, si por el camino los ratones se han comido un trozo!

Se enfadaban. Se iban. Cerraban de un portazo. Esperaban un momento al otro lado de la puerta. Volvían. Fingiendo indiferencia, los compradores bebían té en grandes vasos con soporte de plata. Los intermediarios (siempre cinco o seis, que se presentaban al mismo tiempo en cuanto olían negocio) se acusaban mutuamente de engaños, robos, timos y cosas aún peores; parecían a punto de despedazarse. Luego, todo se tranquilizaba: el trato estaba cerrado.

El padre de Ada la cogía de la mano y salían. En la calle, soltaba un hondo y largo suspiro que acababa con un cabeceo y una sorda y dolorida queja, tanto si el *geschäft*<sup>1</sup> había fracasado y los esfuerzos, las semanas de conversaciones y gestiones habían sido vanos, como si había vencido a sus competidores:

—¡Oh, Dios mío, Señor!

Porque siempre había que suspirar y lamentarse: omnipresente e impasible, Dios vigilaba al hombre como una araña en el centro de su tela, dispuesto a castigarlo si se mostraba orgulloso de su éxito. Dios siempre estaba ahí, diligente y celoso;

---

<sup>1</sup> «Negocio» en yidis.



había que temerlo y, al tiempo que se le agradecían sus bondades, evitar que creyera haber cumplido todos los deseos de su criatura, para que no se cansara, para que siguiera protegiéndola.

Luego iban a otra casa, y a otra. A veces, subían hasta las mansiones de los ricos. En esas ocasiones, Ada esperaba en el vestíbulo, tan impresionada por el lujo de los muebles, los numerosos criados y el grosor de las alfombras que ni se atrevía a moverse. Se quedaba sentada en el borde de la silla con los ojos muy abiertos y casi sin respirar. De vez en cuando se pellizcaba las mejillas para no dormirse. Por fin, volvían a su hogar en tranvía, cogidos de la mano, en silencio.



## 2

—Mire, Simon Arkadiévich —dijo el padre de Ada—, a mí me pasa lo que a ese judío que fue a quejarse a un *zadik*, un hombre santo, y a pedirle consejo para remediar su pobreza. —E Israel Sinner representaba la conversación entre el pobre y el *zadik*—: «Santo hombre, estoy en la miseria, tengo diez hijos a quienes alimentar, una mujer gruñona, una suegra con una salud de hierro, fuerte y con buen apetito... ¿Qué puedo hacer? ¡Ayúdame!» Y el santo varón le contestó: «Mete doce cabras en casa.» «¿Cómo? Pero ¡si ya vivimos amontonados como arenques en un tonel! Dormimos todos juntos en un mísero jergón. No podemos respirar. ¿Dónde pongo a los animales?» Y el santo le respondió: «Escucha, hombre de poca fe. Llévate las cabras a casa, y glorificarás al Señor.» Al cabo de un año, el pobre volvió. «Bueno, ¿eres más feliz?», le preguntó el hombre santo. «¿Más feliz? ¡Mi vida es un infierno! ¡Si he de quedarme con las malditas cabras, me mato!» «Bien, pues ahora vas a deshacerte de ellas y disfrutarás de la felicidad que antes no reconocías. Sin sus cornadas y su hedor, tu pobre cabaña te parecerá un palacio. En este mundo, todo es relativo.» Así que ya ve, Simon Arkadiévich, yo también me quejaba de la Providencia de un modo parecido. Tenía que cuidar de mi suegro y criar a mi hija. Me mataba a trabajar y apenas podía alimentarlos, pero sudar a chorros para obtener un trozo de pan es el estado natural del hombre. Hacía mal en quejarme. Resulta que acabo de enterarme de que mi hermano ha muerto y su viuda, mi cuñada, va a venir a vivir a casa con sus dos pequeños. Tres bocas más. Trabaja, sufre, pobre diablo, mísero judío; ya descansarás bajo tierra.

Así supo Ada de la existencia y la inminente llegada de sus primos. Empezó a tratar de imaginar sus caras, un juego que la absorbía durante horas, en las que dejaba de oír y ver lo que ocurría alrededor, hasta que despertaba como de un sueño.

—Me han hablado de un cargamento de pasas procedente de Esmirna —oyó que le decía su padre a Simon Arkadiévich—. ¿Le interesa?

—¡Déjeme tranquilo! ¿Qué quiere qué haga con las dichas pasas?

—No se enfade, no se enfade... Puedo conseguirle estopilla de Nijni a buen precio...

—¡Váyanse al infierno usted y su estopilla!

—¿Qué me dice de un lote de sombreros parisinos de señora, sólo un poquito estropeados debido a un accidente de tren, que han permanecido en consigna en la



frontera y pueden comprarse a mitad de precio?

—Hum... ¿Qué precio?

—La tía y los primos, ¿van a vivir con nosotros? —le preguntó Ada a su padre una vez en la calle.

—Sí.

Caminaban por una gran avenida desierta. Varias arterias nuevas horadaban la ciudad según un ambicioso plan: eran lo bastante anchas como para que un escuadrón maniobrara entre las dos hileras de tilos, pero el único que las recorría de punta a cabo era el viento, que arrastraba el polvo con un silbido agudo y jubiloso. Era un atardecer de verano, bajo un cielo límpido y púrpura.

—En casa habrá una mujer para cuidar de ti —dijo al fin Israel mirando a Ada con tristeza...

—No quiero que cuiden de mí.

Su padre negó con la cabeza.

—Así la criada no robará y tú no te pasarás el día en la calle conmigo.

—¿Es que no te gusta? —preguntó la niña con una vocecilla temblorosa.

Israel Sinner le acarició el pelo.

—Me gusta, pero tengo que andar despacio para que tus piernecillas no se cansen, y nosotros, los comisionistas, nos ganamos el pan corriendo. Cuanto más corremos, antes llegamos a casa de los ricos. Otros ganan más dinero que yo porque corren más; pueden dejar a sus hijos en casa, bien calentitos. —«Con su mujer...», pensó.

Pero no había que hablar de los muertos, por miedo supersticioso a atraerse la enfermedad, la desgracia (los demonios siempre estaban al acecho), y también para no entristecer a la pequeña. Tiempo tendría de aprender lo difícil e incierta que era la vida, siempre dispuesta a arrebatarlos los bienes más preciados. Y, además, el pasado era el pasado. Si uno pensaba en él perdía las fuerzas necesarias para vivir. Así que Ada crecería conociendo apenas el nombre de su difunta madre, sin haber ido jamás a visitar su tumba, sin haber oído una sola palabra sobre ella y su breve existencia. En la casa había una fotografía desvaída, la de una niña con uniforme escolar y el largo y negro pelo suelto sobre los hombros. Medio oculto en la sombra de una colgadura, daba la impresión de que el retrato observaba a los vivos con reproche. «Yo también era como vosotros —parecían decir sus ojos—. ¿Por qué os asustó?» Pero por dulce, por tímida que hubiera sido, daba miedo, pues habitaba en un reino donde no hay comida, ni sueño ni temor ni agrias disputas ni, en definitiva.,



nada de cuanto constituye el destino del ser humano sobre la tierra.

El padre de Ada temía la llegada de su cuñada y sus sobrinos, pero lo cierto era que su hogar estaba sucio y abandonado, y él necesitaba una mujer que se ocupara de la niña. En lo tocante a sí mismo, se resignaba a ser para siempre un pobre hombre sin educación, aunque en el momento de su boda sus sueños hubieran sido otros... Sin embargo, uno mismo, los propios deseos, en definitiva, importan poco. Trabajas, vives, albergas esperanzas respecto a tus hijos... ¿Acaso no son tu carne y tu sangre? Con que Ada dispusiera de más bienes materiales que él, se daría por contento. Se la imaginaba bien arreglada, con un bonito vestido bordado y una cinta en el pelo, igual que las hijas de los ricos. ¿Cómo iba a saber él vestir a una niña? Con aquella ropa demasiado ancha y larga, que le compraba por la calidad del tejido, tenía un aspecto triste y anticuado, y la combinación de colores no siempre era acertada. Echó un vistazo al vestido de tela escocesa que llevaba su hija, con una camisola de terciopelo negro confeccionada por Nastasia, la cocinera. Tampoco le gustaba el peinado de Ada, con aquel tupido flequillo que le llegaba hasta las cejas y aquellos tirabuzones negros cortados irregularmente sobre el cuello. Aquel pequeño y delgado cuello... Se lo rodeó con los dedos y lo apretó suavemente, con el corazón henchido de ternura. Pero, como era judío, no le bastaba con ver a su hija en sueños bien alimentada, bien cuidada y, más tarde, bien casada. Le habría gustado descubrir en ella algún talento, algún don extraordinario. ¿No sería una concertista o una gran actriz en el futuro? Forzosamente, sus ambiciones eran limitadas y modestas, pues se trataba de una niña. ¡Ah, vano deseo, esperanza frustrada! ¡Un hijo! ¡Un varón! Dios no lo había querido... Pero Israel Sinner se consolaba pensando en algunos de sus amigos, cuyos hijos varones, lejos de alegrar su vejez, constituían su aflicción, su oprobio y el castigo patente del Eterno: se metían en política y acababan encarcelados o desterrados por el gobierno, o malvivían lejos, en ciudades extranjeras.—Y no es que él descartara enviar a Ada a estudiar a Suiza, Alemania o Francia más adelante. Pero había que trabajar, que ahorrar incansablemente. Consultó la mugrienta libreta donde inventariaba los productos que ofrecía y apretó el paso.

**3**

Al atardecer, apretujados en el sofá de cuero del estrecho comedor, todos bebían un vaso tras otro de té, fuerte y muy caliente, con una rodaja de limón, sosteniendo un azucarillo entre los dientes, hasta que Ada se quedaba dormida allí mismo. Por la puerta de la cocina, siempre abierta, escapaba el humo del horno. Nastasia hacía resonar los platos y removía la leña en la estufa, tan pronto cantando como refunfuñando con voz aguardentosa. Gruesa, pesada y fofa, iba descalza y apestaba a alcohol. Como sufría un dolor de muelas crónico, llevaba la ancha y enrojecida cara enmarcada por una pañoleta vieja y descolorida. Pese a todo, era la Mesalina del barrio y rara era la noche en que no se veían las botas de un soldado del cuartel cercano en la cocina, delante de la sucia y raída cortina que ocultaba su cama.

El abuelo materno de Ada vivía con su yerno. Se trataba de un anciano bien parecido, de frente ancha y deprimida, nariz larga y afilada y el rostro adornado por una barba cana. Su vida había sido extraña; aún muy joven, había huido del gueto y viajado por Rusia y Europa. No lo animaba la pasión del oro, sino la del estudio, de modo que había regresado tan pobre como se había marchado, pero con una maleta repleta de libros. Su padre había muerto; tenía una madre a la que alimentar y hermanas a quienes casar. Nunca había hablado con nadie de sus vagabundeos, experiencias o sueños. Había retomado el negocio paterno de joyero; vendía modestas piezas de plata y los anillos y broches adornados con piedras de los Urales que compraban los novios de la ciudad baja. Pero si se pasaba el día tras el mostrador, en cuanto caía la noche echaba la cadena y el candado a la puerta y abría la maleta de los libros. Cogía una resma de papel, una vieja pluma que crujía y escribía una obra que Ada nunca llegaría a ver acabada y de la que sólo conocía el título, que le resultaba incomprensible: «Carácter y reivindicación de Shylock.»

La tienda ocupaba la planta baja de la casa de los Sinner. Después del té de la tarde, el abuelo, con su manuscrito bajo el brazo y tintero y pluma en mano, bajaba al almacén. El quinqué humeaba sobre la mesa; la estufa, repleta de leña, ronroneaba y difundía su calor y su resplandor rojizo. Cuando su padre volvía a marcharse, Ada dejaba a Nastasia en brazos del soldado de turno y, frotándose los ojos, que se le cerraban de sueño, bajaba con su abuelo y se sentaba discretamente en una silla arrimada a la pared. El anciano leía o escribía. La corriente de aire helado que entraba por debajo de la puerta hacía revolotear la punta de su larga barba. Aquellas veladas invernales, de una paz melancólica, eran los momentos más dichosos de la niña. Y ahora la llegada de la tía Rhaissa y sus primos iba a arrebatárselos.

La tía Rhaissa era una mujer delgada, nerviosa y seca, de barbilla y nariz



puntiagudas, lengua afilada y ojos brillantes y agudos como la punta de una aguja. Estaba muy orgullosa de su fino talle, que estrechaba aún más con los corsés altos de la época y un pequeño cinturón de hebilla. Era pelirroja, y el contraste entre sus ígneos cabellos y su delgada y marchita cara producía un efecto extraño y desagradable. Iba peinada a lo Yvette Guilbert, con mil ricitos rojizos sobre la frente y las sienes, y muy tiesa, con el escuálido torso ligeramente echado atrás en su esforzada rectitud; mantenía los finos labios apretados, mientras con los párpados entornados lanzaba una mirada penetrante, terrible, a la que nada escapaba. Cuando estaba de buen humor, tenía una forma peculiar de hinchar el cuello y sacudir ligeramente los hombros que recordaba los movimientos de un largo y fino insecto al agitar los élitros. Por su delgadez, su energía y su maldad juguetona, bulliciosa, se asemejaba a una avispa.

En su juventud, la tía Rhaissa había robado algún que otro corazón; al menos, eso daba a entender con sus sofocados suspiros. Era una criatura ambiciosa; se había casado con el propietario de una imprenta, pero desde su viudez se sentía de vuelta a un escalón inferior de la sociedad. ¡Ella, que había conocido a intelectuales —decía con una sonrisita despectiva y orgullosa asomando a los labios—, ya no era más que una pariente pobre! ¡La habían recogido por caridad! Y lo que era el colmo de la decadencia: ¡vivía en el barrio judío, encima de una mísera tienda!

—Y, sin embargo, Isa —le decía a su cuñado—, ¿no te exige tu apellido criar a tus hijos en un lugar menos sucio y miserable? Pareces haberlo olvidado, pero yo recordaré mientras viva que el apellido de mi pobre marido, y, en consecuencia, el tuyo, es Sinner.

Ada la escuchaba sentada en su sitio de costumbre, el viejo sofá, entre sus primos Lilla y Ben. Debía de ser poco después de la llegada de sus parientes; era uno de los primeros recuerdos de Ada. Estaban tomando el té de la tarde. Su abuelo, su padre y su tía se hallaban sentados en sillas de rejilla de respaldo negro, a las que llamaban, no sabía por qué, «sillas de Viena», aunque se las hubieran comprado al revendedor de la plaza del mercado, y los niños en el sofá de cuero marrón con respaldo alto y recto. A Ada su hogar siempre le había parecido oscuro y poco acogedor, y realmente así era. Se trataba de una casa vieja con cuatro habitaciones, pequeños pasillos mal iluminados y profundos armarios empotrados; los cuartos estaban a diferentes niveles, de modo que para recorrer la vivienda había que bajar y subir escalones desiguales y atravesar cuartuchos sin utilidad clara, con suelo de ladrillos, siempre helados, y en los que al caer la noche penetraba la mortecina y temblorosa luz de la farola del patio. En aquella casa, donde Ada pasaba miedo a menudo, el sofá constituía su refugio: en él jugaba, esperaba la llegada de su padre y se quedaba dormida por la noche, mientras los mayores charlaban alrededor sin



acordarse de mandarla a la cama. Y detrás de los cojines escondía viejas estampas, juguetes rotos —sus preferidos— y lápices de colores. El sofá estaba muy estropeado; en algunos sitios, el raído cuero estaba hecho jirones y los muelles chirriaban. Pero a ella le gustaba. Ahora que Ben dormiría en él se sentía menospreciada y desposeída.

Sostenía la taza llena con ambas manos y soplabla sobre el té con tanta aplicación que su carita parecía desaparecer en el gran cuenco; no se le veía más que el tupido flequillo negro.

Su tía la miró.

—Ven, Adoska —le dijo, tratando de mostrarse amable—. Voy a recogerte el pelo con una cinta muy bonita, cariño.

Obediente, la niña se levantó; pero debía abrirse paso por el estrecho pasillo que quedaba entre las piernas de los demás y la mesa, que tardó en rodear. Cuando llegó a su lado, Rhaisa se había olvidado de ella. Ada se encaramó a las rodillas de su padre y se quedó escuchando la conversación de los mayores, mientras intentaba introducir el dedo en los anillos de humo del cigarrillo de Israel, tenues y ligeros zarcillos azulados que se deshacían en cuanto acercaba la mano.

—Somos Sinner —decía su tía con orgullo—. ¿Quién es el más rico en esta ciudad, sin ir más lejos? El viejo Salomon Sinner. ¿Y en Europa? —Se volvió hacia el abuelo de Ada—. Usted que ha viajado, Ezequiel Lvóvich, ¿ha visto los palacios de la familia en Londres y Viena?

—No somos parientes tan cercanos —observó el padre de Ada con una risita de apuro.

—¿Ah, no? ¿No somos tan cercanos? ¿Y por qué no, si puede saberse? Tu propia abuela, ¿no era prima hermana del viejo Sinner? Los dos correteaban descalzos por el barro. Luego ella se casó con tu abuelo, que tenía una tienda de ropa y muebles viejos en Berdichev.

—Se llaman traperos —terció Ben de pronto.

—¡Cállate! —le ordenó su madre con severidad—. No sabes lo que dices. Los traperos llevan hatos de ropa vieja a la espalda y la venden por los patios de vecinos, de puerta en puerta. Pero tu abuelo tenía una tienda y un dependiente. Y los años buenos, dos. Durante esa época, Salomon Sinner trabajó y se enriqueció. Y sus hijos prosperaron y se enriquecieron aún más, tanto que hoy en día su fortuna puede compararse a la de los Rothschild. —En ese momento, la expresión de incredulidad de su público le hizo comprender que se había excedido—. Tienen unos millones menos que los Rothschild, un par o tres, ya no me acuerdo, pero son enormemente ricos, y parientes nuestros. Eso es lo que no debe olvidarse. Si fueras un hombre de



mayor iniciativa, mi pobre Isa, y dejaras de poner esa cara de perro apaleado, la misma cara desde que naciste, según decía tu hermano, podrías ser alguien en esta ciudad. El dinero es el dinero, pero el nacimiento es el nacimiento.

—El dinero... —repitió el padre de Ada con suavidad y, tras suspirar, sonrió débilmente.

Todos callaron. Israel Sinner vertió un poco de té en el platillo de la taza, negó con la cabeza y se lo tomó. El dinero era bueno para cualquiera, pero para el judío era como el agua que bebía y el aire que respiraba. ¿Cómo vivir sin dinero? ¿Cómo pagar los sobornos? ¿Cómo meter a los hijos en la escuela cuando se había cubierto el cupo? ¿Cómo conseguir la autorización para ir aquí o allá, para vender esto o aquello? ¿Cómo librarse del servicio militar? ¡Ay, Dios mío! ¿Cómo vivir sin dinero?

El abuelo movía con suavidad los labios mientras mentalmente citaba el salmo necesario para el capítulo XII, párrafo 7 de su libro, que se le resistía. Para él, el parloteo de la familia era como si no existiera. El mundo exterior sólo tenía importancia para los seres groseros que no sabían abstraerse en las meditaciones desinteresadas y las puras especulaciones del espíritu.

La tía Rhaisa miraba con mal disimulada repugnancia aquel comedor miserable, desordenado e impregnado del humo de la cocina que la corriente de aire arrastraba. El empapelado, verde oscuro decorado con palmas plateadas, estaba pringoso y desgarrado; el solitario sillón de felpa, raído y cojo. Se oían los gritos inhumanos de un borracho apaleado por la policía a la orilla del río. Ella ya no confiaba en sus propias fuerzas para mejorar su situación. En otros tiempos, en cambio, había luchado con uñas y dientes. Siendo una muchacha, no se había limitado a confiar en los buenos oficios del casamentero, sino que había buscado marido entre los estudiantes de la ciudad cuya inteligencia y seriedad les auguraba una situación desahogada. Y había reemprendido la caza varias veces, sin desanimarse... hasta que uno de ellos había caído al fin en sus redes. Pero ¡cuánto esfuerzo le había supuesto! ¡Cuántas faldas de seda pacientemente enjaretadas, cuántos viejos sombreros remozados en el silencio nocturno de su habitación! ¡Cuántos inacabables paseos por la calle mayor de su ciudad natal, por la que desfilaban al atardecer las chicas casaderas y los solteros jóvenes! ¡Cuántas miradas, cuántos desaires soportados en silencio, cuántas estratagemas, qué largas y pacientes cavilaciones hasta conseguir al fin arrebatarse al elegido a amigas más guapas y ricas! ¡Qué guerra tan larga, cruel y silenciosa! Pero ¿qué podía hacer ahora, pobre viuda indefensa? Había envejecido, y el esposo conquistado tras tantas luchas e intrigas — un buen marido, dueño de la primera imprenta de la ciudad— había muerto de repente y la había dejado con dos hijos, la preciosa Lilla, de doce años, y aquel granuja de Ben. Su hija constituía su única esperanza.



Lilla, con uniforme de colegiala, la tez blanca, su hermoso rostro serio y dulce, y el pelo moreno recogido en la nuca con un gran lazo de satén negro, y Ben, con aquellos largos rizos oscuros y su delgado y pálido cuello, estaban sentados juntos muy erguidos y lanzaban miradas curiosas y asustadas alrededor. En realidad, Ben parecía más burlón que asustado. Tenía seis años y era bajo para su edad, pero una expresión sarcástica, perspicaz, amarga, si tales sentimientos hubieran sido posibles en un niño tan pequeño, avejentaba sus facciones. Había momentos en que recordaba a un mono tan enclenque como astuto. Su cara nunca estaba quieta, cambiaba sin cesar. Hablaba poco, pero tanto sus miradas como sus sonrisas eran sumamente expresivas; las manos se agitaban, los labios se movían. Alternativamente, imitaba los gestos de su madre, su tío, su abuelo, no sólo como burla, sino también por un mimetismo inconsciente. Todo lo apasionaba. Levantó la tapa del azucarero para ver una mosca atrapada en el interior; guiñó los ojos, esbozó una mueca espantosa, se inclinó para observar los movimientos de las patas del insecto, lo atrapó y lo dejó caer en la taza de Ada. A continuación, se apoderó del reloj de su tío, lo abrió con dedos ágiles y empezó a mover las agujas. De vez en cuando se bajaba de la silla, se acercaba a la ventana y pegaba la pálida y afilada carita a los cristales. Pero como estaban cubiertos de escarcha, volvía la cabeza a derecha e izquierda con movimientos bruscos. En los dibujos del cristal, su aliento formaba un círculo húmedo y oscuro por el cual veía la calle, donde todas las tiendas estaban cerradas y no había un alma. Y a continuación volvía junto a Lilla.

A través del humo que flotaba sobre su cabeza, Ada buscó entre la oscuridad y las manchas del techo un alargado y blanco rostro que sólo ella veía al ladearse en cierto ángulo. El rostro se inclinó hacia la niña y le dedicó un enigmático gesto. Ada sonrió y apoyó la cabeza en el hombro de su padre. Luego cerró los ojos y se durmió.

**4**

Ada tenía siete años. Poco a poco, había ido habituándose a vivir con su tía y sus primos. Lilla y Ben la dejaban en paz y Rhaissa sólo se ocupaba de ella cuando estaba delante su cuñado, que, tranquilo respecto a la suerte de su hija, ya no se la llevaba con él. Así que vivía más abandonada que antes, jugando en silencio en el viejo sofá o en el patio. Los domingos salía con Lilla, a quien la niña le resultaba útil para sus citas con estudiantes de instituto, porque se limitaba a corretear dócilmente delante de la pareja y, a la vuelta, contaba todas las mentiras que fueran necesarias.

En invierno, los adolescentes se encontraban en las pastelerías (a esa edad el amor abre el apetito), donde devoraban una asombrosa cantidad de pastelillos en forma de pequeños corazones escarchados con azúcar rosa y rellenos de crema, que compartían generosamente con Ada. Al comerlos, había que procurar que en los pliegues del abrigo no les quedaran migas, reveladoras a los penetrantes ojos de Rhaissa, que, hablando de Lilla, decía con una risita sarcástica: «Mi hija no me la pegará. Un gitano no se deja robar.»

El dicho popular significaba que no se podía engañar a quien en su día había practicado las peores tretas. Y, desde luego, la tía Rhaissa parecía saber de qué hablaba... Pero, cuando regresaban, nunca se percataba de las mejillas rojas, las ojeras ni el pelo alborotado de su hija. En verano, los adolescentes se encontraban en los parques públicos. En la ciudad había cuatro: el de la plaza Nicolás, el Botánico y, en las colinas, el del Zar y el del Círculo de Comercio. Aquellos domingos nublados de polvo, las chicas paseaban cogidas del brazo alrededor del quiosco de música con un sombrero de paja, el delantal tenso sobre los incipientes pechos y la falda abombada en los riñones, mientras que los chicos vestían camisa clara, el cinturón con la hebilla del águila imperial comprimiéndoles el talle y el quepis echado hacia atrás con chulería. Intercambiaban miradas tiernas y cartitas de amor en tanto los vientos de la banda militar vibraban en el rosado atardecer. Los supervisores de los colegios iban de aquí para allá espionando los tejemanejes amorosos, pues las costumbres eran severas. Pero los jóvenes se burlaban; al caer la noche, volvían a encontrarse al otro lado de la verja. Bajaban lentamente por el largo paseo desierto, por el que sólo pasaba el heladero agitando su campanilla. Ada recibía un cucurucho de chocolate de manos de su prima y echaba a correr delante de la pareja, escrutando las sospechosas sombras de las casas y silbando cuando veía a un viandante, mientras el helado se derretía lentamente al calor del crepúsculo.

Un día de primavera, Lilla y su enamorado, con Ada pegada a sus talones, habían ido a pasear al Jardín Botánico. Era un sitio un tanto abandonado y silvestre.



En unas jaulas de hierro languidecían unos cuantos animales: un águila del Cáucaso comida por los parásitos, varios lobos, un oso muerto de sed... Una jaula se hallaba vacía; según decían, unos años antes, sus ocupantes, zorros, habían excavado túneles en el terreno y escapado. No quedaban más que los barrotes de hierro, el viejo cerrojo oxidado y el letrero, que se balanceaba al viento: «Zorros.» Pero Ada siempre esperaba que alguna cría hubiera vuelto a casa. Así que pegó la cara a los barrotes y llamó en vano:

—¡Venid! ¡Dejad que os vea! ¡No le diré a nadie que estáis aquí!

Al cabo de un rato, se alejó decepcionada y fue a arrojarles unos mendrugos a los lobos y el águila. Enfermos y apáticos, los animales ni se inmutaron. La niña miró furtivamente a Lilla, que se había sentado con el afortunado de ese día, un inocente colegial de quince años, y ya no se acordaba de vigilar a su pequeña prima. Ada se aburría; los mosquitos le acribillaban los brazos desnudos. Recorrió los senderos despacio y luego a la pata coja hasta llegar junto a dos bloques de piedra cuyos desgastados rasgos ofrecían una vaga apariencia humana. La gente los llamaba *didko* y *babko*, el abuelo y la: abuela. Le habían dicho que eran ídolos paganos de otra época: el dios de las tormentas y su mujer, diosa de la fertilidad. A los pies de la pareja todavía se distinguía el zócalo de los sacrificios, con un canalillo excavado en la piedra para desaguar la sangre de las víctimas; pero para Ada eran como viejos amigos, un abuelo y una abuela reales que dormitaban al sol en el umbral de su casa. Detrás de ellos, había construido una cabañita de ramas y hojas secas poco más alta que una topera, e imaginaba que era su hogar, del que habían salido para sestear mientras hubiera luz y al que volverían al oscurecer. Tejió una guirnalda de margaritas amarillas con el corazón negro, que tenían un olor acre, y coronó con ella al atemorizador ídolo femenino; después trepó hasta los hombros del dios de las tormentas y le acarició la cabeza como si fuera un perro. Sin embargo, no tardó en aburrirse.

Volvió junto a Lilla y le tiró del vestido.

—Ven, vamos a pasear —pidió.

Su prima suspiró. Tenía un carácter demasiado dulce y blando para resistirse a Ada mucho tiempo. Intentó comprarla prometiéndole caramelos y «lenguas de suegra», unos globitos de goma roja que, al soplar en la boquilla para hincharlos, producían un ruido estridente. Pero a la pequeña no le bastaban las promesas, y ni a Lilla ni a su pretendiente les quedaba dinero.

Así que abandonaron su escondite de ramas y musgo, salieron del Jardín Botánico e iniciaron el ascenso a las colinas.

¡Cuántas casas bonitas! Ada nunca había estado allí. Se acercaba a cada una de



las altas verjas cerradas y contemplaba los grandes jardines llenos de tilos. De vez en cuando, por la calle pasaba un carruaje. Todo emanaba calma y bienestar. Un coche esperaba ante una reja con barrotes dorados. De la casa salió un chico de la edad de Ben acompañado de una mujer. Nunca había visto a un niño ataviado de aquel modo, pues los que conocía llevaban el uniforme escolar o los andrajos del barrio judío. Aquél vestía un traje de seda de tesor crema con un gran cuello de encaje; pero su parecido con Ben resultaba asombroso: los mismos rizos negros, la misma nariz afilada, el mismo cuello delicado y largo, demasiado largo e inclinado hacia delante, como un pájaro curioso, y los mismos ojos grandes, brillantes y al mismo tiempo velados, como lamparillas de aceite... Ada se agarró de la mano de Lilla e, incapaz de hablar, le indicó al chico con un movimiento de la cabeza. El coche se alejó.

—Son los Sinner —explicó el acompañante de Lilla—. Se apellidan como tú —constató, volviéndose hacia ella—. ¿Sois familia?

—No sé. No creo —murmuró la chica, ruborizándose al pensar en el contraste entre aquella mansión y la casa de la ciudad baja en que vivía.

—Son judíos ricos —comentó el muchacho con una extraña y sutil mezcla de respeto e ironía que Ada percibió a pesar de su corta edad—. El niño se llama Harry. —El chico rodeó la cintura de Lilla con los brazos y se volvió hacia Ada—: Tápatela la cara y cuenta hasta cien —le ordenó.

La pequeña obedeció. El chico y Lilla se dieron un largo beso, mientras Ada los espiaba entre los dedos. Luego, aburrida, se subió a una piedra y con la cara entre los barrotes admiró el enorme y elegante edificio adornado con columnas, a la sombra de los viejos tilos.

Hasta entonces se había limitado a tomar conciencia de su entorno con la curiosidad natural de una niña inteligente, pero las miradas que dirigía al mundo nunca le habían proporcionado un placer especial. Sin embargo, en ese momento, de pronto experimentó ese placer: suave y agudo, la atravesó como una flecha. Por primera vez, reparó en el maravilloso color del cielo, lila y pistacho como un sorbete. Una luna sin halo, redonda y amarillenta, flotaba en el firmamento todavía claro, y del horizonte se veían llegar leves y algodonosas nubecillas que parecían sorbidas por el astro, hasta deshacerse en él. Jamás había visto nada tan bonito como aquel cielo. Jamás había visto nada tan bonito como la casa de los Sinner. Trató de adivinar qué ventana correspondía a la habitación del niño, Harry. Eligió una de la derecha, que brillaba como una estrella.

—Harry... Harry... Harry... —murmuró, apoyando la mejilla caliente contra el hierro de la verja.

Sintió el mismo placer, suave y casi doloroso, que al contemplar el cielo y la



hermosa casa. En sus labios, aquel extraño nombre, aquel nombre nuevo, de noble y singular sonido, se formaba como un beso.

**5**

Nastasia limpiaba los cristales una vez al año, la víspera de Pascua. El resto del tiempo estaban churretosos, manchados por la lluvia en el exterior y, dentro, por el aliento y las manos sucias de los niños. En las habitaciones apenas entraba la luz ni los días más soleados. Sin embargo, Ada no se dio cuenta hasta que Ben y ella enfermaron a la vez y tuvieron que guardar cama en su habitación durante casi un mes.

Era una buhardilla con el suelo pintado de amarillo y las paredes recubiertas de papel decorado con figuras chinas. Durante las horas de fiebre, Ada y Ben, cada uno por su cuenta, contaban una y otra vez en voz baja los personajes que veían desde la cama. Los chinos llevaban grandes sombreros de paja y las piernas al aire y, apoyados en sendos bastones, miraban a las chinas, que coqueteaban al amparo de sus sombrillas. Ellos eran azules y ellas rojas; pero como por encima pasaba un canalón, la humedad había desteñido los colores, mezclándolos en un violeta que iba del tono ciruela al amaranto. Sobre los cabeceros, los pequeños e impacientes dedos de ambos niños habían arrancado el papel pintado y garabateado con lápiz caras y animales en el blanco yeso. En una esquina del techo, una telaraña se mecía con suavidad en la eterna corriente de aire procedente de la cocina, a la espera de los escobazos de la víspera de Pascua. La puerta del fondo de la casa estaba permanentemente abierta, para que los admiradores de Nastasia subieran siempre que quisieran.

Cuando Ada o Ben estaban enfermos, la tía Rhaisa calentaba un poco de grasa de cerdo con una vela, la mezclaba con esencia de terebinto y les daba friegas en el pecho y la espalda con sus huesudas y ásperas manos. Luego les hacía beber té hirviendo y, cuando la enfermedad presentaba un cariz realmente inquietante, añadía una cataplasma en la garganta y una cucharada de aceite de ricino. Para quitarles el mal sabor de la medicina, Lilla les daba a escondidas unas empanadillas de col y huevo duro que compraba en la ciudad y caramelos pegajosos que habían pasado más de una semana en los bolsillos de sus enamorados. Así que para Ada y Ben las enfermedades eran bienvenidas. Pero lo cierto era que aquella estaba durando demasiado. La fiebre, la debilidad y el dolor de garganta y oído no desaparecían. Además, no podían pasarse el día durmiendo, ni recortando tiras de monigotes de papel. Se aburrían. Hasta el final de la tercera semana no se le ocurrió a Ben la brillante idea que iba a transformar su triste convalecencia.

Como todos los niños del mundo, habían empezado jugando a las islas y repartiéndose regiones imaginarias; pero eso no bastaba. Más tarde, ninguno supo



cuál de los dos había inventado lo que llamaron «el juego» por antonomasia. Consistía en que todos los niños, bajo la dirección de Ada y Ben, debían reunirse una mañana y partir hacia una tierra desconocida (que ellos descubrirían), donde vivirían solos, porque nunca permitirían la presencia de ninguna persona mayor. Tendrían sus propias leyes, su ejército, sus ministros... Los hijos de los albañiles construirían las ciudades, mientras que los de los pintores sabrían, por supuesto, cubrir las paredes de colores... La región, protegida por grandes montañas, sería inaccesible; además, a nadie se le ocurriría ir a buscarlos, porque todo el mundo estaría la mar de contento de haberse librado de ellos. ¿Acaso no oían a sus padres quejarse a todas horas? ¡Qué caro era todo! La ropa, la comida, la escuela... Y, más tarde, había que dar una dote a las chicas y buscar trabajo a los chicos... ¡Cuántas preocupaciones! Sin duda se alegrarían de saber que estaban lejos, vivos y felices.

Con los ojos cerrados y las mejillas arboladas por la fiebre, Ada imaginaba la partida. Era al amanecer. O mejor aún, en plena noche, sin una sola luz. Mientras todos duermen, los niños salen de sus casas, descalzos para no hacer ruido, cada uno con su linterna sorda (ése el aspecto más importante) oculta bajo el abrigo. Se reúnen en un sitio cualquiera, fuera de la ciudad, y se ponen en camino. Naturalmente, andan mucho más deprisa que sus padres, viejos y pesados, que no podrían alcanzarlos aunque quisieran: Ada los veía a todos, los niños del barrio, de la ciudad, de Rusia entera, pequeñas y ágiles sombras, reunidas, acampadas en un bosque oscuro o a orillas de un río. Tendrían que caminar durante mucho tiempo, semanas, meses si hacía falta, antes de llegar a la tierra que los esperaba, Ada no sabía dónde, aunque creía verla. Había animales salvajes para la práctica de la caza, y enemigos para el juego de la guerra, y un suelo árido para disfrutar del trabajo y la conquista.

—¿Cómo la llamaremos, Ben?

Pero en eso nunca pudieron ponerse de acuerdo.

—¿Y si hacen que la policía nos busque?

—¿Por qué? ¿Crees que va a echarnos de menos alguien?

—Pero acuérdate de que cuando la pequeña Rose, la hija del sastre, murió el año pasado, su madre lloraba...

—Pero ¡ella se murió, tonta! ¡Nosotros estaremos bien vivos!

—¿Y si se enfadan por habernos ido sin permiso y mandan a la policía para que nos detenga?

—Con nosotros estarán los hijos del zar —respondió Ben con ojos brillantes—. Naturalmente, la policía les obedecerá.

—¿Crees que los hijos del zar nos acompañarán?



—Claro. También son niños. ¿Piensas que no les gustaría ser libres, construir casas, y regatear y comprar en las tiendas?

Nuevos detalles, nuevas aventuras enriquecían el juego día tras día. Los niños tendrían uniformes, medallas, una literatura, calles, leyes...

—Pero ¿quién será el jefe?

Ada y Ben se vigilaban con el rabillo del ojo: ella, medio incorporada y con el codo apoyado en la almohada, y él, tumbado boca arriba y tapado hasta la barbilla con la sábana y el chal de lana que servía de colcha. Ada no le veía más que la punta de la larga, fina y temblorosa nariz, cubierta por un mechón de pelo negro. Ella sacudía la cabeza con impaciencia para quitarse de los ojos el tupido flequillo; tenía los labios secos y las mejillas encendidas. Llevaba una camisa que le iba corta y encima un viejo camisón de Lilla, cuyas mangas, demasiado anchas, le bailaban alrededor de los delgados brazos. No tenía camisas de dormir: lo lógico era gastar dinero en ropa que se luciera, no en la interior, que no se veía. Ada hizo un gesto rápido y tajante con la mano.

—Ni tú ni yo seremos jefes, porque sólo podríamos ser iguales. Y entonces tendríamos dos gobiernos, y habría una guerra.

—Vaya, ¿y por qué no? —replicó Ben—. Tú podrías mandar a las chicas y yo a los chicos.

—Pero ¡haría falta un jefe supremo para decidir quién era el vencedor, idiota!

—¿Cuando os hubiéramos dado una buena paliza, no necesitaríamos que nadie decidiera el resultado!

—Pero durante la guerra, mientras nosotros luchamos, ¿quién será el jefe? —gritó Ada en el colmo de la excitación—. Para encargarse de... —Hizo un ademán vago—. De los demás... de quienes no quieran luchar.

—¿A quién propones tú? —le preguntó Ben con desconfianza.

—A Harry Sinner —contestó ella, bajando la vista.

Bastaba con pronunciar su nombre para que se le encogiera el corazón. Lo había mantenido en secreto mucho tiempo: ya habían pasado seis meses desde su fugaz encuentro, y no había vuelto a verlo. Pero no lo había olvidado, y evocar lo de aquel modo lo hacía surgir de repente entre Ben y ella, en aquel humilde cuarto.

—¿Y ése quién es? —rezongó Ben.

—¿Ese? ¡Es más alto que tú! —replicó Ada con una voz que temblaba de indignación, tras encontrar, gracias al infalible instinto femenino que conoce el punto débil del hombre, el peor agravio, pues su primo era bajo para sus ocho años—. Te



saca todo esto, por lo menos —añadió, mostrando la altura de Harry con la mano—. ¡Y también es más fuerte! Y sabe cosas que tú no sabes. Y monta a caballo.

—¿Lo has visto montar? —Para no mentir de palabra, Ada asintió con la cabeza—. ¡No es verdad!

—¡Sí que lo es!

Durante unos instantes se lanzaron síes y noes, con las caras desencajadas de ira. Discutían a grito pelado y, cuando se interrumpían, roncos y agotados por la violencia de sus chillidos, se oía a Nastasia cantar lánguidamente en la cocina. La tía Rhaissa había ido de compras a la sastrería de Alchwang, que vestía a los burgueses de la ciudad. Los hombres se dedicaban a sus cosas y Lilla estaba en la escuela.

—¡Júralo! —le exigió al fin Ben.

Ada juró igual que Nastasia: santiguándose rápidamente.

—¡Lo juro por la Santa Cruz!

—Montar a caballo no es tan difícil —aseguró su primo tras un breve silencio—. Lo difícil es comprar un caballo. Pero tu Harry no sabe subirse a la parte de atrás del tranvía, agarrarse bien y recorrer así toda la ciudad sin que te vea la policía; ni mandar la banda de los chicos de la calle de los judíos contra la del mercado; ni luchar él solo contra diez...

—¿Tú has luchado contra diez? ¿Cuándo?

—¡Más veces que pelos tienes en la cabeza, guapa! —contestó Ben con enorme rabia, repitiendo la cortante réplica de Nastasia a una vendedora de arenques, rival suya, que la acusaba de no haber sido requerida nunca en matrimonio por ninguno de sus enamorados.

Pero cansados de gritar y manotear, Ada y Ben acabaron por callarse. Estaba anocheciendo: eran las tempranas tinieblas del invierno. Una cucaracha cruzó la habitación parsimoniosamente meneando las antenas; otras trepaban por las paredes, encantadas con el calor de la estufa. Nadie las molestaba: eran señal de prosperidad en el hogar. A través de los cristales helados, se veía brillar débilmente la enseña del zapatero vecino: una bota de dorada hojalata adornada con espuelas, cubierta de nieve e iluminada por la llama baja de una farola. Todo estaba en calma, pero era una tranquilidad sorda y sin alegría. Ada hundió la frente y las mejillas en la almohada y cerró los ojos. Con los párpados bajados, veía una larga carretera de noche, pero en una noche de verano, cálida y oscura. Iba con Harry. Harry estaba cansado y ella lo sujetaba. Harry tenía hambre y ella le daba de comer. Luego, era Ada quien tenía miedo, frío, quien estaba agotada, y él la consolaba, la tranquilizaba, la defendía. El juego acababa pareciéndose a un sueño; la visión era nítida, mas estaba bañada por



una luz especial, pálida y gris, como al despuntar el alba, y los sonidos, las voces de los niños que huían con ellos, la risa de Harry, sus pasos en la carretera, todo era claro, pero parecía amortiguado por la distancia. Harry... Qué nombre tan bonito... Qué nombre de príncipe... Habría bastado por sí solo para hacer surgir el amor... incluso aunque nunca hubiera visto la cara ni la casa de quien lo llevaba. Ojalá pudiera entrar, aunque únicamente fuera hasta el umbral de aquella puerta, ver la habitación de Harry, sus juguetes... Tal vez le dejara tocarlos. Quizá le pusiera en las manos libros, cajas de lápices de colores, balones, y le dijera:

—Toma. Compartámoslos.

Casi creía oír que se lo susurraba mientras iba hundiéndose en una somnolencia febril. Sentía junto a su mejilla la de su imaginario compañero, fresca y suave como una fruta. Ada le cogía la mano. Y se dormía.

**6**

Los judíos de la ciudad baja eran religiosos y fanáticamente apegados a sus costumbres. Los de los barrios ricos se limitaban a observarlas. Los primeros sentían que la fe judaica estaba arraigada en ellos a tal punto que les habría resultado tan difícil prescindir de ella como vivir sin corazón. A los segundos, la fidelidad a los ritos de sus antepasados les parecía de buen tono, un rasgo de dignidad, de elegancia moral, en la misma medida, o quizá en mayor medida, que una auténtica creencia. Entre esos dos grupos, piadosos cada cual a su manera, estaba la pequeña y mediana burguesía, que vivía de otro modo. Invocaba a Dios para que bendijera un negocio o curara al hijo, el marido o un pariente, pero acto seguido se olvidaba de Él o, si se acordaba, era con una mezcla de miedo supersticioso y tímido resentimiento: Dios nunca concedía lo que se le pedía... del todo.

El padre de Ada acudía a la sinagoga de vez en cuando, como quien va a ver a un potentado que, si quisiera, podría ayudarte en tus negocios o incluso sacarte de la pobreza para el resto de tu vida, pero que tiene demasiados protegidos, demasiados solicitantes, y que en realidad es demasiado rico, grande, poderoso para pensar en ti, humilde mortal. Pero siempre puedes ponerte en su camino. ¿Por qué no? Tal vez se fije en tu persona. O cuando todo va mal, hacerte notar con un murmullo, con un suspiro:

—¡Ah, Bojé, Bojenka! («¡Ah, Dios mío, Dioscito mío!») —Y añadir, con una débil esperanza, un triste reproche resignado—: ¿Por qué me has abandonado?

Pero lo cierto era que las tradiciones resultaban excesivamente complicadas y rigurosas para seguir las con fidelidad: se cogían unas y se dejaban otras. Se ayunaba un día al año y, en Pascua, se comía pan ácimo, que por otra parte se mezclaba en el plato con pan ruso normal, lo que constituía un gran pecado. Pero la primera vez había sido por inadvertencia, y no había pasado nada: Dios no había fulminado a la familia. Así que seguían mezclándolos. En realidad, en su tierna infancia Ada sólo había visto a las personas mayores respetar el día de ayuno (que más tarde también había caído en el olvido). Su padre le había explicado que era una fecha muy señalada, temible en la vida de las personas, porque Dios tenía sobre las rodillas un gran libro («como el libro de cuentas del abuelo en la tienda») donde apuntaba las buenas obras en el activo y los pecados en el pasivo. La niña había comprendido que había que privarse de la comida para ablandar a Dios, aunque ella no debía hacerlo, porque era demasiado pequeña, estaba en exceso delgada y, además, los niños no cargaban con grandes pecados sobre la conciencia. Ya los tendrían más tarde. Nunca había sabido realmente si los conocimientos religiosos de su padre acababan ahí o si



la consideraba demasiado pequeña para entender el resto y se lo guardaba para él.

En cuanto a la tía Rhaissa, con su boda había pasado a formar parte de un ambiente aún más avanzado, que ponía todo su empeño en alejarse lo máximo posible de aquellos a quienes llamaba (¡y con qué desprecio!) «los simples judíos», los judíos pobres.

Así que en la familia Sinner el judaísmo ya no daba alegrías, pero aún creaba muchos problemas. Les habría encantado dejar que sus correligionarios pobres se las apañaran con su mugre, sus miserias y sus supersticiones. Por desgracia, no podían olvidarlos del todo a causa de aquella desastrosa vivienda, de la tienda de la planta baja, de aquella calle que no formaba parte del gueto pero lindaba con él y recibía sus olores y gritos, por no hablar de inconvenientes más graves, a veces trágicos: los pogromos.

A los ocho años, Ada no había presenciado ninguno, pero sabía, como se sabe que se ha de morir, que existían dos peligros de los que el resto de la humanidad no estaba exento, pero que amenazaban muy especialmente a los habitantes de aquella ciudad, de aquel barrio; los dos podían abatirse sobre ella de improviso, aunque también podían no hacerlo. Ese margen de incertidumbre bastaba para tranquilizarla. Además, las personas mayores los mencionaban en su presencia tan a menudo que aquellas palabras ya no excitaban su imaginación, del mismo modo que un niño nacido en las inmediaciones de un volcán no piensa que podría producirse una erupción, al menos hasta el día en que la ve con sus propios ojos. Esos dos peligros eran los pogromos y el cólera.

Se hablaba de ellos exactamente de la misma forma, pensaba Ada: bajando el tono, negando con la cabeza, suspirando y alzando los ojos al cielo. Durante los grandes calores, cuando el elevado índice de mortalidad de la ciudad baja aumentaba todavía más; en primavera, cuando llegaban los peregrinos, con su suciedad y sus llagas; durante las hambrunas; durante las sequías, se murmuraba: «Ocurrirá este verano...» Y cuando en Rusia se sabía de algún acontecimiento feliz o desgraciado (la paz, la guerra, una victoria, una derrota, el nacimiento de un heredero imperial largamente esperado, un atentado, un proceso, acciones revolucionarias o una gran necesidad de dinero), las mismas voces ansiosas susurraban: «Ocurrirá este año, el mes que viene, mañana, esta noche...»

Ada les prestaba tan poca atención que, cuando el pogromo llegó, no supo reconocerlo, aunque hacía ocho días que solamente se oía hablar de desórdenes, matanzas, tiendas saqueadas, mujeres asesinadas, muchachas... En ese punto, bajaban la cabeza, y la cara de Lilla adoptaba una expresión de extraordinaria candidez. «¿De qué habláis? —parecía preguntar—. No estaba escuchando, y aunque lo hubiera hecho no os habría entendido.» Cada día se la veía más guapa. Había



empezado a recogerse las largas trenzas en un moño grueso y bajo, y el pelo se le ahuecaba ligeramente en las sienes y sobre la pequeña y estrecha frente. Llamaba la atención por el contraste entre la piel de rubia y la oscura melena de reflejos azulados. Sus manos eran largas y delicadas. Pese a las muchas citas en los parques de la ciudad y algunos besos intercambiados con estudiantes, no tenía malicia, pensaba la tía Rhaissa, cargada de experiencia.

Ella ponía todas sus esperanzas en su hija. Lilla era tan dulce, tan femenina, con aquella tez clara, el paso leve y, sobre todo, con aquel deseo innato de ser amada, que cada uno de sus gestos poseía una gracia tímida y tierna como una súplica. Todos querían a la encantadora Lilla.

—Es una pava —decía su hermano, y añadía—: Pero una pava deliciosa para quien le hinque el diente. —Ben sabía más de la vida con nueve años que Lilla con quince.

En cuanto a su madre, le tenía cierta consideración, no exenta de inquietud; como el propietario de una cuadra de carreras que siente debilidad teñida de angustia por una hermosa yegua que aún no ha demostrado de qué es capaz: seguramente, un día hará realidad las esperanzas depositadas en ella... si no se rompe una pata en el primer obstáculo.

En definitiva, la tía Rhaissa abrigaba los sueños más disparatados respecto a su hija. No le bastaba con pensar en un buen un marido para ella, no. ¡Eso, para otras!

A Lilla le esperaba un destino diferente. Sería actriz. O bailarina. O cantante en la Gran Opera. Era tan dócil, tan maleable... Podría modelarla a su gusto. De Ada, en cambio, no podía sacarse nada. Aquella cría, alternativamente taciturna e insolente, rebelde, estaba siempre en la luna... En fin, su sobrina no le importaba. Bastante tenía con sus propios hijos. Como decía un proverbio ruso que le gustaba repetir: «La camisa propia está más cerca del cuerpo que el traje del vecino.» Pero cuando se refería a «los hijos» o «mis hijos» en realidad sólo pensaba en Lilla. Así que, en cuanto empezaron los desórdenes, la envió a casa de una compañera de clase cuyos padres eran ortodoxos, de modo que bajo su techo no corría peligro. Respecto a Ada y Ben, ya se vería.

Ese año, Ada había descubierto los libros de su abuelo. Todavía no iba al instituto, porque había estado enferma en la época de los exámenes de ingreso, pero un estudiante de primero le daba clases a cambio de la comida del mediodía y dos pares de zapatos al año. Ada se esforzaba; incluso daba muestras de una rápida y profunda inteligencia, menos aguda, menos agresiva que la de Ben, pero que no obstante incomodaba a su tía.



—¿Por qué los niños judíos tienen que ser o tontos o demasiado listos? — preguntaba la mujer con irritación—. Lilla tiene el cerebro de un niño de ocho años, mientras que Ben responde a la menor observación como un viejo cargado de experiencia. Y ahora Ada lo imita. ¿Por qué no pueden ser como todo el mundo, ni más ni menos tontos?

Pero nadie podía responderle.

Los libros del abuelo eran obras rusas y traducciones de clásicos ingleses, alemanes y franceses. Ante Ada se abría todo un universo desconocido, de colores tan brillantes que el mundo real palidecía, desaparecía. Boris Godunov, el Demonio, Atalía o el rey Lear pronunciaban frases llenas de sentido en las que cada palabra cobraba un valor incalculable. En cambio, ¿qué interés podía tener el monótono y banal parloteo de los adultos o los rumores, insignificantes para Ada, que corrían de boca en boca? «Dicen que el gobernador ha recibido amenazas de muerte... Dicen que han herido al jefe de policía... Dicen que han detenido a unos judíos... Si por desgracia es verdad... y aunque no lo sea... que Dios nos proteja...»

Una noche, cuando se disponía a cerrar el libro y acostarse, oyó un extraño murmullo sordo procedente de las calles, habitualmente muy tranquilas en esa época del año. Estaban en febrero, mes de frío moderado, pero también de grandes nevadas y fuertes vientos. De modo que, ¿qué hacía aquella gente a la intemperie? Se acercó a la ventana y, tras echar el aliento en el cristal para derretir la escarcha, divisó una agitada muchedumbre que iba y venía por la calle, gritando y tocando silbatos de vez en cuando. De pronto, mientras miraba fuera sin comprender, su tía irrumpió en la habitación con la cara surcada de manchas rojas, como solía ocurrirle cuando estaba furiosa o sufría una fuerte impresión.

—¿Qué haces ahí? ¡Qué niña tan insoportable! —gritó, agarrando a Ada del brazo para arrastrarla lejos de la ventana. Era evidente que se alegraba de tener a mano a su sobrina y poder descargar en ella su ira y su miedo—. Cuando se te necesita, nunca apareces, pero si puedes meterte en medio justo cuando menos falta haces... No es prudente, cariño —añadió con un tono súbitamente distinto, pues el padre de Ada había aparecido en el umbral. A la niña no la sorprendió ese cambio tan repentino. Ya se había dado cuenta de que su tía podía tener dos voces y dos caras y pasar de la ira a la dulzura con una rapidez y una facilidad asombrosas. Y, una vez más, el colérico siseo que escapaba de sus labios se volvió tierno y acariciante como un arrullo—. Tienes que hacer caso, hija. ¿No deberías estar durmiendo hace rato? Van a dar la diez. Vamos, Adoska... Vamos, cariño... Pero... — Se interrumpió para intercambiar una mirada con su cuñado—. No te quites más que el vestido y los zapatos —añadió.

—¿Por qué?



Ni su padre ni su tía respondieron.

—Esta noche no pasará nada —afirmó el abuelo entrando a su vez—. Romperán unos cuantos cristales y se irán a dormir. Pero cuando lleguen los soldados...

No acabó la frase. Los tres adultos se acercaron a la ventana con precaución. La única luz del cuarto procedía de la lámpara de la habitación contigua; Israel Sinner fue a buscarla y bajó la mecha hasta casi apagarla, de modo que sólo difundía una claridad mortecina apenas perceptible, humosa y rojiza. Ada los miraba con curiosidad. Apretujados en la penumbra, cuchicheaban y echaban el aliento sobre los negros cristales alternativamente. Pero la niña estaba en una edad en que la necesidad de sueño se apodera del cuerpo con la rapidez y la avasalladora fuerza de la embriaguez. Bostezó varias veces y encontró el camino a su cama en la oscuridad. Sólo se quitó el vestido y los zapatos, como le habían ordenado. Se deslizó entre las sábanas sonriendo —en la vieja cama se estaba muy cómodo y caliente— y se durmió con el estrépito de las primeras piedras al impactar contra los cristales de la ciudad baja.



## 7

Durante unos días, la agitación se redujo a aquellos tumultos, que empezaban poco antes del anochecer, crecían en forma de gritos, insultos y cristales rotos, y luego se apaciguaban. De día reinaba la calma. Sin embargo, ya no dejaban salir a los niños, que se pasaban las horas muertas sentados, en el viejo sofá, entretenidos con el juego que habían inventado, complicándolo cada vez más hasta convertirlo en una auténtica epopeya con mil personajes, guerras, asedios, capitulaciones, victorias... De la invención inicial brotaban cada tarde nuevas historias, como ramas en el tronco de un viejo árbol. El juego los dejaba exhaustos, febriles, con la boca seca y ojerosos. Cuando anochecía, no podían recurrir a otra cosa, pues tenían prohibido encender las lámparas. Toda la ciudad baja respiraba temerosamente, atrincherada tras las ventanas en pequeños cuartos estrechos, oscuros y asfixiantes.

Hasta que un día el mundo real se impuso al de los sueños. Ben y Ada habían llegado a tal grado de alucinación que ya no se escuchaban el uno al otro. Estaban hablando al mismo tiempo en tono sordo y monótono, mientras golpeaban con los talones la madera del sofá, cuando de pronto oyeron algo: no el murmullo de costumbre, aquel rumor que ya no los inquietaba, sino un clamor salvaje, inhumano, que surgió tan cerca de ellos como si saliera de su propia casa, de las paredes o del viejo suelo de madera. En ese instante, la puerta se abrió a sus espaldas y, de repente, alguien —cuyos rasgos familiares, deformados por el miedo, no pudieron reconocer— se abalanzó sobre ellos, los agarró y se los llevó a rastras. Ben perdió un zapato y gritó que le dejaran recogerlo, pero fue en vano. Empujándolos, zarandeándolos, aferrándolos de la muñeca, los obligaron a atravesar la casa, salir por la puerta de la cocina y, por fin, trepar por una escalera de mano hasta el cuartucho que había bajo el tejado.

Gatearon en la oscuridad y encontraron a tientas un baúl y un viejo candelabro colocados sobre el suelo. Estaban en un trastero de la buhardilla. El padre de Ada —ahora reconocían su rápido y ronco jadeo al otro lado de la puerta: respiraba como si fuera a estallarle el pecho tras el esfuerzo de su loca carrera y su terror— les susurró por la cerradura:

—No os mováis. No lloréis. Escondeos. —Y aún más bajo—: No tengáis miedo...

—Pero ¡no quiero quedarme aquí! —gritó Ada.

—¡Cállate, infeliz! No te muevas. No digas una palabra. Cállate.

—Pero papá, no vamos a dormir aquí...



—Pero tío, queremos comer...

Golpearon la puerta con toda la fuerza de sus puños. Pero Israel Sinner bajó deprisa e, instantes después, lo oyeron retirar la escalera. En cuanto se quedaron solos, Ben se tranquilizó.

—Es inútil gritar. No hay nada que hacer. Ha echado la llave y se ha marchado.

El trastero daba a un patio interior estrecho y alto, un profundo agujero entre enormes paredes. A veces, aquel terrible clamor se apaciguaba; la muchedumbre se alejaba, y era como oír que un mar embravecido inundaba milagrosamente la vieja calle y rompía contra la casa. En otros momentos, soldados, vagabundos, saqueadores profesionales y judíos histéricos se juntaban a la entrada del gueto, y lo que ocurría —de lo que, por otra parte, Ada y Ben no tenían la menor idea— se iniciaba ante las puertas mismas de su casa, en su umbral. De la multitud se alzaban rugidos de animal furioso. El ímpetu de la muchedumbre parecía lanzar a ésta como un ariete contra los muros, haciéndola golpearlos, retroceder, volver desordenadamente con renovada energía, para embestirlos de nuevo en vano.

Demasiado aturcidos para llorar, los dos niños permanecían sentados en el canto del baúl, apretados uno contra otro. Paulatinamente, empezaron a distinguir sonidos concretos que destacaban en aquel confuso alboroto formado por mil voces. Con la cabeza inclinada y las manos temblando, recibían ávidamente aquellos ruidos, que los asustaban menos que los demás, porque podían reconocerlos.

—Eso son cristales rotos. ¿No oyes caer los añicos? Y eso, piedras contra las paredes y la persiana de hierro de la tienda. Eso es la gente, que se ríe. Y una mujer que chilla como si la despellejaran viva. ¿Por qué? Y eso son los soldados, que cantan. Y eso...

Callaron a fin de identificar el profundo y cadencioso rumor que llegaba hasta sus oídos.

—Son oraciones —explicó Ben.

Himnos patrióticos, oraciones ortodoxas, campanas que empezaban a tañer... Casi resultaba un placer reconocer aquellos sonidos familiares.

Pasaron las horas. Ya no estaban tan asustados, pero cada vez notaban más la incomodidad de la situación. Tenían frío y hambre; las aristas del baúl les hacían daño.

Ben propuso que lo abrieran. Parecía lleno de papeles y trapos viejos. Los removieron a tuestas para ahuecarlos y se tumbaron en el improvisado lecho gruñendo, peleándose y tirando de los trozos de tela más suave para dejarle al otro



los periódicos que ocupaban el fondo. El baúl olía a humedad y naftalina. No paraban de estornudar. Por fin, se quedaron quietos uno junto a otro. Allí estaban resguardados y pasaban menos frío; pero temían que la tapa se cerrara y los asfixiara. La miraban con los ojos muy abiertos en la penumbra, hasta que poco a poco empezaron a distinguir el brillo de los herrajes.

Fuera, continuaba el bullicio. De pronto, Ada se incorporó y con una voz irreconocible, más áspera y profunda que la suya, como si otra persona pidiera auxilio por su boca, gritó:

—¡No puedo más! ¡Si esto sigue, me moriré!

—Pues seguirá —aseguró Ben, irritado—. Te diré más: puedes gritar, gimotear, rezar y llorar hasta la mañana, pero eso no hará que te caiga en la boca una mísera patata.

—Me... me da igual—balbuceó ella entre sollozos—. ¡Me da igual no volver a comer jamás, con tal de que se callen!

—Y tampoco conseguirás que ninguno cierre el pico.

Parecía tan evidente que Ada se tranquilizó. A continuación, pareció alegrarse.

—Entonces juguemos —propuso.

—¿A qué?

—Esto es un barco —respondió animada—. Un barco durante una tormenta. ¿Lo oyes? Sopla el viento. Rugen las olas.

—¡Sí! ¡Y nosotros somos piratas! —gritó Ben, dando saltos dentro del baúl, que crujía y gemía como el casco de un navío a punto de zozobrar—. ¡Largad velas! ¡Arriad el foque, el juanete y la bandera! ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra!

Ahora eran felices. La corriente de aire frío que les daba en la espalda era el hálito de un iceberg que habían rozado en las tinieblas; los crujidos de las tablas, aquellos trapos viejos, la propia hambre que los atenazaba ya no eran la realidad, sino una novela, una aventura, un sueño. Fuera, los gritos, las llamadas de auxilio, aquel estrépito, aquella barahúnda en la vieja calle, se habían convertido en el fragor de las olas, los rugidos de la tempestad, y los dos niños escuchaban embelesados los lúgubres toques a rebato y los retazos de oraciones, que llegaban a sus oídos como desde una playa lejana.

Su alegría no tuvo límites cuando Ben encontró, olvidados en sus bolsillos, una caja de cerillas, un trozo de vela, otro de cordel grueso, unos pedazos de pan, un silbato y un par de nueces.

Compartieron las nueces, que provenían del último árbol de Navidad. Por



fuera eran doradas, pero estaban secas y amargas. Encendieron la vela y la pegaron en el borde del baúl. La minúscula llama se agitaba en el aire del trastero y aumentaba aún más la ilusión de un mundo sombrío y turbulento, mitad espejismo, mitad juego. Así pasó la noche. Fuera, el ruido pareció calmarse. Ebrios de gritos, de anormalidad, de hambre, se desplomaron en el baúl y se quedaron dormidos.



8

Al amanecer, la tía Rhaisa abrió la puerta. Al principio no los vio y lanzó una mirada alrededor, angustiada. Cuando se incorporaron de repente en el baúl, soltó un grito; tenían la ropa sucia y arrugada, y el pelo polvoriento. Los agarró del brazo y los sacó de su escondite.

—Vais a ir a casa de la amiga de Lilla —les explicó—. Ahora no hay nadie en las calles. Podréis pasar. Os quedaréis allí una o dos noches.

Los niños, aún medio dormidos, bajaron detrás de ella. Tenían las manos y los pies helados, y el cuerpo agarrotado y dolorido. Se frotaban instintivamente las churretosas caras y trataban en vano de abrir más los ojos: los párpados, pesados y muy calientes, volvían a cerrárseles casi al instante.

Sólo se despertaron al entrar en la cocina.

—¿No vas a darnos de desayunar?

—Tengo hambre. Quiero pan y té —pidió Ada.

—Desayunaréis con Lilla.

—Pero ¿por qué?

—Esta mañana no hemos encendido el fuego.

—¿Por qué?

La tía Rhaisa no respondió, pero mientras se vestían les dio un trozo de pan negro, que sin duda tenía preparado para ellos, porque lo sacó de un paquete que llevaba bajo el brazo y que también contenía unas mudas.

—Hay dos camisas y ropa interior para los dos, por si... por si esto dura más...

—¿Más que qué?

—¡Cállate, Ada! Más de lo que pensamos.

—¿Qué quieren hacernos?

—Nada. Calla.

—Entonces, ¿por qué tenemos que marcharnos?

—¿Puedes callarte, idiota? —le espetó a su hijo con voz sibilante, sacudiéndolo por los hombros. Luego, abrió con precaución la puerta de la calle, donde Nastasia esperaba—. ¡Venga! ¡Ahora daos prisa! —Y los acompañó unos pasos.



Nunca la habían visto salir así de casa, sin abrigo ni sombrero. Hacía un frío glacial. La tía Rhaissa tenía la cara lívida y las comisuras de los labios azuladas. Por primera vez en su vida, Ben le cogió la mano con ternura.

—Ven con nosotros, mamá.

—No puedo. Tengo que ayudar a cuidar del abuelo.

—¿Qué le han hecho? —preguntó Ben.

Ada palideció y miró al suelo: no sabía por qué, pero le daba miedo oír la respuesta.

—Nada, pero lanzaron su libro al fuego. Ahora está como trastornado.

—¿Por qué? ¡Qué tontería! —exclamó Ben haciendo una cabriola—. Si lo hubieran arrojado al fuego a él, lo entendería; pero ¡unos papeluchos viejos...!

—¡Cállate! —gritó Ada de pronto con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No entiendes nada! Eres un... un...

Y, como no encontraba el insulto apropiado, le propinó una bofetada, que su primo le devolvió en ambas mejillas.

—¡Basta, niños! —ordenó la tía Rhaissa separándolos—. ¡Id con Nastasia! ¡Deprisa!

Y, tras darles un beso, se marchó. Nastasia echó a andar con paso vivo; ellos corrían agarrados a su falda, mirando asustados alrededor. ¿Era aquélla su calle de siempre? No la reconocían. Parecía otra, extraña y amenazadora. Los edificios de tres o cuatro pisos apenas habían sufrido daños —algunos cristales rotos—, pero las casitas, numerosas en el barrio pobre, los tenderetes, las carnicerías tradicionales, los talleres compuestos de una planta, un desván y un mísero tejado, parecían haber sido arrancados del suelo y arrojados unos sobre otros, como al paso de un ciclón o una inundación; otras casas, sin puertas ni ventanas, ennegrecidas por el humo y destripadas, parecían ciegas y despavoridas. El suelo estaba cubierto de un extraordinario revoltijo de chatarra, cristales, fragmentos de hierro colado, vigas, ladrillos, restos indescriptibles entre los que se distinguía una bota, los pedazos de un tiesto, el mango de un cazo... Un poco más allá se veía un zapato de mujer con el tacón torcido; a continuación, sillas destrozadas, una espumadera casi nueva, lo que fuera una tetera de porcelana azul, botellas vacías con el cuello roto... Habían arrojado todo aquello a la calle durante el saqueo, pero, no se sabía por qué, algunos objetos habían salido indemnes, como ocurre a veces con un mueble frágil tras un incendio. Todas las tiendas estaban vacías, con las lunas rotas y los escaparates carbonizados.



En el aire flotaban plumas blancas y grises: salían de los almohadones desgarrados y caían lentamente desde lo alto de las casas.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa! —los urgía Nastasia.

Aquellas calles desiertas, aquellas lúgubres casas destrozadas los asustaban.

La ciudad baja estaba separada de los barrios superiores por una escalinata, donde los días de mercado mujeres acuclilladas entre sus cubos y cestos vendían pescado, fruta y unas galletas pequeñas y finas cubiertas con semillas de adormidera, que se deshacían entre los dedos y tenían un regusto a agua y arena.

La cocinera y los niños confiaban en dejar atrás el sobrecogedor espectáculo de las calles saqueadas en cuanto abandonaran la ciudad baja; una vez en la parte alta, esperaban encontrar el decorado de costumbre, los alegres trineos, los pacíficos viandantes, las tiendas rebosantes de productos... Pero también allí todo parecía diferente. Quizá se debiera a la hora temprana, lívida, indecisa como un crepúsculo. Aquí y allá se veían farolas todavía encendidas. El aire, helado, poseía ese especial rigor que anuncia la nieve. Aunque iba bien abrigada, Ada nunca había sentido el frío con tanta intensidad. Por primera vez en su vida, había salido a la calle sin haber tomado una taza de té bien caliente; el pan era del día anterior y le costaba tragarlo: le dolía la garganta.

El paseo que recorrían en ese momento se hallaba desierto y las tiendas tenían las puertas atrancadas y los escaparates protegidos con tablas. Algunos comerciantes eran judíos; otros temían la violencia del hampa, de los descamisados, como ellos los llamaban, que se mezclaban con los soldados y saqueaban sin hacer distinciones entre las creencias religiosas de sus víctimas. No obstante, los ortodoxos habían colocado iconos en los balcones, con la esperanza de que el respeto a las imágenes santas detuviera a los vándalos.

Los niños habían intentado sonsacar a Nastasia, pero la cocinera no parecía escucharlos; ponía aquella cara de perro, hosca, dura e inescrutable, que solía adoptar si la tía Rhaissa le reprochaba que hubiera pasado la noche con un hombre en la cocina o dejado que se quemara el asado, o cuando estaba bebida. Se sujetaba la pañoleta bajo la barbilla y avanzaba sin responder.

Delante de la iglesia vieron los primeros rostros humanos; de pie bajo el porche, unas mujeres miraban a lo lejos y hablaban con animación.

—¿Adónde vas? —gritó una de ellas al reparar en Nastasia.

La cocinera nombró la calle donde vivía la amiga de Lilla.

Las mujeres la rodearon, parloteando todas a la vez.



—¡Que Dios te proteja! No vayas por allí... Unos cosacos borrachos han derribado a una mujer y los caballos la han pisoteado... No se había metido con nadie, caminaba tranquilamente... Se han subido a la acera con los caballos...

—No; creían que huía. Llevaba un hatillo de ropa; querían quitárselo, ella se ha resistido y entonces...

—¡Qué va! Eso son tonterías. El caballo se ha asustado y... la mujer quería cruzar la calle corriendo y se ha caído... El caso es que está muerta. No vayas por allí. Y menos con los niños.

Y tiraban a Nastasia de la manga, de la falda. Agitadas por el viento, las pañoletas volaban alrededor de sus cabezas arracimadas.

Ada se echó a llorar. Una de las mujeres intentó consolarla mientras las demás gritaban. Algunas habían empezado a reñir e intercambiaban insultos y golpes. La cocinera iba de una a otra y, sin soltar a los niños, tan pronto echaba a andar hacia el final de la calle como volvía sobre sus pasos y gemía:

—¿Qué hago? ¿Adónde voy? Aconsejadme, buenas mujeres... En la ciudad baja saquean; aquí matan. ¿Adónde voy? ¿Qué hago?

Una mujer que hasta entonces se había mantenido a cierta distancia corrió hacia ellos chillando:

—¡Ahí están! ¡Ya vienen! ¡Están llegando! ¡Vienen borrachos! ¡Derriban cuanto encuentran a su paso! ¡Dios mío, apiádate de nosotros!

Los cosacos recorrieron la calle al galope. En el repentino caos, Ada y Ben perdieron de vista a Nastasia. Se metieron al azar en un patio, luego en otro, se internaron por una calleja y volvieron a salir al paseo. Oían los gritos de los cosacos, los relinchos de los caballos, el fragor de los cascos en el suelo helado... Muertos de miedo, corrían a ciegas, jadeando y cogidos de la mano, convencidos de que la horda de soldados se había lanzado en su persecución y sufrirían la misma suerte que la mujer aplastada momentos antes. Los pesados e incómodos abrigos de invierno dificultaban su carrera; Ben había perdido la gorra, y el pelo, demasiado largo, lo cegaba. A cada bocanada de aire sentía como si un cuchillo le desgarrara el pecho. Ada vio a los cosacos sólo un instante: volvió la cabeza, echó un rápido vistazo y distinguió a un hombre que galopaba y reía. Una pieza de terciopelo que llevaba atada a la silla de montar se había desenrollado y la arrastraba por la nieve fundida, mezclada con barro. Ada nunca olvidaría el tono de aquel terciopelo, de un rosa casi malva y reflejos plateados. Ya era totalmente de día.

Instintivamente, los niños avanzaban a la carrera cuesta arriba, en dirección a las colinas, dando la espalda al gueto. Al cabo de un rato se detuvieron: ya no oían



nada. Los cosacos no los perseguían, pero estaban solos y no sabían adónde ir.

Ada se dejó caer sobre un mojón, sollozando. Había perdido el sombrero, los guantes y el manguito, y la orla del abrigo, desgarrada, colgaba penosamente. Se frotó la cara con los puños; sus pequeñas y pálidas mejillas estaban salpicadas de manchas negruzcas; las lágrimas trazaban surcos en el polvo acumulado durante la noche y formaban largos chorretones.

—Volveremos a bajar e intentaremos reunirnos con Lilla —propuso Ben entre jadeos.

—¡No! ¡No! —gritó su prima, presa de una especie de crisis nerviosa—. ¡Tengo miedo! ¡No quiero ir allí! ¡Tengo miedo!

—Escucha, te diré lo que haremos: iremos por los patios, detrás de las casas. Nadie nos verá y tampoco veremos a nadie.

—¡No! ¡No! —repetía Ada, y se agarraba al mojón con ambas manos, como si fuera su único refugio en el mundo.

Estaban en una de las calles más elegantes y tranquilas de la ciudad, flanqueada por grandes jardines. Allí todo desprendía calma. Seguramente, quienes vivían en aquel sitio ignoraban lo que ocurría junto al río. Ningún cosaco habría ido hasta aquel lugar a turbar su descanso; quizá contemplaban el caos y el horror del gueto como en el teatro, con el leve y superficial sobrecogimiento que se apodera del espectador de un drama, para cesar al instante y dar paso a una agradable sensación de seguridad: «Eso a mí nunca me pasará. Jamás.» ¡Dichosos ellos, mil veces dichosos! Sin embargo, eran judíos como ella. Ada se los imaginaba parecidos a ángeles que se asoman a los balcones del cielo y contemplan con indiferencia la pobre tierra. Deseaba permanecer en aquella zona, entre ellos. No volvería a bajar.

—Quedémonos aquí, Ben —rogó en voz muy baja.

Su primo se enfadó y la llamó tonta, idiota, cobarde... Pero la niña se daba perfecta cuenta de que él también habría preferido no tener que abandonar aquellas bienaventuradas regiones.

Se cogieron de la mano y caminaron sin rumbo. Agarrada a su primo, Ada cojeaba. En una caída, Ben se había desgarrado el pantalón y le sangraba la rodilla.

—A lo mejor encontramos a alguien que nos invite a entrar —comentó Ada con timidez.

—¡Ah! Eso crees, ¿eh? —respondió él, riendo secamente.

—Ben, los Sinner viven por aquí —le informó ella tras unos instantes de silencio.



—¿Y qué?

—Pues que son nuestros primos.

—¿Vas a presentarte en su casa, quizá?

—¿Por qué no?

—Nos echarán.

—¿Por qué?

—Porque son ricos.

—Pero no vamos a pedirles dinero...

Ben volvió a llamarla idiota. Ada no protestó; suspiró con tristeza y siguió andando. Notaba que su primo tiritaba de frío a su lado.

—Viven ahí —anunció, señalando la calle.

—Me trae sin cuidado.

Sin embargo, el viento soplaba con más fuerza. Ada le cogió la mano.

—Podríamos refugiarnos un momento bajo el porche. Recuerdo que hay un pórtico con las columnas y el techo... de mármol —añadió, después de un instante de reflexión.

—¿De mármol? —rezongó Ben, y negó con la cabeza—. ¿Y por qué no de oro puro?

—Bueno, el caso es que está a resguardo del viento...

—¿Y cómo entrarás en el jardín?

—Creía que presumías de poder escalar cualquier verja, por alta que fuera.

—Yo, quizá. Pero... ¿tú, criaja...?

—No soy más torpe que tú —replicó Ada.

—¿Ah, no? ¡Mírate! ¿Qué crees que pareces, cojeando en la nieve? ¡Por un paseo de media hora!

—¿Y tú qué? ¿Acaso no te has caído corriendo? Te sangra la rodilla.

—Apuesto lo que quieras a que treparé a lo alto de la verja y saltaré al jardín y tú no serás capaz de subir ni al primer barrote.

—¡Eso lo veremos!

—¡Vale!



Echaron a correr hacia, la casa de los Sinner. Ya eran las nueve y circulaban algunos transeúntes; las criadas apretaban el paso hacia las tiendas y los mercados del centro de la ciudad; un lacayo paseaba a unos perros y un campesino barría la nieve. Pero los niños eligieron un momento en que no se veía a nadie e iniciaron la escalada. Ambos eran ágiles, aunque los abrigos de invierno forrados de guata entorpecían sus movimientos. Ben saltó el primero y miró a su compañera desde el otro lado con expresión burlona. Encomendándose a Dios y jurándose no pedir ayuda a su primo, Ada consiguió encaramarse hasta apoyar el pie entre dos de las doradas puntas de lanza que remataban la verja. Era la parte más difícil; bajar, siempre se bajaba, deprisa o despacio... Saltó al césped nevado y se hundió en la nieve casi por entero. Ben le tendió la mano y, ayudada, izada por él, se puso en pie. Deslizándose entre los arbustos, llegaron a la entrada de la casa, que efectivamente tenía un pórtico con esbeltas columnas de piedra y techo oval. Se arrimaron al frío muro y esperaron, no sabían a qué. Al principio, estar resguardados del viento los reconfortó; pero no tardaron en sentir un enorme desamparo, al que se unían el cansancio y el hambre, más agudos que nunca.

—Llamemos al timbre —propuso Ada en voz baja.

Ben, con la cara amoratada de frío, volvió a negar con la cabeza, pero muy débilmente. Ada llamó. Con el corazón en un puño y los ojos clavados en la puerta, los niños se arrimaron el uno al otro. Una doncella, una chica gruesa y morena con un lacito de encaje que coronaba cómicamente su enrojecido rostro, apareció en el umbral, muy digna y hosca, e hizo ademán de echarlos. Pero Ben sostuvo la puerta y le impidió cerrar, mientras Ada se apresuraba a decir:

—Queremos ver al anciano señor Sinner. Somos sus primos.

—Pero ¿qué estás diciendo? —gruñó la doncella inclinándose hacia la niña con incredulidad.

—Somos primos del señor Sinner. Queremos hablar con él —repitió Ada con mayor seguridad.

La doncella vaciló. Sin embargo, desde que habían entrevisto la casa y notado el calor de aquel vestíbulo bien aislado, ambos niños se habían armado de un coraje desesperado, de modo que la hicieron apartarse y entraron a despecho de la chica.

—¡Está bien! —dijo ésta al fin—. Avisaré a la señora. Pero ¡no se os ocurra moveros de aquí!

Ella dio media vuelta para irse, pero los dos primos se pegaron a sus talones. Sabían que los echarían, así que no podían permitir que sus ricos parientes dispusieran de tiempo para pensar.



En el comedor, con sus grandes cortinas de damasco rojo y sus enormes y elegantes muebles, mientras la familia Sinner desayunaba, aparecieron junto a la doncella dos pequeños y demacrados vagabundos con la ropa desgarrada y el pelo revuelto, que, malhumorados, insolentes y asustados, temblaban de ganas de que los protegieran, los alimentaran y les quitaran el frío.

Con voz entrecortada, Ben empezó a explicar quiénes eran y por qué estaban allí. Se trataba de una historia larga. Ada, por su parte, era todo ojos: no es que simplemente mirara cuanto la rodeaba, sino que daba la impresión de que se embebía de ello, como un muerto de sed que se lanza sobre el agua y bebe sin llegar a saciarse, incapaz de dejar el vaso; cada color, la forma de los objetos, los rostros de aquellos extraños, parecían penetrar y llegar a un lugar profundo y secreto, escondido en su corazón, que hasta ese día ni siquiera sospechaba que existiera. Inmóvil, con los ojos desorbitados y una expresión aledada y salvaje, contemplaba la gruesa tela mate de las cortinas, las sillas con altos respaldos de ébano y damasco, las paredes pintadas de un tono cremoso y pálido que acentuaba la riqueza de los colores, el púrpura oscuro de la alfombra, la madera negra de los muebles, la vajilla de plata en el aparador...

En el centro había una mesa muy grande, a cuyo alrededor se hallaban sentadas varias mujeres y, entre ellas, Harry. Lo reconoció al instante. Llevaba un batín de seda color ciruela; Ada nunca había visto nada parecido a aquel grueso y brillante satén. Se dijo que Harry debía de estar enfermo, para que lo vistieran y mimaran de aquel modo. Delante tenía una taza de porcelana, blanca y fina como una cáscara de huevo, y una huevera de plata sobredorada. En un plato había dos rebanadas de pan moreno. Una de las mujeres cogía mantequilla de una bandejita de cristal cuya tapa estaba adornada con una piña de plata y la untaba en las rebanadas, mientras otra vertía el café de una tetera plateada de boquilla muy larga en la taza de Harry. Una tercera añadía la leche y, armada de unos impertinentes, buscaba la nata que hubiera quedado en la superficie y la retiraba cuidadosamente con una cucharilla de plata. La cuarta cortaba en rodajas el huevo, que acababa de sacar de un plato hondo, también de plata sobredorada, lleno de agua hirviendo; pero no lo cortaba con un cuchillo, como Ada estaba acostumbrada a ver, sino con unas tijeras doradas y ovaladas, especialmente diseñadas para ese fin, y eso era lo más extraordinario de todo.

De las cuatro mujeres, dos llevaban batas de encaje y, pese a la hora temprana, grandes pendientes de diamantes; eran la madre de Harry y una tía casada. Gruesas y torpes, tenían la piel blanca y el pelo negro, dividido en dos lustrosas crenchas. Recordaban a dos enormes peonías blancas. Parecían lentas, perezosas, dos matronas ahítas y satisfechas, con un mohín despectivo en los labios y los ojos duros e



implacables de las mujeres demasiado ricas y afortunadas. Las otras dos, más jóvenes, eran las tías solteras. Vestían a la inglesa, con falda lisa de un tejido áspero y masculino, y blusas de batista de cuello almidonado, rígidas como corsés. Tenían la corrección de las millonarias judías de la joven generación, una sencillez y una austeridad afectadas, más *ladylike* que natural, como si con cada gesto dijeran: «Fíjense en mi deseo de pasar inadvertida, *unconspicuous*. Quiero confundirme con el común de los mortales y permitirles olvidar quién soy.»

Cuando aparecieron Ben y Ada, todos dejaron de comer. Los impertinentes se alzaron y volvieron a descender.

—Pero ¿qué es esto? —exclamaron varias voces.

Mientras Ben hablaba, Harry, pálido, no probó el desayuno. Con una expresión de incredulidad y repugnancia, miraba a aquel chico desgreñado al que le sangraba la rodilla y a aquella niña pálida y despeinada, con el pelo pegado por el polvo y sudorosos mechones cayéndole sobre los ojos. Ben lo advirtió y empezó a adornar su relato, hasta ese momento más o menos fiel a la verdad, añadiendo con tético placer sangre, varios cadáveres y una docena de mujeres destripadas. Al cabo de unos instantes, Harry apartó el plato y, aún más pálido, empezó a temblar. Ben hizo una pausa para recuperar el aliento, y Ada dijo con voz débil:

—Por favor, dennos de comer. —Y avanzó hacia la mesa.

Entonces, las mujeres se levantaron presurosas a fin de proteger a Harry con sus cuerpos.

—¡Que no se acerque! ¡Puede que estén sucios! ¡Incluso enfermos! ¡No te acerques, muchacha! Quédate donde estás. Te darán de comer. Dolly, llévatelos a la cocina.

—No estamos sucios —protestó Ada—. Si hubieran pasado toda la noche metidos en un baúl, su elegante ropa estaría hecha jirones y sus caras llenas de polvo. —«Y espero que les ocurra algún día», pensó, pero no lo dijo.

Ordenaron a la doncella que se llevara a aquellos «chicos» a la cocina, les diera una taza de té y un trozo de pan y esperara instrucciones. Entretanto, Harry había desaparecido tras deslizarse sigilosamente de la silla. Estaban haciendo salir a Ben y Ada del comedor, cuando el niño reapareció acompañado por un anciano que se parecía al abuelo de Ada como si fueran hermanos. Todos callaron. Era el señor de la casa, el viejo Sinner, tan rico que en la imaginación de los judíos sólo Rothschild lo superaba en prestigio y fortuna (el tercer puesto lo ocupaba el zar Nicolás).

Tenía la cara delgada, amarillenta y tosca; la nariz grande, de una forma extraña, como si se la hubieran partido de un puñetazo; los ojos hundidos, con ojeras



tan oscuras que parecían casi violeta (la señal más evidente, se decía, del cáncer que estaba matándolo), los globos oculares surcados por sinuosos capilares rojos, las pupilas verdosas, la mirada penetrante y desagradable. Pero para Ada y Ben, la barba blanca, el cráneo desnudo y liso como un huevo, la espalda encorvada, los dedos huesudos, largos y rematados por uñas amarillentas, curvadas y duras como el cuerno, y el marcado y parsimonioso acento yidis, le conferían un aspecto familiar: el rico Sinner se parecía a los viejos del gueto, a los prenderos, los chatarreros, los zapateros remendones en sus cuchitriles. En su presencia, los dos niños estaban abrumados por la admiración y el respeto, pero no asustados.

Una vez más, fue Ben quien contó sus aventuras. Ada se mantenía un poco al margen; se sentía débil, mareada y súbitamente indiferente respecto a lo que pudiera ocurrir le. No obstante, se dijo que debería desmayarse. En los libros, cuando un niño se desplomaba, lo socorrían de inmediato: le daban de comer y lo acostaban en una cama limpia y mullida. Temblando de impaciencia al imaginarlo, cerró los ojos con tanta fuerza que, de pronto, la cabeza se le llenó de un rumor sordo y suave, como el rugido del mar. Esperó unos instantes, pero no se desmayaba. Abrió los ojos con pesar y volvió a verse apoyada contra la pared, con las manos entrelazadas y pegadas al cuerpo, mirando a las personas que la rodeaban. Las mujeres parecían tremendamente excitadas y furiosas; hablaban todas a la vez y lanzaban miradas asustadas, casi de odio, a los dos niños.

«Son malas», se dijo. Pero, como le ocurría en ocasiones, su mente tenía dos formas distintas y simultáneas de razonar: una, ingenua, infantil, y la otra, más madura, benévola y sensata. Había dos Adas, y una de ellas comprendía por qué querían echarla, por qué le hablaban con ira: aquellos dos niños hambrientos habían surgido ante los judíos ricos como una eterna advertencia, un atroz y vergonzoso recordatorio de lo que habían sido, o de lo que podrían haber sido, pues nadie se atrevía a pensar: «De lo que podríamos volver a ser.»

Se escondió detrás de la cortina y, casi al instante, empezó a dar cabezadas. De vez en cuando, se llevaba la mano a la boca y se la mordía suavemente para espabilarse. Entonces, entre los pliegues de seda, se veía aparecer un rostro pálido y somnoliento que, creyendo que no reparaban en él, avanzaba con cautela y sacaba la lengua en dirección a las mujeres.

Cuando se la llevaron de allí, se caía de sueño. La condujeron junto con su primo a una habitación enorme, el despacho del viejo Sinner. Les prepararon una mesita para que comieran. Ada estaba tan cansada que ni siquiera respondía a las preguntas del anciano; ni las oía. Más tarde, Ben se burlaría de ella sin piedad. Su primo hablaba alto y de prisa, con una vocecilla aguda y febril.

—¿Así que Israel Sinner es tu tío? He oído hablar de él. Es un judío honrado.



—El anciano hablaba con lentitud, en tono considerado y compasivo. Cuando se decía de un judío de la ciudad baja que era honrado, ¿cómo no compadecer a aquel pobre hombre al que Dios se había olvidado de dar garras y dientes para defenderse? —. Dile que venga a verme —añadió, pensando que no sería mala idea confiar las instrucciones para sus representantes en Jarkov a un hombre trabajador, discreto y que no parecía dotado de demasiada inteligencia—. Le haré ganar algún dinero.

El viejo Sinner se apartó de los niños para dejarles comer tranquilamente y se acercó a la ventana, desde la que se veían los tejados de la ciudad baja. Habría sido interesante, se dijo Ada vagamente, saber qué pensaba el anciano mientras contemplaba aquel barrio maldito, tan lejano y a la vez tan cercano a él... Pero, para el común de los mortales, los pensamientos de un hombre tan rico debían de ser impenetrables, tan elevados y extraños como los de los habitantes del Cielo. Además, era tal su cansancio que cuanto la rodeaba parecía formar parte de un sueño o un delirio febril. No volvió a ser realmente consciente del mundo exterior hasta el día siguiente, en casa de la amiga de Lilla, adonde su padre, advertido por los Sinner, la había llevado junto con Ben. Había dormido veinticuatro horas.



## 9

El Sinner rico cumplió su promesa y dio a su pariente varias oportunidades de serle útil. Aunque las comisiones que le concedía eran ínfimas, el hecho de contar con la protección de una familia tan influyente bastó para mejorar la posición social de Israel Sinner. Se vio rodeado de consideración: ¿qué cualidades no tendría si el rey de la ciudad alta recurría a él?

Así las cosas, su protector murió, y los hombres que se ocupaban de su inmensa sucesión le encargaron que concluyera algunas transacciones, que llevó a cabo con éxito. Entonces se le confiaron otras más importantes. En dos años, si no se hizo rico, empezó a vivir con desahogo. Entre los judíos, todo se hacía de repente y a saltos. La suerte y la desgracia, la prosperidad y la miseria los fulminaban como los rayos del cielo al ganado, lo que originaba en ellos tanto una perpetua inquietud como una esperanza invencible.

También ocurrió algo que permitió a la tía Rhaissa cumplir uno de sus sueños. Desde la noche del pogromo, el abuelo parecía sufrir una especie de atontamiento. Casi no se movía ni alimentaba. No tardó en apagarse, y, con su fallecimiento, desapareció la principal razón que obligaba a los Sinner a vivir en, la ciudad baja.

La familia fue a instalarse en la ciudad media, a igual distancia de las colinas que del gueto.

La tía Rhaissa no era mujer que se durmiera en los laureles. Había que ocuparse de la educación de Lilla y, ante todo, lograr que aprendiera francés. En esa época, en la ciudad natal de los Sinner vivía una anciana parisina que daba clases de ese idioma a los hijos de las familias acomodadas. La llamaban Madame Mimi; nadie había sabido nunca su apellido. Poseía la vivacidad, la elegante delgadez, los ojos saltones y la fina nariz corva, en forma de pico, de un pájaro un poco desplumado pero todavía encantador. Tenía las piernas rígidas y escuálidas, porque padecía reuma, lo que no le impedía bailar en las celebraciones de Navidad recogiendo con gracia las enaguas de tafetán, que, siguiendo la moda, sobrepasaban el vestido amplio, y beberse «un dedo de champán» a la salud de sus alumnos, a quienes enseñaba (junto con el francés y los poemas «La pequeña tonquinesa» y «La copa rota», de Sully Prudhomme) una actitud vital optimista, cordial, cálida y alegre que aquellos rudos judíos no podían descubrir por sí mismos. Daba a entender que en San Petersburgo, donde había vivido en su juventud, había tenido tratos culpables con un príncipe... (y susurraba un apellido famoso en aquellos tiempos). Lejos de empañar su reputación, eso hacía que cualquiera se felicitara de tener bajo su techo a



alguien tan familiarizado con la buena sociedad, una mujer de quien podía decirse con certeza que sabía exactamente cómo había que comer los espárragos (con el tenedor o los dedos) y que enseñaría a los niños lo mejor de la lengua francesa: su pronunciación, tan difícil, y su jerga, tan divertida.

—La mayor hará florecer el amor a su paso —aseguraba la anciana, que no tardó en encariñarse con Lilla y Ada. Y con un rápido y encantador movimiento de sus largos y huesudos dedos, como quien ordena las flores en un florero, parecía sembrar el camino de Lilla de invisibles pretendientes—. En cuanto a la pequeña... ¡ah, qué carácter! Cuando entregue su corazón, será para siempre.

Ada se sentía halagada: en materia de amor, los dictámenes de la francesa eran indiscutibles, de un modo parecido a un chef que, arrojado por un naufragio a una costa inexplorada, habla de las recetas de su país a los indígenas y éstos, fascinados, no pueden más que adorarlo y callar. Madame Mimi ignoraba y despreciaba todo lo relacionado con los negocios, las comisiones, los corretajes e incluso las discusiones sobre el orden jerárquico en la ciudad; en definitiva, cuanto constituía la vida de los Sinner y sus semejantes. Sin embargo, los sentimientos eran su terreno: había que creerla. Y, en sus sueños, la tía Rhaissa imaginaba a Lilla en un vistoso carruaje en la batalla floral de Cannes, mientras que Ada adoraba aún más a una sombra, un fantasma, aquel Harry al que no había vuelto a ver desde el día del pogromo, pero que seguía en su corazón. Una sola pasión rivalizaba con ésta: la pintura. Ada siempre había dibujado, pero hacia los diez años le regalaron la primera caja de lápices de colores y comenzó a representar sin cesar la calle nevada bajo su ventana, los tonos grises del cielo de marzo y los rostros humanos... Nunca se cansaba. Cuando no era Nastasia, con sus terribles ojillos negros en aquella cara enrojecida, era la tía Rhaissa, con los brazos en jarras y las manos en el borde inferior del corsé en forma de mandolina, o Lilla, en enagua de percal, o Madame Mimi, con su aire gracioso y burlón de viejo aguzanieves... Cualquiera rostro le interesaba, cualquiera le gustaba. Pero sobre todo dibujaba sin parar el de Harry, según había quedado grabado en su memoria.

Un día, Madame Mimi, a quien mostraba sus bosquejos, reconoció uno de los retratos de Harry.

—Conseguiré que juegues con este niño —le aseguró, observándola con su mirada penetrante y sagaz.

—Entonces... ¿lo conoce? —inquirió Ada, palideciendo.

—Di clases en la familia y sigo manteniendo excelentes relaciones con ellos. Así que en febrero...

—¿En febrero? —preguntó la niña, conteniendo la respiración.



—Si vienes con tu tía y tu prima a la fiesta de la Alianza Francesa, te lo presentaré.

La Alianza Francesa organizaba un espectáculo anual de aficionados, seguido de una fiesta; la recaudación de taquilla se destinaba a obras de caridad. Los habitantes de la ciudad media acudían al completo y, a veces, los de la alta hacían fugaces apariciones. Madame Mimi se ocupaba de la celebración concienzudamente, pero sin dejar de suspirar:

—¡Ay! ¡Qué lejos quedan los tiempos en que daba, en casa de mi amigo el príncipe, unos bailes en los que el champán corría a raudales, las polcas y las mazurcas sonaban hasta el amanecer y yo bailaba con la ligereza de una mariposa!

—Pero si aún baila muy bien... —comentaba Ada.

Entonces la anciana se levantaba con delicadeza el bajo de la falda y ante el espejo del armario hacía un paso, sólo uno, pero poniendo en él tanta gracia y vivacidad, unidas a una imperceptible y melancólica mofa de sí misma, que encandilaba a la niña.

—¡Ah, si pudiera retratarla así! Pero ¿cree usted que mi tía querrá llevarme con Lilla?

—¡Pues claro! Déjalo de mi cuenta.

Era otoño, y la fiesta se celebraría en febrero. En febrero, se decía Ada, vería a Harry. Bailaría, jugaría con él. Dejaría de ser una mendiga, una vagabunda, una paria, una insignificante judía de la ciudad baja a ojos de él. Ahora hablaba francés, sabía hacer reverencias, era «como las demás». Veía con mayor claridad a aquel Harry, al que apenas conocía, que a Ben o a la tía Rhaissa; para ella estaba más vivo. En las sombrías calles invernales, cuando apretaba el paso al salir de la escuela soplándose los dedos, sintiendo que la nieve y el aire helado le abrasaban los párpados, casi le daba la impresión de que aquel muchacho iba a su lado. Le hablaba y se imaginaba sus respuestas. Interpretaba para sí misma todo un melodrama lleno de sorpresas, sucesos afortunados, encuentros, peleas y reconciliaciones.

Por fin, llegó el día de la fiesta. Esa mañana, en casa de los Sinner el ambiente se colmó del olor de las planchas que se calentaban en la cocina, y de los frasquitos de perfume barato que abría Lilla para olisquearlos y compararlos ansiosamente. Ada y ella habían extendido sobre la cama sus medias de hilo negro, sus enaguas almidonadas y, la mayor, el corsé nuevo de dril gris. Tenía que bailar, cantar y recitar en una pantomima, «La rosa y la mariposa», compuesta especialmente para la ocasión por Madame Mimi. Aquella mujer valía para todo.

—Saldré al escenario y la gente me aplaudirá —dijo Lilla.



Y, de puro contenta, empezó a girar como una peonza. Era extraordinariamente graciosa y ligera; tenía los pies muy pequeños y unas piernas como las que gustaban antes de la guerra, de tobillos finos, pero con las pantorrillas redondas y los muslos un poco gruesos.

Estaban en la habitación de la tía Rhaissa. Ada había crecido mucho. Llevaba la rebelde melena recogida en una trenza corta y gruesa, pero seguía conservando el tupido y desigual flequillo, cortado a la altura de las cejas; a veces le caía sobre los ojos, que lanzaban relucientes y salvajes miradas de animalillo escondido tras un arbusto.

El día transcurrió lentamente. Por fin, se encendieron las lámparas; la casa se llenó del olor a la col lombarda qué hervía para la cena, aún más fuerte que el de las tenacillas de rizar.

Ben estaba en el comedor con un compañero del instituto llamado Ivanov, del que se había hecho muy amigo. A sus once años, Ivanov, rubio y sonrosado, tenía las mejillas de un niño pequeño, coloradas y cubiertas de fina pelusa. Sus compañeros se divertían pellizcándoselas: donde le apretaban quedaba una señal blanca como la nieve, mientras que el resto del moflete enrojecía de tal modo que la carne parecía hecha de cerezas y leche. Los dos amigos estaban sentados bajo la lámpara del comedor. El pequeño Ivanov, dulce y sonriente, con grandes ojos azules y una boca minúscula, roja y carnosa, escuchaba en silencio a Ben, que hablaba sin parar pero en susurros, por miedo a que su madre lo oyera, aunque era aún más elocuente con el cuerpo, en constante movimiento, con el inquieto rostro y las agitadas manos, que con la propia voz.

Estaba contando una historia disparatada, una retahíla de embustes, la batalla que había librado solo contra seis chicos mayores, más fuertes que él y armados de piedras. La relataba con precisión de alucinado, reproduciendo mímicamente cada detalle, jurando por lo más sagrado que cada palabra era fiel a la verdad, embriagándose con sus absurdas invenciones, creyéndose cuanto contaba, sintiendo que el cuerpo le ardía y luego se le helaba, deseando golpear y abrazar al mismo tiempo al pequeño Ivanov, que, con la barbilla apoyada en las manos, parecía muy atento y admirado, aunque de vez en cuando decía en tono débil:

—No es verdad. ¿A que no? ¡Confíésalo! No es verdad.

—¡Sí, lo juro! ¡Que me castigue Dios! ¡Que me muera ahora mismo si miento! Y una piedra me dio aquí... —Con las pequeñas y febriles manos, Ben se apartó el pelo de la frente y se tocó una ceja.

Ivanov necesitaba repetirse una y otra vez, como un encantamiento: «Está mintiendo. Lo que cuenta es falso. Sé que lo es. Es un sucio mentiroso judío. Si lo



hubiera alcanzado una piedra, le habría quedado una marca.» Pero de hecho, ¿acaso no se le veía? De tanto frotarse la frente y echarse los rizos adelante y atrás, Ben había acabado por hacer aparecer una mancha roja encima de la ceja.

—¿Ves la marca? ¿La ves?

¿Por qué se empeñaba el chico en mentir de aquella manera? Sencillamente, para deslumbrar a su amigo, al que quería. La ternura y el respeto de Ivanov eran lo único que podía colmar una ávida sed de su alma, de la que apenas tenía conciencia.

—Bueno, ya ves que sabré defenderte, Ivanov... Conmigo no tienes nada que temer. Soy mucho más fuerte y astuto que Jacovlev o Paulov —dijo, refiriéndose a sus rivales—. Dime, ¿por qué te juntas con ellos? En primavera, una noche nos escaparemos por la ventana cuando todos estén durmiendo, encenderemos una hoguera a orillas del río y te enseñaré a pescar a la luz de una antorcha. Uno sostiene la antorcha —explicó, llevado de la imaginación—, con las chispas volando por el aire y chamuscando el pelo, y el otro echa la caña. Y cada vez que la echa, saca del agua un pez enorme, plateado y palpitante, que aún sangra por las agallas. No hay más que cogerlos con las manos. Por la mañana, los venderemos en el mercado. Al poco tiempo, tendremos suficiente dinero para comprar una escopeta y balas de verdad... ¡O si no, una bicicleta! —exclamó entusiasmado, con las pequeñas manos, que siempre le ardían, heladas por el deseo—. ¿Vendrás conmigo, Ivanov?

—Sí.

—Pero, como comprenderás, para poder acompañarme tengo que saber que me prefieres a Jacovlev o Paulov.

—Te prefiero.

—No basta con decirlo. A partir de mañana, los rehuirás. No volverás a jugar con ellos. Son torpes, brutos y tontos. ¿Qué esperas conseguir en su compañía?

—No puedo prometerte...

—¡Muy bien! No se hable más. Ya encontraré otro amigo.

—Pero ¿por qué no puedo ser amigo tuyo y también de ellos? —exclamó el otro con desesperación.

—¡Eso es imposible! —zanjó Ben—. O estás conmigo o estás contra mí. Elige. Elige —insistió, inclinándose hasta rozar las sonrosadas rodillas de Ivanov con sus negros rizos.

Bajo aquella mirada brillante e imperiosa, el pequeño Ivanov se sentía incómodo, embargado por la timidez y la ansiedad.

—Ya he elegido.



—¿Sólo conmigo?

—Sólo contigo.

Ben se dejó caer sobre el respaldo de la silla. Había conseguido lo que quería o, al menos, el símbolo, la imagen, porque la verdad le importaba menos que la ilusión de haber poseído por un instante lo que deseaba. Ahora quedaba otra cosa: tendría que fascinar a Jacovlev y Paulov y, a continuación, al profesor de Ciencias Naturales, que no lo soportaba, y por último a Ada, la díscola Ada, con sus amargas burlas, siempre contra él, siempre en rebeldía. Sin embargo, a ella... ¡Ah, ya llegaría el día en que podría vengarse de Harry! Ada nunca lo mencionaba, pero Ben sabía que pensaba en él, que soñaba con aquel odioso niño rico. Esa noche iba a verlo... Por eso se había negado Ben a acompañar a su madre y su hermana a la fiesta. Cuando pensaba en Harry, sentía algo más sutil, más complejo que el mero odio que puede experimentarse hacia un compañero que te ha pegado o delatado al profesor. Era una mezcla de admiración, envidia y feroz aversión. Que Ivanov tuviera una vida completamente distinta de la suya era normal; pero Harry... «El podría ser yo y yo podría ser Harry», se decía. Le habría gustado hacerle pasar por cuanto él tenía que soportar: los sabañones, los pies destrozados por zapatos demasiado pequeños, las bofetadas de su madre, los desprecios de los profesores... Y al mismo tiempo fantaseaba con meterse en la piel de Harry. Lo alimentaban, lo vestían, lo querían como a éste. Era rico, como él. Decididamente, su tío y su madre estaban en lo cierto: para un judío no había más salvación que la riqueza. Harry y él tenían la misma sangre, el mismo apellido, pero... alrededor, uno no veía más que sonrisas, mientras que el otro...

Entretanto, las chicas se arreglaban para la fiesta. Lilla llevaría un vestido de muselina blanca, un cinturón de moaré, zapatos de un tono bronceo y una corona de florecillas artificiales en la cabeza: Ada y ella se habían pasado la semana recortando, cosiendo y juntando los miosotis de tul con tallo de latón. Ada se pondría el delantal blanco de gala sobre el uniforme escolar y una gran cinta roja en el pelo.

Lilla roció el pañuelo y el cinturón con unas gotas de perfume y luego se humedeció el dedo para deslizárselo por la nuca y el labio superior.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Ada, que la miraba boquiabierta.

—¡Ah! Por si...

—¡Oh, Lilla! ¿Crees que van a besarte? ¿En los labios? ¿Y en la nuca? ¡Oh!

—¡Chist! ¡Cállate! ¡Viene mamá!

—Dame un poco, anda...

—¿Para qué? —sonrió Lilla a su prima pequeña—. ¿Es que también esperas



que te besen, patito feo?

Medio en broma, le echó un poco de perfume en el pelo. Demasiado azorada para reír con ella, Ada no pestañeó. ¿Por qué era un beso algo tan prohibido y deseado? Ella, desde luego, no sentiría ningún placer besando a Ben... Pero si realmente se hacía amiga de Harry, tal vez éste la besara. Ante esa idea, sin saber por qué, sintió que una oleada de fuego y hielo le recorría el cuerpo.

De pronto, salió a la carrera para refugiarse en el oscuro trastero, que olía a humedad. Echó el cerrojo, se arrodilló en medio del cuarto y juntó las manos.

—Haz que me vea —rogó a Dios—. Haz que me dedique una mirada.

Vaciló, pues aunque Nastasia acababa sus oraciones santiguándose, en su caso seguramente constituiría un sacrilegio. Sin embargo... No pudo resistirse; con mano temblorosa, trazó la señal de la cruz sobre su frente y su pecho. Se levantó. Al salir del trastero, reparó con consternación en que tenía el vestido manchado y arrugado en las rodillas. Pero ya era demasiado tarde.

Se sentó junto a Lilla y la observó en silencio mientras ésta acababa de arreglarse. Finalmente, la tía Rhaissa, vestida con un traje de seda violeta y los rizos pelirrojos recogidos con una mariposa de strass, entró a buscarlas ahuecándose la parte superior de las mangas, rebosante de esperanza.

**10**

La sala estaba adornada con guirnaldas de papel, plantas verdes y banderitas tricolor. El espectáculo acababa de comenzar. Las apretadas filas de sillas ya habían cesado de gemir bajo el peso de las inquietas madres, que, ahora inmóviles, enfocaban con los impertinentes el escenario, donde veinticinco niñas cantaban a coro:

«Es un pájaro que viene de Fra... a... ancia...»

Las madres tenían cuello grueso y llevaban grandes moños negros y pendientes de diamantes más o menos puros según el rango y el éxito social de sus maridos. Por debajo de la posición de banquero, un collar de perlas se habría considerado una insolencia, pero los diamantes se admitían desde la categoría más ínfima: la de los comerciantes del segundo gremio. Y la tía Rhaisa ocupaba al fin su lugar entre aquellas respetadas matronas. Por lo demás, las tres estaban sentadas debajo de un pequeño estrado a modo de palco, reservado a los Sinner ricos.

Estos llegaron mediada la función. Al verlos entrar, en todos los rostros afloró una expresión a un tiempo halagada y fingidamente indiferente. Era un honor estar en el mismo sitio que los Sinner, pero tampoco había que olvidar quién era uno: ¡un Levy, un Rabinóvich...! Todas las mujeres hinchaban el pecho y hacían destellar los diamantes, mientras cuchicheaban:

—Dicen que a sus bailes asiste el gobernador en persona...

Harry se sentó en el centro. En esos momentos contaba trece años. A Ada no la habría sorprendido verlo con un traje de oro. Vestía ropa más modesta, pero igual de extraordinaria a ojos de la niña. Llevaba el pantalón gris perla, la chaqueta negra y el cuello redondo de los estudiantes de Eton. Parecía tímido y huraño, pero eso lo hacía aún más atractivo en opinión de ella. ¡Y qué bien peinado iba! Tenía en la mano uno de los programas ilustrados por la propia Ada y, delante de él, una caja de bombones abierta. Al coger un bombón, se le escapó el programa, que voló por los aires unos instantes y fue a aterrizar muy cerca de ella, que lo recogió y lo sujetó con mano temblorosa.

Entretanto, una niña con rizos de caniche recitaba las imprecaciones de Camille, añadiendo generosamente dos erres a cada una de las que Corneille usó en su día, ante un público impresionado.

—¡Rrrroma, el único objeto de mi rresentimiento!

Un niño regordete y de muslos sonrosados salió al escenario y declamó:



—Pobrehojamarchitadesutallodesprendida... —Se interrumpió, se echó a llorar y desapareció como por una trampilla.

Llegó el turno del ballet de la Rosa y la Mariposa. Entre las rollizas jovencitas que la rodeaban, Lilla bailaba con una gracia deslumbrante: agitaba un sinfín de pañuelos multicolor y lanzaba a todo el mundo sus mimosas sonrisas, que parecían decir: «¿Por qué no me queréis? Tenéis que quererme.»

Fue más que un éxito; fue un triunfo. Muy erguida en su silla, Rhaisa saboreaba el momento con un mohín despectivo y, al mismo tiempo, pensaba: «¿Y os creéis que voy a dejar que se marchite, que se malogre en esta ciudad provinciana como me malogré yo, malgastando mis energías y mi talento en buscar marido? ¡No, no! ¡Lilla vale mucho más! ¡Volveréis a oír hablar de ella y de su madre, buenas gentes!»

Después de todo, ¿quién era la famosa trágica Raquel? Una simple judía nacida en un carromato. Para los judíos no había nada imposible. Todos los caminos estaban abiertos para ellos. Trepaban a alturas vertiginosas. ¡La inmensa Rusia no era un teatro lo bastante grande, lo suficientemente digno para Lilla! (Por otra parte, Moscú y San Petersburgo estaban vedados a los judíos.) ¡No! Lo que necesitaba era París. ¡Sólo en la capital francesa merecía la pena probar fortuna, jugarse el todo por el todo! ¡Qué hija tenía! ¡Con qué gracia se inclinaba! ¡Cómo respondía a los aplausos! Había nacido para estar sobre un escenario. Cuando apareció agitando por última vez sus pañuelos rosa y verdes, la sala casi se vino abajo con los vítores.

Luego se organizaron bailes y juegos. Harry, de pie junto a una de sus tías, permanecía un poco apartado. Madame Mimi fue a buscar a Ada. Juntas cruzaron la sala en toda su longitud, y todos se fijaron en que la pequeña Ada Sinner iba a ser presentada a su rico primo. A nadie le sorprendía que fueran parientes cercanos y que al mismo tiempo mediara entre ellos aquella distancia inaudita: por un lado, estaba el dinero, los tíos, banqueros en París; por otro, una tienda en el gueto, la educación precaria, la pobreza... Lo chocante era más bien la iniciativa de Madame Mimi. Estos franceses...

Madame Mimi le hizo señas a Harry.

—Mira, Harry, esta niña tan simpática quería conocerte. Podrías bailar con ella... Van a tocar un vals muy bonito.

Harry alzó los ojos y reconoció a la niña a quien había visto dos años antes, la chica desgñada, cubierta de polvo y con las manos lastimadas que había surgido de improviso de un mundo horrible, sórdido, un mundo de suciedad, sudor y sangre, tan lejano y, sin embargo, tan misteriosa e inquietantemente relacionado con él. Todo su cuerpo se estremeció, como un perrito bien cuidado y alimentado que oye en el



bosque el hambriento aullido de los lobos, sus hermanos salvajes.

—No, no, yo no sé bailar... —se apresuró a excusarse mientras retrocedía.

Al mismo tiempo, se moría de vergüenza. Recordaba la dureza, la altivez con que habían tratado a aquellos niños. Sabía que su rechazo de esa noche le pesaría en la conciencia; tenía un alma escrupulosa y delicada, pero antes le habría dado la mano al mendigo más mugriento que a aquella chica. Si temblaba de aquel modo ante ella; no era porque a sus ojos representara la pobreza, sino el infortunio, y un infortunio extraña, siniestramente contagioso, como sólo puede serlo una enfermedad.

—Bueno, pues no bailéis —respondió la anciana francesa—. Venga, id a correr. Jugad juntos.

—Madame Mimi... —murmuró Harry—. No puedo.

—¿Por qué?

—Ya sabe... —¿Qué podía alegar, qué podía inventar para que se fueran cuanto antes, para dejar de ver aquellos ojos ansiosos alzados hacia él?—. Ya sabe que no me permiten jugar con otros niños...

En esos instantes, en el corazón de Ada, el odio y el amor extremos se confundían hasta formar un sentimiento tan intenso, contradictorio y turbio que sentía como si se partiera en dos. Pero los pensamientos de Harry tampoco eran simples: la niña le daba miedo y al mismo tiempo lo atraía. La miró con dolorosa y apasionada curiosidad; por un instante, la atracción fue tan fuerte que dijo:

—Lo siento mucho...

Se había sonrojado; su pequeño rostro, tan pálido como el de Ben, se ruborizó y sus ojos se humedecieron. Ante aquella imagen, en el corazón de Ada se impuso el amor.

Madame Mimi volvió sobre sus pasos a toda prisa seguida por la cabizbaja niña. Ada tenía la sensación de que todos la miraban y se burlaban. Adoptó una expresión tan singular, reconcentrada y dolorida que la francesa lo advirtió y se detuvo.

—No se debe desear con tanta fuerza, Ada.

—No puedo evitarlo, madame.

—Hay que tener un corazón más desprendido. Ante la vida, tienes que ser como un acreedor generoso, no como un ávido usurero.

—No puedo evitarlo —repitió ella.



Avanzaba sin ver lo que la rodeaba. Madame Mimi detuvo a unos niños que jugaban y les propuso que aceptaran a Ada. Pero todos los grupos estaban formados; la rechazaron en la gallina ciega; tampoco la quisieron en los colores ni en la sillita. Al final, la dejaron jugar al gato y el ratón, pero la atraparon enseguida. A lo largo de su vida, jamás iba a sentirse tan desamparada como en medio de aquel círculo de caras curiosas o burlonas, mientras corría de aquí para allá tratando de dar alcance a las otras niñas, que se le escapaban lanzando agudos chillidos.



11

Era casi medianoche, pero la tía Rhaissa y Madame Mimi, sobreexcitadas por el éxito de la fiesta, no podían separarse. La francesa aceptó tomar una taza de té en casa de los Sinner. Lilla se acostó y se durmió enseguida; no se le veía más que el negro moño sobre la almohada. Con dedos helados y torpes, Ada se desnudó lentamente. Se metió en la cama, pero no podía dormir. Las dos mujeres charlaban al otro lado de la pared, y sus palabras llegaban a los oídos de la niña.

—Sabe llevar la ropa por instinto —decía la anciana.

Hablaban de Lilla. Ada no sentía celos; era inevitable alegrarse de la suerte de su prima. Pero, en la oscuridad, lloraba a su pesar.

—Dejar aquí a esta chica sería un crimen...

—¡Ay, mi querida Madame Mimi! ¡Es como si leyera usted mis más profundos pensamientos! ¿Qué será de ella en esta tierra salvaje?

—En cinco o seis años sería una de las reinas de París. Necesitaría algunas clases de dicción, aprender a moverse... El conservatorio...

Ante aquella palabra mágica, la tía Rhaissa soltó una especie de grito de ansia y pesar:

—¿El conservatorio? ¿Usted cree?

—Tiene una voz tan bonita...

—Es una pánfila —soltó de pronto la tía Rhaissa con extraordinaria dureza—. Habría que vigilarla minuto a minuto para impedir que se enamorara de cualquier lechuguino. Por eso no podría mandarla sola a París. Sería su perdición.

En realidad quería decir: «Se dejaría seducir por un chico sin fortuna.»

—¿Y por qué no va con ella? Hay que atreverse a cambiar de aires, a jugárselo todo a una carta, a la edad que sea. Ya me ve a mí...

—Yo dependo de otros. Vivo a expensas de otros. Soy una pobre viuda —replicó Rhaissa con agitación y en un tono que a Ada jamás le había parecido tan sincero. Cuanto aquella mujer había querido, cuanto había soñado, cuanto había mantenido en secreto durante largos años, se le escapaba ahora en forma de suspiros, exclamaciones ahogadas, lágrimas—. ¡Ah, qué desgracia no ser libre y rica! Cuando pienso en los Sinner... ¿No dice usted que se marchan de Rusia, que se van a vivir a Europa? ¿Que el muchacho se educará en París? ¿Qué destino tan envidiable! ¡Qué



injusticia para los míos! Mientras tanto, seguiré aquí, consumida por el aburrimiento y la mediocridad, y viendo a mi hija correr la misma suerte... Yo no estaba hecha para esta vida, Madame Mimi. Usted me comprende, es la única que me entiende...

—Su cuñado...

—¡Israel es tan apocado y cobarde! ¡Dios, qué cobardes son los hombres! Nunca aceptaría la idea de emigrar. Y mandarnos allí... Si se tratara de su hija... Pero Lilla sólo es su sobrina.

—Yo me ofrecería con mucho gusto a tenerla en mi casa...

—¿En su casa, madame?

—¡Pues claro! Heredé una pequeña cantidad, que invertí en obligaciones del Estado ruso. Así que estoy tranquila en cuanto al futuro. La próxima primavera, tengo previsto instalarme en París. Pero no me atrevería a encargarme de Lilla sola... Es una chica tan joven y bonita... ya me comprende, no hay que tentar al diablo. Sólo una madre...

—Cierto, sí, muy cierto —murmuró la tía Rhaissa, absorta en profundos y secretos cálculos—. Si se tratara de su hija, haría entrar en razón a Israel...

De pronto, ambas bajaron la voz y Ada no oyó nada más. El largo cuchicheo acabó con una exclamación de Madame Mimi:

—¿Esa niña? ¡Ya lo creo que tiene talento! ¡Y qué carácter tan fuerte e interesante!

—Sí, sí, podría estudiar en París, es cierto...

Ada se sentó en la cama con el corazón palpitante. No era posible, ni siquiera imaginable que se refirieran a ella... Y sin embargo, la tía Rhaissa estaba diciendo:

—Adora a su hija. Haría cualquier sacrificio por ella... ¡Lo haría tan feliz convertirla en una artista! ¡Ah, si mi pobre Lilla no fuera huérfana! Pero así es la vida. Hay que aceptar lo que nos da.

—Usted podría instalarse no lejos de mí...

—¿Conoce a mucha gente allí, Madame Mimi?

—Conocía a mucha —respondió la anciana, y, tras una breve vacilación, siguió hablando en el tono artificialmente alegre y ligero con que nos esforzamos por aturdirnos a nosotros mismos, como quien canta para darse valor—: En otros tiempos conocía a todo París. Me llamaban... (no se lo cuente a nadie; era mi apodo, mi nombre de guerra...). Sí, me movía en un ambiente muy al margen, muy brillante, donde todo el mundo tenía apodo. Me llamaban Naipera, porque me encantaba el



juego... De eso hace mucho tiempo, pero conservo, debo de conservar amigos fieles, influyentes...

La anciana calló. Durante un rato, Ada sólo oyó el ruido de las cucharillas al girar en las tazas de té.

¿Qué imágenes pasaban por la mente de la tía Rhaissa? No puede descartarse que confundiera a Lilla consigo misma de joven, el destino de su hija con el suyo... Nunca había querido tanto a Lilla. Y aún le sobraba una especie de ternura para otros.

—¡Qué pena no intentar cultivar las dotes de mi sobrina! —exclamó con vehemencia, refiriéndose a Ada—. Tiene talento. Sería una gran pintora. Mañana mismo hablaré con su padre.

**12**

Como es típico de la mentalidad judía, si se hubiera tratado de mandar a Lilla y Ada fuera para que aprendieran un oficio modesto y seguro, de costurera o contable, Israel hubiera dudado mucho tiempo y al final no se habría decidido a separarse de ellas. Su partida habría dado un vuelco a su vida y aumentado sus gastos, además de privarlo de su hija. París estaba muy lejos y el viaje resultaba caro: no volvería a verla en dos o tres años. Pero nadie había hablado de un trabajo honrado y mediocre: aquel viaje era un salto a lo desconocido. Podían romperse la crisma o enriquecerse: Ada tendría la oportunidad de convertirse en una pintora célebre, y Lilla, en una gran actriz. ¿Quién sabía lo que les reservaba Dios? Desde luego, los gastos serían considerables; pero ¿qué no habría hecho por su hija, por su carne y su sangre? Respecto a ella experimentaba un oscuro sentimiento de culpa: Ada podría haber sido más feliz. Aunque él, un pobre hombre, no era responsable de que su madre hubiera muerto de forma prematura, ni del carácter de Rhaissa, ni de las trastadas de Ben, aun así, siempre tenía ganas de pedirle perdón a Ada por haberla traído al mundo. Ciertamente, no era un regalo demasiado bonito. Ahora al menos podía darle una oportunidad, la ocasión de ser feliz...

Aceptó separarse de Rhaissa y los tres niños. En Rusia y sin la vigilancia de su madre, Ben no haría nada bueno. Además, aquél no era el país ideal para un niño judío. Pronto empezaría los problemas de la elección de estudios, del servicio militar (¡eterna pesadilla!), de la admisión en una universidad... Mejor que se fuera.

Una mañana de primavera, Israel los vio subir al tren cargados de maletas, provisiones e incluso muebles, porque alguno se llevaban con ellos.

Corría el mes de mayo de 1914.

Los dos primeros años de la guerra, Israel les envió con regularidad el dinero de la manutención. Los Sinner vivían en París, donde habían alquilado un pisito a medias con Madame Mimi. Las cosas no habían sido exactamente como la anciana las había pintado. Madame Mimi había encontrado a pocos de sus antiguos amigos, no sabía por qué. Unos habían muerto y otros se habían ido lejos. El resto parecía no acordarse de ella. Además, estaban en guerra...

Durante dos años, la vida de los Sinner y Madame Mimi fue tranquila, anodina, lánguida... Luego, la Revolución anegó Rusia y su riada arrastró y se tragó, junto con otros restos, la vida, la fortuna y hasta el recuerdo de Israel Sinner.

Extinguida la asignación de su cuñado y canceladas las rentas en obligaciones del Estado ruso, Rhaissa demostró que, como siempre había creído, le sobraban



arrestos. Con el poco dinero que había ahorrado, compró tela para patrones y dos maniquís, hizo tomar lecciones de corte y confección a su hija y a su sobrina, arrancó a Madame Mimi, combinando la astucia y la fuerza, los últimos jirones de su fortuna —las joyas, los regalos del príncipe y los recuerdos de días mejores— y se hizo modista.

Si había alguna arrogancia por parte de una pobre judía originaria de una remota región de Ucrania en ponerse a venderles ropa a las parisinas, Rhaissa ni siquiera reparó en ello.

Subarrendaron el pisito de Madame Mimi y encontraron una pequeña vivienda de tres habitaciones en el barrio de Ternes, donde la burguesía y el mundo galante se encuentran y a menudo se confunden, como dos afluentes de un mismo río.

Aquel piso amueblado olía a humedad y a un tufillo especial que sólo se percibe en casa de las modistas sencillas: a comida, tejidos de lana y a los perfumes baratos e intensos de las clientas. Las ventanas no se abrían casi nunca: Rhaissa y Madame Mimi tenían idéntico miedo a las corrientes de aire. Lilla empezó a trabajar en un music-hall, Ben entregaba los vestidos a domicilio y Ada hacía todo tipo de tareas por encargo de su tía: cosía, recogía alfileres, cortaba patrones, copiaba los modelos que conseguían fraudulentamente... Se despertaba y acostaba con rapapolvos. Rhaissa nunca se los había ahorrado, pero ahora eran más amargos cada día. No sólo porque estaba a su cargo, sino también porque, sin pretenderlo, le recordaba constantemente el fracaso de Lilla, de la que tanto se esperaba y que apenas servía para desnudarse en un music-hall; de Lilla, que dejaba marchitar su juventud y su belleza y ni siquiera conseguía un amante rico. Sin embargo, todos los hombres se enamoraban de ella; pero por una burla del destino, sólo topaba con pobretones: modestos padres de familia, obligados a ser tacaños y prudentes, o aventureros de medio pelo.

Cuando Ada cumplió quince años y se volvió atractiva, su tía experimentó una profunda animadversión hacia ella. Ada respondía con insolencia; era su mejor arma desde la infancia. Por extraño que fuera, lo único que conseguía atajar las iras de su tía era una réplica rápida e ingeniosa, lo más impertinente posible. Pero Rhaissa no le iba a la zaga; siempre había tenido una lengua afilada, y agradecía a su sobrina que le diera la oportunidad de usarla, como el duelista profesional se alegra de ver frente a él a un adversario hábil. Por desgracia, tenía el defecto habitual de las mujeres: se embriagaba con la victoria. Con Rhaissa, las escenas no acababan nunca; dotada de una memoria implacable, no abandonaba los agravios antiguos por los nuevos, lo que la hacía retomar y enriquecer incansablemente los mismos temas, variando los términos con verdadera conciencia artística, como la abeja que sigue



zumbando a nuestro alrededor largo rato después de habernos clavado el aguijón.

Su sobrina le plantaba cara, pero sobre todo se refugiaba cada vez más en una vida interior tan profunda y extraña que nada podía ofenderla o mortificarla realmente. Cuando su tía la increpaba, a fuerza de voluntad, Ada conseguía mirar aquella cara agria, inteligente y dura no como una adolescente sermoneada, sino como pintora, y a continuación reproducía en una hoja arrancada de un cuaderno cada trazo grabado en su memoria.

A veces, la irritaba a propósito para volver a ver aquel pequeño pliegue de la boca que sólo se le formaba en pleno ataque de cólera y cuya sardónica y cruel expresividad la fascinaba. Aparecía y desaparecía como la cola de una serpiente que reptaba entre la hierba: imposible atraparla. La asustaba y al mismo tiempo la observaba con una extraña delectación. El universo estaba lleno de formas y colores que se escabullían, que nunca se podían retener, pero esa búsqueda, ese empeño, era lo más importante del mundo.

—Pareces una alucinada —le decía Lilla, y añadía—: Tienes quince años largos, pero vives como a los doce. Sólo piensas en dibujar. Estás desperdiciando tus mejores años.

Asomadas a la estrecha ventana del taller de costura, miraban la calle. Era una, noche cálida, demasiado bochornosa para comienzos de primavera. Niños irritados chillaban en todos los pisos. Ada se decía que intentaría pintar aquella avenida, aquella penumbra iluminada por relámpagos, aquel cielo de tormenta del que parecían saltar chispas, a aquella mujer enlutada que caminaba bajo las farolas y, de vez en cuando, como si se asfixiara y buscara aire, alzaba una cara asustada, teñida por la luz de un blanco de albayalde, y a aquella florista del moño rojo.

—¿No has conocido a ningún hombre que te haya gustado? —insistió Lilla, desperezándose lánguidamente.

¿Cómo? ¿Qué decía? ¿Que si había conocido...? No, no. Negó con la cabeza con actitud orgullosa y desafiante. Ella estaba destinada a una vida distinta a la de Lilla, a placeres diferentes, a emociones que nadie podía comprender ni compartir. Sin embargo... Para una chica de quince años, determinadas palabras pronunciadas a su alrededor (un hombre, gustar...) pueden repetirse dentro de ella, como murmuradas por una voz interior, y despertar un eco sordo y casi amenazador.

Madame Mimi estaba en la habitación; tenía el pelo cano y las manos nudosas y deformadas por el reuma, pero seguía manteniéndose erguida sobre las delgadas y rígidas piernas y mirando en torno con ojos penetrantes.

—Ada sigue pensando en el pequeño Harry Sinner.



—¡No es así, madame! —exclamó ella.

Lilla rió y la tía Rhaissa rezongó.

—Es muy capaz —gruñó Ben despectivamente.

Madame Mimi repitió la frase en tono burlón y profundo, con aquella voz de vieja sibila que únicamente brotaba de su boca cuando hablaba de amor, como si sólo entonces le tocaran una fibra todavía viva entre otras medio destruidas por el tiempo:

—Sigues pensando en él, Ada. Nunca lo olvidarás. ¿Sabes que somos vecinos? —le susurró Lilla a su prima.

—¿Vecinos?

—Bueno, vive muy cerca de aquí. Al otro lado de la place de l'Étoile, en el número cuarenta de la rue des Belles-Feuilles. Vi el apellido en el listín por casualidad.

Instintivamente, Ada se inclinó hacia la avenida, que ascendía hacia la place de l'Étoile. Resultaba extraño pensar que lo tenía más cerca en París que en su ciudad natal, donde los separaban la ciudad baja, el interminable paseo flanqueado de álamos y las colinas.

A su alrededor, reían, y ella se avergonzaba de seguir sintiendo aquella antigua locura.

«No es culpa mía —pensó—. Es porque, una vez que los veo, no puedo olvidar determinados rostros, ni determinadas casas ni esta o aquella escena. Ellos son insensibles, o volubles, porque carecen de memoria. Pero yo no puedo olvidar. Es una curiosa maldición que me obliga a acordarme de cada rasgo que me llamó la atención cierta vez, de cada palabra dicha, de cada instante de alegría o de pena. Un día iré a ver la casa donde vive.»

Sin embargo, fueron pasando los meses sin que se decidiera a hacerlo. ¿Para qué? Qué niñería... Además, no debía dar nuevas alas a aquel sueño, que poco a poco se había vuelto inofensivo, mitad realidad, mitad producto de la imaginación. Se había ido distanciando de él a medida que crecía, como se olvida un libro leído y venerado durante la infancia. Todavía te gusta, pero entonces creías en él. Ahora sabes que sólo era poesía, invención, una quimera, apenas nada... Así pues, debía guardarse de traer de ese absurdo paseo ante una puerta que siempre permanecería cerrada para ella un detalle concreto, la forma de un rostro, una voz, una mirada que, de pronto, resucitara el sueño, que le diera la densidad, el brillo, el sabor de lo real.

Así pasaron cerca de dos años.

**13**

Un día, tras entregar un vestido en la rue des Belles-Feuilles, avanzó lentamente, vacilando, hasta el número 40, que se encontraba a sólo unos pasos. ¿Por qué no, Dios mío? Era un capricho de lo más inocente, y se permitía tan pocos caprichos... Puesto que el azar la hacía pasar tan cerca de aquel al que había amado durante la infancia (ahora reconocía el carácter implacable y absurdo de aquel sentimiento, que lo hacía en verdad parecido al amor), ¿por qué no acercarse otra vez, contemplar aquella casa, arriesgarse a ver a Harry? Caminaba despacio, con el corazón palpitante. Divisó una casa no muy grande, adornada con un balcón de piedra bajo tres altas puertas vidrieras. Recordaba vagamente un cuadro de la escuela francesa en el que unas puertas parecidas a aquéllas se abrían a un parque, donde, en un pabellón con baldosas blancas y negras, bailaban unas mujeres con miriñaques, bañadas en rosa.

Y de pronto, como para rematar el parecido, en el balcón, entre las hojas de los hermosos árboles que rodeaban la casa, vio aparecer a chicos y chicas jóvenes. Oyó el sonido apagado de una orquesta, el alegre y dulce rumor de una fiesta. Era la época de los bailes y las matinés. Sí, estaban bailando, se divertían... Se veían parejas a través de las puertas abiertas y otras acodadas en la barandilla del balcón. Se trataba de un mundo de lujo y diversiones que desconocía, tan lejano, tan ajeno a ella que ni siquiera había llegado a imaginárselo. ¡Qué felices parecían aquellas chicas! Era bastante tarde, cerca de las siete, y la luz, particularmente suave, dorada, se disolvía en un límpido y cálido crepúsculo. ¿Cuál de aquellos chicos sería Harry? Imposible reconocerlo. Ada buscaba al más guapo, al mejor plantado, y en su fuero interno lo llamaba Harry.

Del balcón colgaban las serpentinas que una de las chicas, acodada en la barandilla, llevaba enrolladas en las muñecas. Lucía un vestido de un color que fascinaba a Ada: verde y plata. Hacía calor. Ada tenía sed y la boca pastosa por el polvo; había caminado mucho. Aquel verde de manantial bajo la tierna hierba humedecida por la lluvia la refrescaba. Admiraba la belleza, la felicidad de aquellas chicas, pero no las envidiaba, como no habría envidiado a las figuras de un cuadro. Por el contrario, les agradecía que le hubieran regalado aquellas sobras de la fiesta, aquella música, aquellas sonrisas, el brillo de sus cabellos claros a la luz de junio.

«Me gustaría pintarlo —pensaba—. No es del todo mi estilo; prefiero escenas más sombrías y sórdidas, pero por una vez, de pasada... Esos vestidos del color de las flores, este atardecer de verano y esta claridad tan delicada sobre los árboles... ¡Qué bonito es!»



Sacó del bolso un cuaderno y un gastado lápiz de los que nunca se separaba y esbozó rápidamente la pose de la chica de las serpentinas, apoyada en la barandilla. Detrás de ella, un joven la miraba. ¿Harry, quizá? ¿Sería él? Cerca del banco en el que Ada se había sentado, varios chóferes también observaban a los bailarines, con la expresión de ligero interés atemperado por la desaprobación con que los criados suelen contemplar los pasatiempos de sus señores.

Ada se volvió hacia ellos y, con el corazón palpitante, les preguntó de forma apresurada:

—Disculpen... ¿Esta casa pertenece a los Sinner?

No se había equivocado. Era la mansión de los padres de Harry.

—¿No se llama Harry su hijo? —inquirió de nuevo.

—¿Aquél? —dijo uno de los chóferes señalando al joven del balcón—. Sí, es su hijo.

Ada lo contempló ávidamente con sus profundos y penetrantes ojos de pintora. Era moreno, de cara fina, expresiva y sarcástica, nariz afilada y cuello largo. Una vez más, su parecido con Ben la sorprendió.

«El tipo judío —se dijo—. Frágil, inteligente y triste. ¿Puede gustar a esas chicas sonrosadas y rubias? Por desgracia, no se trata de eso, sino de lo que le gusta a él...»

De pronto, cerró los ojos, presa de una especie de visión o aparición, como Ada las llamaba, en que las escenas que imaginaba se volvían tan precisas y reales como la vida misma.

Se veía de niña, cuando había entrado en casa de Harry. Revivía aquel recuerdo, pero deformándolo. Imaginaba a otra Ada, más alta y valiente. Debería haber avanzado hacia él y haberle cogido la mano. No sabía por qué, pero estaba segura de que él la habría seguido. ¿Y aquellas mujeres que parloteaban a su alrededor? ¡Bah! ¿A quién le importaban? Harry la habría seguido.

«Nunca amaré a otro —pensó, con una sensación de derrota, como quien comprende que su destino es la miseria o la desdicha—. Podría pasarme la vida en el taller de la tía Rhaisa, envejecer sin haberte dirigido la palabra o, por el contrario, casarme con otro, pero jamás te olvidaría. Nunca dejaré de amarte. Es lo único seguro en mi vida. —Se miró los zapatos polvorientos y con los tacones torcidos, las manos acribilladas por las agujas, y sintió una oleada de amarga ironía contra sí misma—. Dante y Beatriz —se dijo—. ¡Cómo se reiría la gente si supiera...! Pero seguramente todo el mundo esconde sueños igual de absurdos... ¿O quizá sólo los judíos seamos así? Somos una raza ávida, hambrienta desde hace tanto tiempo que la realidad no



basta para alimentarnos. Necesitamos también lo imposible. Y Harry, ¿qué desea? ¿Algo por encima de él, como yo ahora mismo? Algo tan inmenso, una felicidad tan plena que nada podrá satisfacerla. ¡Oh, pero qué tarde se ha hecho! —se dijo de pronto—. La tía Rhaissa pondrá el grito en el cielo. Sin embargo, ¡qué difícil resulta irse de aquí! Ahí están, bailando otra vez, tan ligeros y despreocupados... Ahora llegan unos criados con bandejas... Sin duda les traen helados... Qué bien, comerse un helado una tarde tan calurosa como ésta... Pero tengo que irme... Adiós, Harry...»



14

Abrió la puerta despacio, confiando en que no la vieran entrar, pero en cuanto cruzó el umbral, la tía Rhaissa empezó a vociferar:

—¿Eres tú? ¡Te has dignado volver! ¿Te das cuenta de que son las ocho y te has ido a las seis? ¿Acaso te mantengo para que te pasees como una princesa? ¡Creía que te habían atropellado, que te habían matado! Y no es que fuera a llorar... Dime, ¿dónde estabas? ¿Con quién andabas?

—He estado paseando. Sola.

—¿Sola? ¡Conozco a las jóvenes!

—Conoce a su hija.

—¿Quieres recibir una bofetada? —farfulló la tía Rhaissa.

Sus huesudas y duras manos las soltaban con facilidad, y Ada y Lilla las aceptaban de mal grado, pero sin rebelarse, como se soportan las inclemencias del tiempo. Pero el contraste entre la escena que Ada había presenciado hacía unos minutos y aquellos gritos, aquellas amenazas, aquella brutalidad, era demasiado violento y siniestro.

—Ya no tengo ocho años —replicó—. Soy más fuerte que usted. ¡Me defenderé!

—Dame el dinero del vestido —dijo la tía Rhaissa, retrocediendo un paso—. Supongo que te habrán pagado.

—Sí, claro que me han pagado. Aquí tiene... su dinero y...

Ada se interrumpió con una expresión aterrorizada. Acababa de advertir que no llevaba el bolso. ¿Y los ochocientos francos pagados por la clienta a cambio del vestido entregado? ¿Qué había hecho con ellos? ¿Se le había caído el bolso en la calle, con las prisas, o se lo habría dejado en el banco, frente a la casa de Harry?

«He cogido el lápiz y el cuaderno, y luego... —pensó atropelladamente—. Lo he dejado todo para mirar al chico que se suponía que era Harry... Debe de haberse quedado en el banco.»

Haber perdido el dinero era terrible, pero saberse sin su cuaderno, sin sus queridos dibujos...

—Lo he perdido todo... —reconoció, echándose a llorar.



Ni siquiera sintió el dolor de la bofetada. Olvidó su amenaza de defenderse y recibió los golpes sin chistar, apretando los dientes, como siempre.

—¡Vuelve al sitio del que vienes! —vociferaba la tía Rhaisa sacudiéndola por los hombros—. ¡A la calle, a la pensión donde te has revolcado! ¡Vete! ¡Fuera de esta casa!

Seguían en el estrecho vestíbulo, Ada con la espalda pegada a la puerta. La abrió y se marchó. Aunque había fantaseado con que se iba de aquella casa muchas veces, nunca había tenido el valor de enfrentarse de verdad a la soledad, la pobreza y el hambre en aquella ciudad desconocida. Sin embargo, aquella escena, sumada a tantas otras que la habían precedido, era más de lo que podía soportar. ¡Prefería la calle, la muerte, lo que fuera!

Cegada por las lágrimas, echó a correr junto a la barandilla de hierro que bordeaba la acera. De vez en cuando, echaba un vistazo atemorizado a los cafés y las pensiones miserables, preguntándose si en alguna de ellas la dejarían dormir una noche sin pagar, o resultaría más sencillo arrojarse bajo las ruedas del primer coche que pasara. Se dijo que, seguramente, la fiesta en casa de los Sinner estaría acabando en ese momento. ¿Y si corría allí y pedía ayuda? Ya lo había hecho una vez. ¡Ni hablar! ¿Qué tenía en común con aquella gente?

De repente, oyó que alguien le daba alcance por la espalda y una mano la sujetó por el hombro. Temblando de miedo y jadeante, se volvió sin detenerse. Era Ben. En ese instante, lo odió tanto como a su madre.

—¡Déjame! ¡Vete! ¡Déjame en paz! ¡Nunca volveré! —chilló, mirándolo desafiante.

—¡Ada! ¡Ya está bien! ¡Escúchame! —Se detuvieron y él la sujetó con fuerza de los dos brazos, mientras ella no se atrevía a forcejear, porque desde un café unas personas los observaban. Pero la calle estaba desierta—. ¡Tranquilízate! ¿Acaso quieres pasar la noche en la cárcel?

De pronto, recordó que tenía diecisiete años y se exponía a la detención y el correccional. Se quedó muda e inmóvil.

—No me mires así, Ada. Yo nunca te he hecho nada malo. —La cogió del brazo y la obligó a caminar—. Ven. Vámonos de aquí. Estamos alborotando el barrio. Sígueme.

—¿Adónde?

—¡Y yo qué sé! —respondió él encogiéndose de hombros—. ¿Tienes miedo? No llores —añadió, apretándole la muñeca con tanta fuerza que ella soltó un débil gemido de dolor—. ¿Qué más puede pasarnos ya?



—No estoy llorando —murmuró la chica.

—Ada... una vez estuvimos solos, perdidos como ahora. ¿Lo recuerdas?

—Sí, pero sabíamos adónde ir. Teníamos una casa.

—Cualquier mísera pensión, cualquier cuchitril, cualquier puente sobre el Sena serán mejor techo que lo que hasta hora hemos considerado nuestro hogar. Incluso entonces, cuando tu padre vivía, teníamos un refugio muy precario. Nada seguro a veces, Ada.

—¡Déjame, Ben! ¡Vete!

—¿Aún me tienes tanta antipatía como cuando éramos niños? —Por toda respuesta, ella desvió la mirada. Los dos temblaban. Caminaban sin rumbo—. Acuérdate del juego...

—¿Qué juego?

—El que inventaste. ¿O fui yo? La marcha en plena noche, solos, mientras los mayores dormían.

—Qué idiota... Tenía ocho años...

—¿Y qué importa? ¿Acaso cambiamos?

—Por supuesto.

—Yo nunca he dejado de soñar, con eso... Estábamos solos, abandonados, sin un céntimo, pero a nuestro alrededor no había nadie, ni gente odiosa ni gente querida —explicó él bajando la voz.

—¿Qué va a ser de mí, Ben? —suspiró Ada, deteniéndose y dejándose caer en un banco.

—¿Dónde estabas? ¿Y con quién?

—¿Qué quieres decir? ¿Estás loco? ¿Ahora crees a tu madre?

—¿De dónde venías? Nunca te había visto así. Tenías el pelo revuelto. Estabas pálida y temblorosa. Parecías volver de otro mundo.

—Volvía de otro mundo. Pero no puedo explicártelo, ni siquiera a ti...

—¿Por qué?

—Porque te reirías, y con razón.

—Dime solamente si estabas con otro hombre.

—¿Con un hombre? ¿Yo?



La ingenua exclamación de Ada hizo sonreír a su primo, que se inclinó, le cogió la cara entre sus largas y duras manos y, con el mismo gesto voluptuoso y cruel de la infancia, le pellizcó las mejillas hasta que ella gritó.

—Desde que tenía trece años, todas las noches he soñado contigo —confesó en voz muy baja...

Ada lo rechazó con los labios apretados.

—¿Estás loco? ¿Qué esperas de mí? ¡No te quiero!

—Ada, escúchame. Ahora vas a volver. Dejarás que mi madre te grite o te pegue. Sin rechistar. Yo empezaré a hacer pequeños trabajos, a espabilar y conseguir un poco de dinero. Y dentro de unas semanas, de unos meses, un buen día nos iremos sin decirle nada a nadie y nos casaremos.

—¿Qué?

—¡He dicho que nos casaremos! —exclamó Ben, sulfurándose—. Sólo necesito el dinero suficiente para pagar unos días de hotel. Por eso te pido un plazo. Dentro de seis semanas cumpliré veintiún años.

—Yo soy menor.

—Me las arreglaré —respondió él con la fulminante rapidez que antaño utilizaba para fascinar a Ivanov—. Siempre hay alguna salida. Legalmente, tu padre no ha muerto. Podemos fingir que disponemos de su autorización por escrito. Es fácil. Me las apañaré. ¿Crees que vendrán a buscarnos las cosquillas por eso? ¿Quién se va a preocupar? Sí, es verdad que si Harry Sinner se casara todo debería hacerse correctamente, como está estipulado en la ley divina y la humana. Pero nosotros, ¿a quién le importamos?

—A ti te gustan demasiado los caminos tortuosos, Ben...

—¿Los caminos tortuosos? ¿A qué te refieres?

—Entre dos caminos, uno recto y llano, y otro lleno de dificultades y secretos, donde cada paso se compra con pequeños apaños turbios, vergonzosos, jamás dudarás.

—Te explicaré por qué —respondió él sonriendo—. Porque nunca he encontrado otros. Y una vez más, ¿a quién le importamos, quién llorará si acabamos mal? No tenemos a nadie.

—Efectivamente, les importamos tan poco a los demás que nos dejarán morir de hambre —convino Ada con ironía—. ¿Has pensado en eso?

—¿Morir de hambre yo? ¿Por qué? —bromeó su primo—. Nunca, Ada,



¿jamás! ¡Eso, otros! Morir de hambre, dices... Si supieras la de medios que hay para subsistir sin robar ni matar. Trapicheando, cambalacheando, vendiendo, comprando, moviéndose, mintiendo...

—¡Bah, sólo fanfarroneas! —replicó ella encogiéndose de hombros—. ¡Nunca cambiarás! Te crees más fuerte y listo que nadie. Te colgarían bien alto y, en la horca, aún gritarías: «¡Miradme! ¡Soy más alto que vosotros!»

—Idiota... —gruñó Ben con áspero desdén, como cuando eran niños—. Entonces, ¿nunca has entendido nada? Sí, fanfarroneo, invento... Pero se empieza imaginando cuanto uno no puede tener y, si se desea con suficiente fuerza, se acaba teniendo más de lo imaginado.

—¿De verdad lo crees? ¿En serio? —murmuró Ada, y se tapó la cara con las manos. Negó con la cabeza y añadió—: A veces no sé si te burlas de mí o estás loco.

—Ambos tenemos nuestra vena de locura. Nosotros no somos lógicos, no somos cartesianos, no somos franceses. ¿Acaso no es una locura, a los diecisiete años como a los ocho, soñar con un chico desconocido?

—¡Cállate!

—Es eso, ¿eh? Lo he adivinado... —susurró Ben pellizcándole con fuerza la mano que retenía en la suya—. Bueno, pues ¿ves cómo no me burlo? Así que no te burles tú tampoco de mí, Ada. Te juro que en seis semanas conseguiré suficiente dinero para el anillo y las primeras noches de hotel. Después, viviremos. No puedo prometerte más. Viviremos.

—Pero ¡no te necesito! —gritó ella, sollozando de rabia—. ¡Conseguiré ganarme la vida! ¡Lograré vivir sola! No te quiero. Algún día te dejaré.

—¡Oh, el futuro! —murmuró su primo—. El futuro me trae sin cuidado. No miro más allá del día en que, después de comer, salgamos cada uno por su lado, yo para entregar un vestido y tú para reponer muestras en el Printemps, y volvamos casados. —Se echó a reír tan fuerte, tan nerviosamente, que se le saltaron las lágrimas—. ¿Te imaginas la cara de mi madre? ¿Te la imaginas? Cuando se entere, nos pondrá de patitas en la calle... ¡Y vaya si nos iremos! No digas que puedes vivir sola, Ada. Aún eres demasiado joven, demasiado tierna. Y yo te permitiré dibujar cuanto quieras. —La ayudó a levantarse—. Ven. ¿Hay algo más agradable que soportar los malos tratos, los gritos, las burlas, y preparar a escondidas, en secreto, nuestro plan de venganza? ¡Porque mi madre se morirá de rabia! Vamos, Ada... Me han rechazado y despreciado muchas veces, y yo pensaba: «Un día te tendré. Un día yo seré el más fuerte.»

—¿Y lo has sido?



—Lo soy —aseguró él sonriendo.

Empezaban a caer goterones de lluvia. Ada lo siguió. Unas semanas después, Ben había conseguido el dinero y todos los documentos necesarios para la boda. Las cosas ocurrieron tal como había predicho: se reunieron en el ayuntamiento un día en que habían salido cada uno por su lado a hacer recados, volvieron a casa y se presentaron ante la tía Rhaissa como marido y mujer. Ella los echó, y esa misma tarde alquilaron una habitación de hotel y empezaron a hacer vida de casados.

**15**

En la rue des Belles-Feuilles, en casa de los Sinner, el baile había terminado a las ocho.

La madre y las tías de Harry llamaban a esas fiestas «días locos», expresión de moda en su ciudad natal en la época de su juventud. Cuando preguntaban «¿Nos hará el honor de acudir con su encantadora hija al día loco del diecisiete?» con aquel acento extranjero que los años en Francia, lejos de borrar, habían naturalizado en cierto modo (ya no hacían vibrar la erre a la rusa, sino que la pronunciaban guturalmente, lo que confería un extraño deje arrabalero a frases exquisitas, esmeradas y extremadamente correctas), su invitación irradiaba un encanto anticuado y exótico. Un «encanto eslavo», se decía incluso, pero sin malicia.

A las ocho, el murmullo del gran salón verde, donde se había montado el buffet, bajó de tono y empezaron a oírse con claridad risas y frases sueltas allí donde un cuarto de hora antes reinaba un rumor sordo y suave formado por cien voces, pasos y música. Pero la señora de la casa sólo empezó a confiar en la inminencia del descanso cuando a sus ejercitados oídos llegó el canto de un pájaro (un ave rezagada, engañada por la luz) en los árboles del jardín. En el umbral de la galería amaranto, daba la mano a quienes se marchaban y desgranaba distraídamente las fórmulas de despedida con la generosidad del jardinero que rocía las flores con las últimas gotas de su regadera: «Apenas la he visto, querida señora...», «Tendremos que citarnos otro día...», «Muchos recuerdos a su señora madre, mi querida niña...»

«Son cerca de las nueve», se decía. Pero había que tener en cuenta a los rezagados, los eternos distraídos, los celosos que habían aguardado en vano la llegada de una mujer y no renunciaban a la última esperanza, los enamorados de la terraza de piedra... En realidad, era una mujer hospitalaria y, como buena rusa, sólo se sentía feliz cuando la casa estaba abarrotada de invitados. Pero esa tarde no veía el momento de quedarse a solas con Harry, y enterarse, ¡al fin!

Una hora antes, cuando su hijo había entrado en el comedor tras los pasos de Laurence Delarcher, mirándola con la apasionada y ardiente atención que ella conocía tan bien... ¡ay, desde ese instante no había dejado de temblar! Leía en las facciones de Harry como en un libro abierto; al menos eso creía. Como todas las madres, estaba más allá y, al mismo tiempo, más acá de la verdad: lo que saltaba a la vista le pasaba inadvertido y, en cambio, adivinaba lo que el mismo Harry todavía no había comprendido. Para ella, el alma de su hijo era como un palimpsesto donde a veces sólo resultaba legible una palabra, que sin embargo bastaba para arrojar una



claridad deslumbrante sobre todo el texto. ¿Qué madre digna de ese nombre no es la primera en reconocer en el rostro de su hijo esa expresión humilde y ansiosa, propia del amor que aún se ignora? Rememorándola, se llevó la mano al corazón, y los rayos del sol poniente arrancaron azulados destellos a los diamantes de sus dedos.

«Demasiados anillos, siempre demasiados anillos...», decían sus cuñadas. Pero ella creía que las joyas no estaban hechas para la oscuridad de las cajas fuertes. Sus cuñadas tenían una forma tan austera y masculina de vestir... Los tíos de Harry la animaban a comprar piedras preciosas; se lo debía a sí misma y al apellido que llevaba, y halagaba en ellos una secreta afición oriental a la riqueza que se puede hacer brillar en las manos y llevar escondida junto al corazón. Ella compartía esa forma de pensar. Esa misma tarde, ver aquellos destellos, aquel esplendor en sus blancas y regordetas manos la consolaba de una manera vaga. Y tenía mucha necesidad de consuelo... ¡Qué triste se sentía! Intuía que entre Harry y aquella chica había habido una conversación seria, quizá decisiva para su porvenir. ¡Ay, Señor! Su hijo era aún tan joven... «¡Oh, Dios mío, Dios mío!», suspiró mentalmente en ruso. En los momentos de gran emoción, el idioma francés se le resistía: de pronto hablaba con faltas, ella, que había aprendido la lengua francesa con una parisina a los tres años.

—Siento verla marchar tan *temprana* —dijo varias veces seguidas; e, instantes después, murmuró con agitación—: Pero... pero ¿dónde está *mío* hijo?

Sus cuñadas conocían esa debilidad y le habían recordado varias veces con acritud la conocida historia judía de la mujer de un rico banquero que, al acercarse el momento del parto, exclama con voz agónica: «¡Qué dolor, Dios mío!» Sin embargo, su marido no acude hasta que la oye quejarse en yidis, instante en que comprende que la cosa es seria y la criatura va a nacer. Pero sus cuñadas tenían un carácter mordaz y desagradable. Además, ella no sabía yidis, ¡gracias a Dios!, pues no se había criado en la ciudad baja. En cualquier caso, era innegable que a una mente inquieta le costaba retener las muy complicadas reglas de la gramática y la sintaxis francesas.

En el balcón, tan agradable con el fresco del atardecer, aún quedaban algunas parejas. ¿Dónde estaba Harry? ¿Sería posible, Dios mío, que pensara en casarse? Sólo tenía veintiún años.

«¡Oh, mi hijo, mi hijo único, mi querido hijo! —gimió para sí—. Sin embargo, una boda es motivo de alegría. Pero ¿quién sabe? ¿Cómo prever? ¿Cuál será la voluntad divina? ¿Qué nos prepara el mañana?» Sin duda, el recuerdo de las muchas tribulaciones sufridas por Israel cruzó una memoria inconsciente, atávica, presente en ella. Seguía de pie en el mismo sitio, pronunciando de manera maquinal frases de despedida, semejante a todas las mujeres que la rodeaban; pero sus ojos oscuros,



magníficos y aceitosos, tenían una expresión temerosa y desesperada, y volvía la cabeza con nerviosismo, como si olisqueara el viento y se preguntara por qué lado llegaría el desastre. Porque si ese matrimonio se celebraba («¡Dios nos libre!»), exclamó en su fuero interno a la rusa y, para conjurar el peligro, tocó a hurtadillas con aire distraído la madera de una elegante mesa: dos fórmulas mágicas valían más que una; era lo bastante abierta de mente para tomar prestadas las supersticiones de distintos pueblos), ¿alguien podía asegurar que sería venturoso para Harry? Y ella no quería riesgos para su hijo. Con la insolente certeza de algunas madres, no lo creía destinado a ser feliz. Todo lo contrario: siempre pensaba que iban a hacerle daño, a herirlo, humillarlo. Cualquier boda estaría sembrada de peligros. Un matrimonio era fácil de concertar y difícil de preservar de las eventualidades, como las velas que en Rusia se encendían bajo el pórtico de la iglesia la víspera de ciertas festividades; pese a la nieve y el viento, siempre conseguías hacer brotar la llama, pero luego debías protegerla hasta llegar a casa por las calles oscuras, bajo las ráfagas de aire helado. Pocos lo lograban. Ella, por su parte, había sido feliz en su matrimonio, aunque en ese instante recordó con remordimiento las escenas de celos, los caprichos de la vida conyugal... Pero, en definitiva, su marido y ella hablaban el mismo idioma, se entendían en cierto modo, mientras que aquella chica, innegablemente atractiva y de buena familia, era una extranjera. ¿Y cómo penetrar en el alma de aquellos franceses? Aquella chica tenía un pelo tan rubio y unas mejillas tan sonrosadas... Por un momento, se serenó pensando en las criaturas que podían nacer de la unión entre su hijo, tan moreno, y aquella belleza rubia. Pero ¿lo aceptarían sus padres, católicos? La señora Sinner sufría ya por adelantado; se le partía el corazón al pensar en la humillación de Harry si se oponían... («¡Oh, Dios nos proteja y nos salve!») «¿Por qué para los judíos amar, cuando aman, es sinónimo de temblar?», se preguntó. Ya no podía estarse quieta. Quería verlo.

—¡No, no! —exclamó cogiendo ostensiblemente del brazo a una señora—. ¡No ha estado usted más que un momento, no dejaré que se vaya! Venga a tomar algo, un helado... ¡Hace tanto calor! ¡Vamos, no puede negarse!

Recorrieron la sala del buffet, pero Harry no estaba allí. La anfitriona arrastró a su invitada hacia el balcón («Aquí dentro se ahoga una, ¿no le parece?»), y allí, en el crepúsculo, vio a su hijo y Laurence Delarcher, solos. Hubo un instante de silencio.

En su esfuerzo por parecer amable, el rostro de la madre, tras una fugaz crispación, consiguió esbozar una sonrisa almibarada que le daba aspecto de vieja anticuaria al recibir a una clienta. Empequeñecida y fruncida, su boca trataba en vano de formar un arco de Cupido mientras sus negros e inquietos ojos recorrían con una rapidez poco menos que prodigiosa el rostro y el cuerpo de la joven, «como si calcularan lo que puedo reportar», se dijo Laurence.



No se equivocaba, aunque la señora Sinner no contaba en dinero, en francos, sino en probabilidades de felicidad, mientras los celos, la inquietud, la hostilidad y la ternura le desgarraban el corazón.

Momentos después, vinieron a buscar a Laurence. Ya se había ido casi todo el mundo. Los grandes y frescos salones se veían en hilera, con las ventanas abiertas, por las que penetraba una luz declinante, verdosa. Los últimos invitados vagaban entre los muebles tapizados de satén blanco plateado buscando a su anfitriona para despedirse.

—Ve, mamá —dijo Harry sonriendo, cogiendo del brazo a su madre.

—Harry, Harry —repetía ella en voz baja, resistiéndose y mirándolo con el mismo desespero y apasionamiento que adoptaba cuando lo cuidaba durante una enfermedad, con idéntica expresión ya fuera un dolor de cabeza o una pleuresía—. Harry, hijo mío. Dime solamente una palabra...

—Luego, mamá, más tarde. No estamos solos...

—¿Ya te has declarado? —le preguntó en francés, olvidando, como siempre en los momentos de inquietud, que en París todo el mundo hablaba ese idioma y que, si no quería que la entendieran, habría sido preferible emplear otro.

—Sí.

La señora Sinner estrujó el pañuelo de gasa rosa y se lo apretó nerviosamente contra los labios y la nariz. La habían educado extremadamente bien y sabía que el dolor y el despecho no debían expresarse con imprecaciones o gritos; no obstante, pertenecía a una clase social inferior a la de sus cuñadas, pues era rica sólo desde hacía dos generaciones, frente a las tres de los Sinner. Aún no había aprendido a revelar su sufrimiento como habrían podido hacerlo ellas, con un temblor de los labios o un altivo movimiento de la cabeza. La tía mayor se había ganado una gran consideración dentro de la familia al no acusar el golpe recibido por la muerte de un querido hermano más que con un único gesto: había inclinado la frente como si rezara y, a continuación, alzado los ojos al cielo, expresando así, sin una palabra, su resignación ante los designios de la divina Providencia, su sincera pena y su perfecta educación. Pero la señora Sinner no había alcanzado semejante grandeza; todavía necesitaba retorcerse lentamente las manos llenas de anillos, agitar los párpados, gemir, suspirar, en una palabra, exteriorizar de un modo espectacular los sentimientos que la embargaban y que eran serios, profundos y sencillos. Quería a su hijo y temía por él. Harry, entretanto, la miraba con una mezcla de lástima y tierna impaciencia.

—Sabía que ocurriría una desgracia —murmuró la mujer—. Me he pasado la



noche soñando con agua turbia.

—¿Piensas que mi boda con Laurence Delarcher sería una desgracia, mamá?

Él sí sabía permanecer impasible, con los labios fruncidos, y los párpados entornados, pero su madre percibía, adivinaba el temblor de aquel cuerpo frágil, nervioso, sensible. De niño, cuando lo reñían (¡y con cuánta suavidad!), jamás lo había oído quejarse, pero luego se quedaba temblando un buen rato.

—Eres tan joven, hijo mío...

—Entonces, mamá, seguramente te alegrará saber que Laurence me ha rechazado.

—¿Que te ha rechazado? ¿A ti? ¿Por qué?

Harry no respondió, sólo hizo ademán de marcharse, pero su madre se colocó frente a él y le cerró el paso.

—¿Por qué te ha rechazado?

—Sus padres no aprobarían nuestra unión —se limitó a responder él.

La señora Sinner alzó las manos al cielo. Sí, para su espanto, se vio en un espejo retorciéndose las manos y levantándolas. Estaba fuera de sí. ¡Su hijo, su Harry, humillado, rechazado! ¡Su hijo, desgraciado! Cada dolor que le venía de él, dolor de verlo sufrir, miedo a perderlo, no era una herida limpia, infligida a un cuerpo sano, sino un golpe en una vieja llaga, mil veces reabierta, que supura y sangra sin cesar.

—¡Somos más ricos que ellos! —exclamó con orgullo.

—Mamá... —dijo Harry en tono de súplica.

—¿Tú la quieres, hijo mío? ¿La quieres? —le preguntó ella, con mayor humildad.

En esos momentos, habría ido al fin del mundo, habría implorado a los poderosos de la tierra (pero ¿a quién?; ¿acaso no se contaba ella entre esos poderosos?, se dijo, lo que le provocó un extraño desconcierto), se habría arrastrado de rodillas por las piedras para conseguir lo que tanto temía minutos antes: a aquella chica para su hijo.

—Accederá —dijo Harry con suavidad, más para sí mismo que para su atenta y temblorosa madre. «Le rogaré una y otra vez. Seré insistente, pertinaz, humilde, suplicante...», pensó.

Sintió crecer en él una esperanza indomable, nacida de la derrota, engendrada y alimentada por ella.



Su madre seguía hablando. Harry no le respondió; la apartó con suavidad y se acercó a un invitado que estaba despidiéndose de sus tías. Poco después, partió el último coche. Harry subió a su habitación. En esos momentos, las primeras gotas de una repentina tormenta caían sobre París.

**16**

El antiguo banco francés Delarcher estaba en buenos términos con el banco internacional de los Sinner, pero de ahí a pensar que una boda entre Laurence y el joven Harry Sinner fuera deseable, o incluso posible... eso no. Se trataba de otra muestra de la insolencia de aquellos extranjeros llegados de no se sabía dónde: les brindabas hospitalidad y se comportaban en tu país como conquistadores, se decía el padre de Laurence mientras fingía no haber reparado en los ojos irritados de su hija. Estaba escandalizado e indignado. ¿Amor? ¡Pamplinas! ¡A los dieciocho años! Aún le parecía verla entrar corriendo en el comedor, con vestido corto y calcetines, las mañanas de verano en el campo, con su delantalito de flores... Y ahora, el amor y el matrimonio. La casaría, por supuesto, pero más adelante. La miraba disimuladamente con cólera y consternación. Su amor por ella era el de un padre ocupado, enérgico, viril, sin afectación ni enternecimientos, de voz impaciente y gestos bruscos. Cuando alguno de sus cuatro hijos se dirigía a él, el viejo Delarcher, en tono huraño y apremiante, le espetaba: «Bueno, ¿y qué? ¿Y después? —Y con un rápido ademán parecía apartar, barrer por adelantado todos sus argumentos, sus razones, para retomar la palabra alzando la voz—: Pues yo te digo que...» O: «Esto es lo que harás.» Los tres mayores estaban en la edad en que la vida ya ha empezado a golpearte; las chicas eran mujeres casadas y el chico contaba veinticinco años. Se habían vuelto más dóciles y maleables que en la época de su primera juventud. Pero ¿qué hacer con una mocosa de dieciocho años, la edad en que uno choca contra los obstáculos con la estúpida tozudez de la abeja que no para de zumbar contra una ventana cerrada? ¿Era posible que Laurence estuviera realmente enamorada? Ante la simple idea de que entre ella y el muchacho de los Sinner hubiera amor, Delarcher sentía que la sangre se le subía a la gran cabeza cana. Manejaba el tenedor y el cuchillo con furia contenida. Laurence no le diría nada... Con su padre se mostraba tímida, reservada, y a él le gustaba que fuera así. Para una joven, hablar de amor era... dañino, inútil en todo caso. Delarcher era un padre francés, muy pudoroso. Un matrimonio concertado por él, con todos los detalles del contrato y la dote debatidos en familia, hacía menos violenta la boda misma. Adornaba, disimulaba lo relacionado con el aspecto físico de la unión. Pero ¡el amor! El amor de una jovencita... ¡Bah! Aun así, estaba conmovido. Respecto a sus hijos, había experimentado muchas veces esa compleja mezcla de irritación e incomodidad. Cuando estaban enfermos o cuando había que castigarlos sentía una mezcla de pena, cólera y cierta vaga repugnancia. Tenía el genio vivo, seco, y valoraba mucho ese rasgo de su carácter, aunque le era de poca utilidad en su trato con aquellos seres irracionales, a los que no podía evitar considerar inferiores: las mujeres y los niños.



Era ése un territorio inmenso y poco seguro por el que avanzaba con la mayor desconfianza y enorme temor. ¿Avanzaba? No; prefería, como ahora, dar media vuelta, mirar a otro lado, callar. Nadie como aquel hombre impetuoso y elocuente para reservarse sus secretos pensamientos cuando consideraba que eso era lo más sensato. Aparte, la vida acaba enseñándote que no puede ayudarse a los demás, pese a toda tu buena voluntad y todo tu amor. No, ni en el dolor ni en la enfermedad ni en la muerte podemos hacer nada por los otros. Delarcher lo había sentido por primera vez, con gran intensidad, cuando su mujer había sufrido durante cuarenta y ocho horas para traer al mundo a Laurence. Desde ese día, había elaborado una filosofía peculiar, compuesta a partes iguales de autoridad y flexibilidad, para todo lo relativo a la familia. Había que modelar la vida de los hijos, dirigirlos, contra su voluntad en caso necesario, hacia el camino que uno creía mejor para ellos. Pero no se podía sufrir en su lugar; se debía dejar que resolvieran sus problemas por sí mismos. Retén en la orilla con mano firme al niño que quiere lanzarse al agua para coger una hermosa flor. Respeta su desesperación por no haber podido conseguir lo que deseaba. Sé autoritario, incluso tiránico, en lo concerniente a las acciones y evita querer penetrar en el alma de quienes están sometidos a ti.

No, una boda como ésa no era deseable. Y no es que el padre de Laurence fuera creyente, pero... Además, no se trataba sólo de un judío, sino también de un extranjero. Uno no se alía en matrimonio con extranjeros, no los admite en su propia familia. Bueno, seguramente ésa era una afirmación demasiado arrogante y categórica. La verdad es que, en su fuero interno, Delarcher hacía distinciones entre diversas categorías de extranjeros. Un anglosajón, un latino, aún... Una de sus hermanas se había casado con un español; no podía decirse gran cosa de su matrimonio, porque la pobre había muerto de parto, mas le resultaba inevitable pensar que un francés habría sabido tener un hijo con su hermana sin exponerla a la muerte. No obstante, mantenía una buena relación con su cuñado. De modo que no, no era xenófobo; pero cuanto procedía de Oriente le inspiraba una desconfianza insuperable. Esloveno, levantino, judío... No sabía cuál de esos términos le repugnaba más. No había en ellos nada claro ni seguro... Bastaba con considerar la fortuna de los Sinner, una gran fortuna, ciertamente. De hecho, demasiado grande, con límites mal definidos, movedizos... Por un lado, estaban las azucareras de Ucrania y Polonia; las primeras se habían vendido, decían, antes de la Revolución rusa; las segundas seguían funcionando a pleno rendimiento. En fin... todo resultaba vago, fluctuante, oscuro... Una fortuna extraña, historias extrañas... Malo, malo... El mismo banco, que pertenecía a los tíos de Harry y en el que éste aprendía el oficio hasta el día en que entrara como socio, aquel banco, famoso en todo el mundo, lo irritaba por sus contactos internacionales, su reputación y las leyendas sobre su poder oculto. ¿Una empresa sólida, familiar, segura como la suya, aliada con la de aquéllos extranjeros?



Ni hablar. En los orígenes de su entidad había un antiguo banco de provincias de su familia, cuya dirección iba pasando de padres a hijos. En el origen de aquel... negocio de los Sinner, seguramente podría haberse encontrado el tabuco de un cambista, el chiribitil de un preñero, de un usurero que prestaba a una semana vista. ¡Cómo le habría desagradado aquella boda! Su hostilidad tal vez se debiera en parte a una impresión física. Los tíos de Harry eran hombres de baja estatura, tez aceitosa, rasgos afilados y ojos inquietos, mientras que Delarcher era un coloso de cara sonrosada, cejas pobladas y voz atronadora. Había cenado en casa de los Sinner muchas veces y despreciaba con toda el alma a aquellos desventurados, que se quejaban del estómago, hacían régimen y permitían que les sirviesen «un dedo de vino del Rin» al final de la comida. ¿Vino del Rin? ¿En Francia? ¿En el país del borgoña y el champán? ¡Qué impertinencia! Y sus movimientos, cautos y sigilosos como los de un gato. Luego estaba aquel parecido... Eran gemelos, así que nunca sabías si hablabas con Salomon o con Isaac. Aparecían a tu lado de repente, con esa sonrisita irónica y nerviosa propia de los de su raza. En casa de los Sinner, todo le desagradaba. Menudo lujo chabacano. Menudo despilfarro absurdo. Y aquellas mujeres... ¡Oh, Dios mío, aquella madre, aquella judía gorda recubierta de joyas! Y las tías, pretenciosas y afectadas, que leían a Nietzsche... ¡Qué tribu! Eslavo, alemán, judío, todo era lo mismo. La misma bruma, la misma atmósfera turbia, ambigua, incomprensible... Y para rematarlo —y eso era lo más grave—, le desagradaba el propio muchacho. Primero, físicamente: era endeble, nervioso, bajo. Y su pelo... Aquel chico, pensaba el viejo Delarcher de espesa cabellera gris, debía de aplastarse sin piedad todas las mañanas una pelambre que se le rizaba de forma natural. Sus ojos poseían un brillo líquido, febril, como si ardieran en aceite. Y aquella tez biliosa, pálida... sin juventud, sin lozanía, a su edad.

«Parece un viejo —se dijo el banquero con desprecio—. ¿Cómo es posible que le guste a Laurence? A las mujeres no hay quien las entienda.»

Entretanto, la cena de los Delarcher, excelente y con numerosos platos, tocaba a su fin. Las hermanas mayores y el hermano de Laurence hablaban ruidosamente en un intento de animar a su padre, que estaba de visible mal humor. Laurence era la única que callaba. A los postres, su padre se volvió hacia ella con brusquedad.

—Si te encuentras cansada, sube a acostarte. No hay nada más tonto que quedarse en la mesa resfriada como estás. Tiene los ojos hinchados —añadió, volviéndose hacia el resto de la familia y encogiéndose de hombros—. ¡Anda, vete, vamos! —Era cuanto podía hacer por ella. Permitirle estar sola y derramar unas cuantas lágrimas en la almohada. Laurence se levantó y se acercó para darle un beso—. Mañana se te habrá pasado, ¿eh? —le preguntó a media voz con aquella expresión impaciente y burlona que Laurence conocía bien y que le gustaba, porque



para ella representaba la imagen de la fuerza masculina.

Se inclinó hacia su padre, le ofreció la mejilla y luego lo miró.

—No lo sé —respondió.

Fue entonces cuando el viejo Delarcher empezó a asustarse.

**17**

Dos años después, Harry esperaba a la hija de Delarcher en la esquina de la calle donde ella vivía. Laurence salía sola. Nadie sospechaba de sus encuentros, que, aunque del todo inocentes, la llenaban de remordimientos. Cada uno de sus pasos por un camino culpable se hallaba lastrado por una especie de resistencia interior que le impedía disfrutar de cualquier alegría que no fuera estrictamente lícita. De niña, nunca le había gustado desobedecer. No podía vivir y respirar más que una atmósfera en la que todo fuera limpio, claro, definido, sin brumas ni alegrías turbias. Pese a ello, aceptaba las citas. Amaba a Harry.

Había temido aquel amor durante mucho tiempo. No era propio de su naturaleza dejar confiadamente que un sentimiento tan caótico y apasionado le invadiera el corazón. En suma, el lado excesivo, novelesco, teatral de una pasión como aquélla, «a lo Capuleto-Montesco», como Laurence la llamaba sonriendo, le parecía, si no ridículo, al menos extraño. E igual que a su padre, en un primer momento, cuanto era extraño, extranjero, le desagradaba. No, ella no había acogido aquel amor de la manera en que podría haberlo hecho Ada, como una tierra sedienta ávida de lluvia, sino con perspicacia, discernimiento y reserva. En los jardines de Francia se ven rosas muy bellas que, cuando descarga la tormenta, quedan empapadas de agua sin haber perdido una hoja ni desarrugado un pétalo. La lluvia resbala por ellas en forma de gruesas perlas que no consiguen penetrar hasta el corazón más que poco a poco, muy lentamente. Harry había comparado muchas veces a Laurence con esas rosas duras, frescas y apenas abiertas. No había sido fácil insinuarse en aquel corazón secretamente rebelde, pero ahora vivía en él, en él reinaba. Era la recompensa a su larga fidelidad, a su apasionado amor. Cómo la amaba... Caminaba junto a ella por la calle desierta (apenas eran las nueve de la mañana; no se arriesgaban a que los vieran; ella iba a clase), y su expresión era tan torturada, tan extraña, que Laurence murmuró:

—No me mire así.

—¿Por qué? No hay un alma.

—Me mira de un modo que me avergüenza.

Harry sabía que aquel pudor no era fingido. Sabía asimismo que no se trataba de frialdad, sino justo de lo contrario: el indicio de una sangre tan vivaz y caliente que Laurence temía su poder. Él le cogió la mano, se la apretó y deslizó los dedos bajo el guante para tocarle la piel desnuda.

—Harry, he hablado con mi padre otra vez —dijo ella, estremeciéndose.



El se detuvo, pálido. Laurence nunca había visto un rostro que expresara tantos matices del dolor, desde el miedo hasta el orgullo herido. En cambio, para la alegría no tenía ni palabras ni gestos. Sintió lástima por él; quiso verlo radiante, feliz como un niño, a ser posible. Pero aquel rostro serio y atormentado siempre parecía más mayor de lo que era. Y se mantuvo ansioso e incrédulo cuando ella anunció

—Da su consentimiento, Harry.

Un instante después, una llama enrojeció súbitamente las pálidas mejillas de Harry, como si al fin hubiera comprendido, como si las palabras hubieran penetrado hasta su corazón, adormeciendo una angustia inextinguible.

—Es una gran victoria —afirmó casi en un susurro. Si sufría más que otros, también sabía disfrutar mejor de sus triunfos. Era una embriaguez lúcida que hubiera bastado por sí sola para borrar aquellos años desgraciados. Porque había sido muy infeliz por ella, por aquel amor despreciado, vejado. Ahora, al fin lo aceptaba, lo amaba. Habría muerto por ella con gusto—. ¿Es posible? ¿Cómo ha consentido? ¿Qué ha dicho?

Laurence no respondió. Se sentía incapaz de repetir aquellas palabras. La lucha con sus progenitores no había conocido tregua en dos años. El primero en cansarse había sido su padre. Después de tanto esperar ese momento, ahora la joven casi lamentaba que hubiera llegado, porque estaba emponzoñado por la lástima y el remordimiento. No se había dado cuenta de lo mucho que había envejecido su padre en aquellos dos años, hasta que, el día anterior, le había dicho temblando de cólera: «¡Muy bien! ¡Tú verás! Pero ¡luego no me vengas con quejas ni lamentaciones!» Sólo entonces había reparado en las profundas arrugas, el aflojamiento de la mandíbula, la delgadez del cuello, la protuberante nuez, como si hasta ese instante su amor la hubiera cegado, en el sentido más literal del término. Y Harry, ¡qué exultante estaba ahora! ¿Una victoria, había dicho? A ella, por su parte, la derrota paterna le dolía hasta el tuétano.

¿Podía repetir a Harry lo dicho por su padre? Cuántas palabras duras, injustas, inútiles... Pero el joven parecía adivinarlas.

—Me imagino lo que habrá dicho —murmuró con amargura, al tiempo que su expresión de felicidad se esfumaba.

Y calló mientras en la penumbra del coche, al que acababan de subir, con ternura, lástima y un extraño rencor, Laurence le daba su primer beso.

**18**

Un día, a Lilla le presentaron a un extranjero.

—Es kurdo o indio —le dijo una compañera que actuaba desnuda como ella en un music-hall—. Pero parece un pelagatos.

El hombre se enamoró de Lilla y empezó a mandarle flores y bombones. Su aspecto desaliñado y su humildad ablandaron a la chica, que no daba demasiada importancia al regalo de su cuerpo y un buen día lo riñó con afecto:

—No hace falta tanta historia para algo tan sencillo. ¿Desea acostarse conmigo? Pues diga: «Quiero acostarme con usted.» ¿A qué viene tanta flor y tanto bombón? La vida es dura para todos. Va a arruinarse.

Ante esas sencillas palabras, el extranjero, profundamente turbado, le preguntó con voz ahogada:

—Entonces, ¿no sabe quién soy?

Lilla lo ignoraba. El pronunció su nombre, el de un pequeño potentado oriental, soberano de un país cuyo suelo abastecía de petróleo a Inglaterra; por ese motivo, la dotación de la familia real se pagaba en libras esterlinas. Nunca había conocido a una mujer tan desinteresada, le aseguró el monarca. Su carácter eslavo, su bondad, lo habían seducido, añadió, besándole las manos. Y como además era bonita... ¿quería? Lilla, deslumbrada, se veía ya esposa de un rey y madre de príncipes. Por desgracia, el soberano estaba casado. No obstante, le ofrecía un destino envidiable: un palacio en el que acababan de instalar la calefacción central en la capital de su país, un piso en París, vestidos... Lilla debía acompañarlo, pues el hombre tenía que abandonar París al día siguiente.

Pensando en alguien que no fuera su madre a quien participar su buena suerte, Lilla se acordó de su cuñada Ada y corrió a su casa. Las dos primas se veían algunas veces. Cuando se había encontrado ante el hecho consumado de la boda, la tía Rhaisa había claudicado: no podía evitar sentir una secreta admiración hacia quienes la desafiaban. Cosa extraña, ahora, a Ada, la triste vivienda del barrio de Ternes se le antojaba bastante acogedora y agradable; después de todo, no tenía otro hogar. En los primeros tiempos de casada, había trabajado duramente como costurera, vendedora, mecanógrafa... Pero desde hacía unos meses Ben ganaba algún dinero, y ella había podido volver a pintar. Era una chica de veinte años, movimientos bruscos y rostro pálido y expresivo. Cuando se animaba, el color asomaba a sus delgadas mejillas, que adquirirían un tono rojizo oscuro; pero



habitualmente su palidez le confería un aspecto bilioso y ligeramente enfermizo, tanto más cuanto que odiaba el maquillaje y se lo aplicaba con torpeza. Era de baja estatura y bien proporcionada, aunque aún estaba demasiado delgada; el matrimonio apenas había desarrollado sus formas, que conservaban la esbeltez de la adolescencia, y sus gestos seguían siendo tan rápidos y vehementes como antaño. Ahora se peinaba hacia atrás; pero cuando trabajaba, el pelo se le alborotaba como en la infancia y el tupido flequillo volvía a caerle sobre los ojos. Su joven frente exhibía la marca del pintor, esa arruga vertical impresa entre las cejas, producto del esfuerzo de la mirada concentrada, atenta, fijada con pasión en lo que ve y pretende recrear. La habitación que compartía con Ben era humilde, pero limpia y muy luminosa. Cuando entró Lilla, Ada estaba dibujando un rostro de mujer, el retrato de una chica judía de la rue des Rosiers, con la piel como el sebo, los ojos negros, cálidos, relucientes, astutos, una precoz papada, un collar de perlas falsas y un caracol de lustroso pelo en el pómulo. Se trataba de una inmigrante lituana, una vecina de rellano que a veces posaba para Ada.

Lilla ni siquiera esperó a que se fuera para contar con voz jadeante lo que le había ocurrido.

«Alma cándida...», se dijo Ada. Su prima parecía nacida para aventuras como aquélla. Aceptaba pasivamente lo que la vida le daba: caricias o bofetadas. Por su estupidez, escapaba de la maldición de una raza que no puede permanecer quieta, e intenta, sin descanso y en vano, ser más fuerte que el mismo Dios. Ada la encontraba reconfortante.

—No me olvidaré de ti, prima. Os ayudaré. Te mandaré dinero.

Ada le dio las gracias sonriendo, pues sabía perfectamente que, una vez cruzara la frontera, Lilla no se acordaría de nada. No era culpa suya, sino una suerte para ella. Qué cabeza de chorlito... Pensó que los dos hermanos se parecían muy poco.

—¿Cómo os las apañáis?

—No muy mal —respondió Ada—. Desde luego, no es la felicidad a la francesa.

En el edificio miraban a Ada y Ben con desconfianza. Aquellos dos chicos que al parecer no sabían lo que era una comida caliente, un caldo, una sopa bien hecha, que hablaban una lengua extranjera y pasaban junto a uno a toda prisa y con los ojos bajos, como si le tuvieran miedo, eran... ¡bah, eran extranjeros! Sí, con eso estaba todo dicho. Seres errantes, sin raíces, inmigrantes, sospechosos. En general, la gente detestaba instintivamente a Ben y compadecía a Ada. Pero entre la vecina compasiva, que pensaba «Pobre chica, sola todo el santo día», y Ada, que sin que nadie lo



supiera llevaba una vida medio alucinada, al margen de la real, también se abría un abismo de incompreensión que ninguna buena voluntad podía salvar. En cuanto a la comodidad, a los platos cocinados con mimo, al sombrero que se adorna con un metro de cinta comprada a precio de saldo, a las apacibles veladas a la luz de la lámpara, frente a un marido que lee el periódico en pantuflas con un niño dormido en el regazo; en cuanto a esa vida francesa tan hermosa, tan armoniosa, tan envidiable... Debía de ser agradable, pero a Ada y Ben les resultaba tan extraña y ajena como a un nómada la vida de los sedentarios en una fértil llanura.

—¡Bueno, tú siempre has vivido como una sonámbula! —exclamó Lilla con desdén; pero de pronto se acercó a su prima y le dio un beso—. Ada, Adoska, perdóname, soy una idiota, una cabeza hueca... Te juro que no me olvidaré de vosotros. Aunque... como nunca se sabe, antes de irme me gustaría hacerte un regalo. Mira, llevo diez mil francos en el bolso. Sí, acaba de dármelos para que me compre ropa para el viaje y una maleta. Compartámoslos. Pero que quede claro que es para ti, para que te des un capricho, no para mi hermano.

—¿Por qué no para Ben?

—Porque él se las apaña perfectamente sin ti y sin mí. No conozco a nadie de quien pueda tenerse la absoluta certeza de que el agua no lo ahogará y el fuego no lo quemará.

—¡Bah, encontrará el dinero!

—¡Pues escóndelo, boba!

Ada aceptó los cinco mil francos de su prima y, en cuanto ésta se marchó, fue a echar un vistazo al trabajo del día. Con sus penetrantes ojos, escrutó el redondo y voluptuoso rostro, la nariz ganchuda, las perlas falsas y el vestido de satén, raído en los codos, como los había plasmado en la tela. Había algunos detalles que estaban bien, aquí y allí... Aquel reflejo amarillo de vela vieja, que contrastaba con la boca pintada de un rojo de geranio, y aquella mirada húmeda que fluía entre los gruesos párpados. Pero el lustre del satén no era todo lo azul que debía. Dudó largo rato paleta en mano, pero acabó dejándola. Aquel retrato la atraía y al mismo tiempo la repelía. ¿Por qué no pintaba gráciles muchachas en hermosos jardines, sombreros claros, surtidores de agua, flores de junio...? No; era incapaz. No era culpa suya. Necesitaba imperiosa y cruelmente buscar sin descanso los secretos que se ocultaban tras las caras tristes y los cielos sombríos. Se acercó a la ventana y apoyó la frente contra el cristal; instantes después, cogió el dinero que le había dado Lilla y salió.

Se dirigió a casa de Harry. Desde que estaba casada y tenía libertad de movimientos, había vuelto a menudo ante aquellas ventanas, burlándose de sí misma, pero encontrando un placer refinado, ardiente y humilde en aquel empeño



inútil. Lo que ahora buscaba no era sólo la sombra, la presencia de Harry, sino los destellos de una existencia más hermosa, más dulce que la suya, sobre todo menos inhumana, pues comprendía lo que su vida tenía de anormal. Más de una vez había encontrado a Harry con Laurence; entonces los había seguido, escuchándolos, mirándolos, imaginando lo que significaba el amor para ellos. Sabía que eran novios; se decía que una chica francesa no salía así con un hombre, sola, sin estar prometida. En ocasiones, los divisaba apenas un momento, antes de que subieran al coche de Harry. Pero otras veces caminaban unos pasos hasta la esquina de la calle, donde había una librería de anticuario, en la que entraban. Ada los observaba desde el escaparate: Harry cogía los hermosos libros y los acariciaba. Ada observaba con auténtica fascinación sus morenas y ágiles manos, que se deslizaban con suavidad sobre las tapas marrones o rojas. Semanas antes, los había visto preguntar el precio de una valiosa edición, que no habían comprado, y al salir de la librería había oído decir a Laurence:

—Hay qué ver, qué barbaridad...

«Qué razonable es ...», se había dicho Ada. ¡Qué suerte ser así! Qué bien sabría aquella chica francesa elegir sus vestidos, los muebles de su salón, las institutrices de sus hijos, sus preciosas mantelerías... La imaginaba comprando el ajuar, acariciando la tela de las sábanas para comprobar la delicadeza de la textura. Pero hoy, ella, Ada, estaba en condiciones de satisfacer un capricho de Harry. Había visto el libro que le gustaba varias veces; ocupaba un puesto de honor en la librería. Costaba... casi todo el dinero que le había dado Lilla. Entró y pidió que se lo enseñaran. Lo examinó con curiosidad. Así que aquello era lo que quería, algo que quizá ya había olvidado... Aun así se, lo regalaría. Nunca le había hecho un regalo a nadie, salvo a Lilla y a Madame Mimi cuando podía; pero se trataba de fruslerías que costaban cuatro perras, o de un ramillete de flores. Y qué feliz se había sentido... ¿Para qué regalarle algo a Ben? No le gustaban ni la ropa buena, ni la comida delicada ni los libros raros. Tenía algo de asceta. Hacerle un regalo habría sido tan extravagante como ponerle un lazo en el cuello a un lobo. Pero Harry... Sonrió con los ojos brillantes. Sabía perfectamente lo que hacía; había en ella una singular mezcla de cálculo y locura. Harry quería, cortejaba a aquella chica francesa; sin duda, no pensaba más que en ella. Estaba obsesionado por la joven y, de pronto, Ada se interponía entre ambos. Aquel regalo intrigaría a Harry (naturalmente, dejaría el libro en su casa, a su nombre pero sin ninguna nota). Él preguntaría al librero. Nunca adivinaría la verdad, aunque no podría evitar pensar en ella, sin conocerla, como ella había pensado en él en vano durante tanto tiempo. Le arrancaría un sueño, un suspiro, un deseo. No podía aspirar a más.

Llamó a la puerta de Harry. Entregó el libro al criado que le abrió. Estaba tan



emocionada que no dijo nada; temía que le temblara la voz. Se limitó a mostrar el nombre que había escrito a lápiz en el dorso del paquete.

—¿Espera respuesta? —le preguntó el sirviente.

Ada trató de responder con voz clara.

—No, ninguna —consiguió murmurar, temblando, con la cabeza gacha.

El criado la miró sorprendido y cerró la puerta. Ella hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta y, presa de un súbito pánico, bajó la escalera a toda prisa para no detenerse hasta la calle siguiente, lejos de la casa de Harry, donde se sintió segura.

Ahora se reñía y se burlaba de sí misma ferozmente. Estaba loca. Era una mujer de veinte años y había actuado como una niña de doce. «Pero no soy una mujer —se dijo—. Hay personas que carecen de edad, y yo soy de éstas. A los doce años era una vieja, pero cuando tenga el pelo cano, en mi fuero interno seré exactamente la misma que hoy. ¿Por qué avergonzarse?»

¡Cómo se reiría aquella chica, la amada francesa de Harry, si se enteraba! De pronto, del corazón de Ada se elevó una cruda plegaria: «¿Por qué no me pertenece, Dios mío? Estaba hecho para mí, destinado a mí, y yo a él... ¡Que sea mío! Lo acepto todo: el abandono cuando se canse de mi amor, el dolor, la vergüenza, cualquier cosa en el mundo, pero ¡que sea mío! Es imposible que lo haya amado tanto tiempo en vano, si tu voluntad no era reunirnos un día. ¡Que sea mío, Señor!»

La calle estaba oscura, desierta. Nadie vería correr sus lágrimas.

**19**

Un día, cuando llevaba más de tres años casado con Laurence, de camino a casa de su madre, Harry se detuvo ante la librería de la esquina. Vio que entre los volúmenes antiguos habían colocado dos pequeños cuadros, ambos paisajes: el primero, una calle en pendiente cubierta de nieve medio derretida y flanqueada por algunas casas bajas; una luz color rubí (una lámpara humosa tras una ventana) era toda la iluminación del extraño y desolado crepúsculo, que parecía de ceniza, ocre y hierro. El segundo representaba un jardín casi silvestre un día primaveral: el fresco verdor, las flores, el cielo azul poseían una exuberancia extraordinaria, de una calidez y una riqueza que no eran de aquel país, pero que a Harry le pareció reconocer, reencontrarlas en el recuerdo. Indudablemente, pensó sintiendo una impresión confusa pero intensa, había visto en algún sitio, en un sueño o durante la infancia, aquellos sombríos cielos de marzo, de los que la nieve cae a ráfagas, y aquellos jardines caóticos, invadidos por las flores de un breve pero sofocante estío.

Se hizo visera con la mano, como para proteger los ojos de una luz demasiado fuerte, porque el recuerdo (si es que era tal y no un sueño) le producía una mezcla de felicidad y tristeza, no sabía por qué. Del mismo modo que ciertos rostros, ciertas casas desconocidas despiertan en la memoria un eco a un tiempo melancólico y dulce, como si nos reencontráramos con los testigos de una vida anterior. No, no era un sueño, sino una realidad lejana, olvidada hacía mucho... Ahora volvía a ver aquellos días de marzo de su tierra, en los que, mientras la tormenta de nieve se abate sobre la ciudad, protegidos tras los cristales dobles, los primeros jacintos, nuncios de la primavera, empiezan a florecer. Tenía la sensación de percibir de nuevo su aroma, unido en su memoria al de la tarta de cumpleaños. Había nacido en marzo. Casi todos los años durante su infancia ese día estaba enfermo, o al menos eso creían a su alrededor. Tosía, síntoma que por supuesto anunciaba la tos ferina; o había dormido mal, así que debía de tener fiebre. Lo mejor era que guardara cama; y, encerrado en la caldeada habitación, con juguetes que no tocaba, contemplaba nostálgico el oblicuo vuelo de los copos de nieve. Qué extraño era aquello... Recordaba el olor, intenso y un poco empalagoso, de las enormes tartas de chocolate con su nombre escrito en letras de azúcar rosa. Toda una procesión, un desfile de seres medio olvidados, casi desconocidos, surgía a la luz gris y suave de aquel cielo: criados, mascotas, maestros, su abuelo, con su nariz de rapaz y sus penetrantes ojos, su abuela, menuda y humilde, que jamás se acostumbró al lujo de la casa... Le parecía estar viéndola sentada en el borde de una silla dorada, cogiéndolo en brazos y acariciándole el pelo mientras le murmuraba con ternura palabras en una lengua



desconocida. Era la única que aún hablaba yidis, para escándalo de todos.

Harry se volvió hacia el segundo cuadro. Los cálidos días estivales, la campanilla del vendedor de helados, las flores aplastadas bajo los pies, estrujadas entre las manos, demasiadas flores y hierba... Un perfume excesivamente suave, que confunde y adormece la mente; una luz excesiva, un crudo resplandor, el canto de los pájaros en el cielo... Era un rencuentro con su tierra, con su pasado.

Aunque entró en la librería instintivamente, presa de un inexplicable pudor no pidió ver los cuadros de inmediato, sino que se entretuvo cogiendo, entreabriendo, acariciando libros al azar.

—¿Así que ahora también vende cuadros? —preguntó por fin.

—No, Harry —respondió el librero, que lo conocía desde que iba al instituto (desde los quince años, y de hecho lo había ayudado a formar poco a poco una magnífica biblioteca)—. El artista, joven y desconocido, me pidió que los expusiera aquí, como un favor. Es una mujer —añadió tras un breve silencio.

—¡Ah! —murmuró Harry, pero que el pintor fuera hombre o mujer lo traía sin cuidado—. Me gustaría verlos.

No tardó en tenerlos en las manos. Los apoyó contra una pila de libros y se ensimismó en la contemplación de aquel cielo sombrío y aquellas casitas bajas, que se intuían azotadas por el viento. Posar la mirada acto seguido en aquel dorado y tórrido jardín le producía un intenso y delicioso placer. Primavera del norte, en que se pasa de las gélidas brumas y el azote de la tormenta a un embriagador, maravilloso verano... ¿Cómo había podido olvidarlas?

—No están mal —sentenció con fingida frialdad.

—¿A que no? Nada mal, sobre todo teniendo en cuenta que son obra de una joven que no debe de contar más de veinte años. Pero supongo que la conoce...

—¿Yo? No.

—¿Ha visto la firma?

No se le había ocurrido fijarse. La descifró en una esquina de la tela: «Ada Sinner.»

—Vaya, qué curioso... —murmuró ante la coincidencia del apellido—. ¿Y dice que es una chica de veinte años? ¿Qué aspecto tiene?

—¿De verdad no sabe quién es? —respondió el librero, sonriente.

—Claro que no. ¿Por qué?

—Pues... ¿Se acuerda del libro que le regalaron misteriosamente hace unos



años, justo el día antes de su boda? Lo compró esa joven.

—¡No puede ser! —exclamó Harry en el colmo de la sorpresa.

—La reconocí de inmediato. Es una chica morena, bastante guapa, con aspecto de extranjera.

—¿Los cuadros llevan mucho tiempo aquí?

—Varios meses. Usted ha pasado más de veinte veces delante de ellos sin mirarlos. Creo que esa joven insistió tanto en que los aceptara sólo porque confiaba en que algún día, tarde o temprano, usted se fijaría en ellos. Si accedí fue un poco por eso. Y también porque me lo pidió con mucha insistencia... Nunca he visto emplear tanta fuerza de convicción a nadie... Me fue imposible negarme.

Harry frunció el cejo. A pesar de que intuía más o menos la verdad, no relacionaba a Ada con la niña que apareció en su casa un día de pogromo, nieve y viento. Se percató de que se trataba de una compatriota y una judía, seguramente sola en París, que se agarraba al apellido del Sinner rico como a su suprema esperanza. Igual que a todos los judíos, los defectos específicos de su raza lo escandalizaban de un modo mucho más acusado y doloroso que a los cristianos. Y esa energía tenaz, esa necesidad casi salvaje de conseguir lo que se deseaba, ese desprecio ciego hacia lo que pudieran pensar los demás, todo eso quedaba clasificado en su mente con una misma etiqueta: «Desfachatez judía.»

Así que no sentía ningunas ganas de tener tratos con la tal Ada Sinner.

—Me quedo con los dos —decidió—. Pero encárguese usted de todas las transacciones y no le diga que soy el comprador. Esa chica debe de ser alguna pariente lejana, a quien no tengo el menor deseo de conocer. Sin embargo, los lienzos me gustan. Pregúntele el precio.



## 20

Harry no tenía ganas de conocer a Ada Sinner, pero no podía evitar hablar de sus cuadros y enseñárselos a las visitas. Gustaban; la gente veía en ellos una poesía salvaje y extraña, pero auténtica. En los almuerzos que organizaba Laurence siempre había un pequeño grupo que preguntaba por «los cuadros de la pintora desconocida». Harry los tenía en casa, en una hermosa habitación a través de cuyo balcón en forma de palco una luz particularmente suave iluminaba ambos lienzos.

Así pues, el nombre de Ada empezaba a ser conocido en un ambiente cuya existencia misma resultaba tan nebulosa para ella, que vivía oscura y pobremente, como la de un planeta lejano. Un día, unos amigos que habían almorzado en casa de Harry y Laurence sugirieron que, seguramente, aquella chica tendría otras obras tan interesantes como aquéllas para mostrarles. Propusieron ir a visitar su taller, si seguía viviendo en París, si es que aún vivía. Se les ocurrió que sería divertido presentarse de improviso en su casa con el brillante señuelo de un horizonte de fortuna y fama, para olvidarse de ella de inmediato si no respondía totalmente a las expectativas que les había hecho concebir. Por supuesto, no lo expresaron de ese modo; educados y benévolo, estaban llenos de buenas intenciones, pero también de curiosidad y ansia de novedades. Además, amaban el arte por encima de todo. ¿Acaso no aseguraba uno de ellos, una estadounidense de mejillas sonrosadas y pelo cano: «Soy incapaz de vivir sin música; abandonaría a mi hijo enfermo para correr a Salzburgo a escuchar la *Pequeña serenata nocturna*»? Pero era hablar por hablar. En realidad, no podía prever qué habría hecho a la cabecera de un hijo enfermo, pues sólo tenía perros.

Harry, sin saber por qué, intentó disuadirlos, pero ellos, tan entusiasmados como niños a quienes se ha prometido un espectáculo nuevo, acabaron convenciendo a su anfitrión.

—¡Vamos, Harry! ¡Si te encanta la pintura de esa chica...!

—Nada de eso. La encuentro dotada y torpe a partes iguales, pero al mismo tiempo posee un lado salvaje y oscuro...

—Eso es justamente lo que tanto te gusta...

No respondió. ¿Cómo explicarles que aquellos cuadros le provocaban un estremecimiento supersticioso, similar al que sentimos al entrar en una casa abandonada donde vivieron y fallecieron personas a las que conocimos y quisimos en otros tiempos? ¿De qué serviría intentarlo?



—Si es lo que deseáis, iré encantado —respondió educadamente, pues pensó que era mejor ceder.

Y se pusieron en camino hacia la dirección de Ada, obtenida del librero de la rue des Belles-Feuilles; las mujeres, empolvadas de nuevo, y los hombres, con caras sonrosadas tras la larga comida, regada con los añejos y deliciosos vinos que servían en casa de Laurence.

Subieron la modesta escalera. Ada acudió al sonido del timbre. Parecía demasiado joven, casi una niña, se dijeron. Llevaba una falda corta que reforzaba aún más esa impresión de extrema juventud. El vestido era de hacía unos cuantos años, de una época en que se llevaban muy cortos, de modo que Ada enseñaba las rodillas: En cuanto vio a aquellos desconocidos, pensó en la dichosa falda, se ruborizó y los ojos se le humedecieron. Apurada y torpe pero desafiante, retrocedió unos pasos. Harry reparó en la mirada que lanzó bajo los alargados párpados, una mirada rápida y centelleante, que desvió al instante, como para suplicar ayuda a las paredes familiares.

«Pobre chica», pensó Harry.

—Perdónenos por invadir su taller de este modo —dijo con suavidad para tranquilizarla—. Pero tanto las personas que me acompañan como yo admiramos mucho dos pequeños lienzos suyos que compré en fecha reciente. Sólo queríamos decírselo.

Ada les dio las gracias en tono tembloroso, pero luego pareció serenarse. Laurence, que se había enternecido por la incomodidad de la joven, de repente se sintió más fría, casi hostil hacia ella. ¡Qué flema tenían aquellos extranjeros bajo una fachada ridículamente brusca! Ahora se la veía muy tranquila. Harry fue el único que advirtió cómo ocultaba las manos a la espalda, con toda seguridad para que no vieran que le temblaban.

—Adelante —dijo Ada, indicando la puerta con un movimiento de la cabeza, y, al reparar en sus miradas, que se paseaban por los míseros muebles, volvió a enrojecer penosamente.

Los visitantes se agruparon ante el caballete. La mezcla de curiosidad, inmejorables intenciones, deseo de lucirse, divertirse y ejercitar el ingenio los alborotaba, los hacía arremolinarse en torno a la artista y les arrancaba exclamaciones de admiración, como las que habrían lanzado en un zoológico ante la jaula de un exótico animal salvaje.

—Pero ¿cuántos años tiene usted?

—Veintitrés.



—¡Qué joven! ¿Cómo puede pintar así?

—Trabajo mucho.

Pero era una explicación demasiado sencilla para satisfacer la necesidad de milagros que alberga el corazón de todo ser humano. De modo que exclamaron:

—¡No, no! ¡Lo que usted hace es tan auténtico, tan sincero, tan salvaje...! ¡Eso es lo maravilloso!

—¿No os parece que tiene algo de Dostoievski? —preguntó una mujer, enfocando a Ada con el binóculo.

—¿Es usted familia de Harry?

Ada y Harry se miraron y sonrieron. Ella salió del círculo que la rodeaba y, acercándose al joven, le preguntó en voz baja:

—¿Es usted mi primo? ¿Harry Sinner?

—Sí. La había visto con anterioridad, ahora lo recuerdo; pero es una imagen tan vaga como un sueño.

—¿No se acuerda de Israel Sinner, que comerciaba por cuenta de su abuelo en otros tiempos, en nuestra tierra?

—No.

—¿Ni de un chico y una niña que se refugiaron en su casa una mañana? Una mañana de pogromo —explicó Ada, al tiempo que echaba una ojeada alrededor y bajaba aún más el tono, como el iniciado en un rito secreto pronuncia en medio de una multitud una fórmula que sólo debe comprender una persona.

—Pues... sí, ahora lo recuerdo.

Y de pronto, su expresión, habitualmente fría y preocupada, se volvió tan vivaz, atenta y parecida a la del muchacho que había sido, que Ada perdió su timidez.

—¿De verdad se acuerda?

—Sí: un chico harapiento y una niña de ojos enormes y flequillo, pelo negro espeso y desgreñado... ¿Cómo es posible que no la haya reconocido? En realidad, es uno de los recuerdos más nítidos de mi infancia, uno de los más vívidos, que me emociona incluso ahora y que aún revivo en sueños. Sí, sigo viéndola en sueños —murmuró, observándola con sorpresa. Y Ada imaginó con tanta intensidad que en la gran cama francesa, junto a su mujer dormida, soñaba con ella, que una extraordinaria sensación de felicidad colmó su pecho. Él sonrió—. Pero ese sueño acaba en pesadilla. Usted entra, me coge de la mano y me lleva Dios sabe dónde... —



Harry rió, aunque con los labios ligeramente crispados por la angustia—. ¿No se ha enfadado?

—No. Pero sería incapaz de hacerle daño, ni siquiera en sueños.

—¿Qué fue de aquel chico?

—Me casé con él.

—No era muy agraciado que digamos... Aunque también tenía un rostro de los que no se olvidan.

—¿Se acuerda del tiempo, del aire de allí? ¿De los atardeceres a la orilla del río? ¿De las calles de su barrio, con tantos tilos que en primavera caminabas bajo una bóveda y sobre una alfombra de flores? ¿Y del polvo en verano?

—Y los gritos del *churum-burum*, el vendedor de alfombras —murmuró Harry.

—Un tártaro que iba de puerta en puerta.

—Sí. Y los niños pelirrojos, los acróbatas que venían a dar volteretas bajo las ventanas, en invierno.

—Y aquel viejo loco que había sido cantante de ópera y creía que aún lo era, se cubría de oropeles y, con una corona de hojas secas en la cabeza, hacía grandes aspavientos y se imaginaba que cantaba, pero no conseguía emitir ni una sola nota.

—Sí. Le nevaba encima y el viento le alborotaba la barba. Cuando los niños se portaban mal, las criadas les decían: «Si no te callas, llamaré al cantante loco.» ¿Por qué me mandó un regalo hace unos años? —inquirió él de pronto, pero no con coquetería o brusquedad, sino extrañamente angustiado—. ¿Por qué esa locura?

—No sé. Tenía que hacerlo.

—¡Qué locura! —repitió Harry.

Esta vez, Ada no se azoró. Lo miró con expresión triste y pensativa.

—No puede imaginarse lo que usted ha sido para mí...

—Pero fue... allá... hace mucho tiempo.

—Sí, pero allá... Lo que pasó allá quizá es más importante de lo que usted cree, más importante que todo lo demás, que su vida aquí, que su matrimonio... Allí nacimos, nuestras raíces están allá...

—¿Quiere decir en Rusia?

—No. Más lejos... En un lugar más profundo...

—No son un lugar ni un clima cualesquiera —murmuró Harry—, sino un



modo especial de querer, de desear...

—¿Qué es lo que más ha deseado en este mundo?

—A la mujer con la que me casé. ¿Y usted?

—Conocerlo.

—Si lo deseó con tanta fuerza, tan inútilmente como yo deseé... a Laurence...  
—dijo Harry en voz baja—. Entonces, la compadezco.

—¿Inútilmente? ¿Por qué? La consiguió.

—Sí —respondió él con una extraña amargura—. Como se posee un objeto reflejado en un espejo, una imagen, una sombra que no puede asirse ni... —Se interrumpió—. No me haga caso. Pido lo imposible. La verdad es que soy feliz. —Los demás se acercaban—. Quiero ayudarla, volver a verla... —se apresuró a añadir—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¡Oh, nada, nada! Me alegro de que esos cuadritos estén en su casa.

—¿No puedo hacer nada por ese chico, por su marido?

—No, nada —respondió ella, negando con la cabeza.

Se aproximaban a ellos. Sin decir palabra, Ada se alejó.

**21**

En cuanto llegaron a casa, Laurence fue a ver al bebé, de veinte meses, y con él en brazos volvió junto a Harry, que esperaba. Era la hora que precedía a la cena del niño. Uno tras otro, se cumplieron todos los rituales: Harry contempló a su hijo mientras trastabillaba por la alfombra, le cantó una canción, lo llevó a caballito, fingió que boxeaba con él y, por fin, se lo entregó a la niñera suiza. Se sentía excitado, feliz, con las mejillas sonrosadas y los rizos negros, tan repeinados momentos antes, otra vez encrespados y revueltos, como se los había dado Dios.

Entonces volvió a la biblioteca. Laurence le acercó al sillón la mesita con el cenicero, el libro que estaba leyendo y una copa de jerez, y luego encendió la lámpara. Todos sus movimientos poseían gracia, pensó Harry una vez más. Nadie sabía arreglar las flores, encender la chimenea, colocar la pantalla de un lámpara como ella. Recién casado, se decía que nunca se cansaría de mirarla ir y venir y realizar las acciones más simples. Durante su secreto noviazgo, eso era lo que había imaginado más a menudo y con mayor placer: las comidas frente a ella, la silenciosa contemplación de su rostro iluminado por una lámpara, los paseos a su lado. ¿Era todo como había esperado? ¿Es todo como se espera alguna vez? Por supuesto; no era ingrato con Laurence. Por encima de cualquier cosa, deseaba hacerla feliz. Y feliz lo era: a veces, con bien poco, con demasiado poco: un vestido bonito, un ramo de flores recién cortadas, un regalo inesperado... Qué extraño... En el fondo, él le agradecía que fuera así, pero a veces se sentía desconfiado e inquieto. No podía creer que realmente a ella le bastara con eso. En los primeros tiempos, le preguntaba sin cesar, con una insistencia dolorosa y torpe que la exasperaba (aunque Laurence, más sensata que él, se lo callaba): «¿De verdad eres feliz? ¿Es todo exactamente como habías soñado?» Pero, en definitiva, ¿acaso no conocía ella aquella ansia insaciable de felicidad que lo devoraba? Su querida Laurence... Le cogió las manos mientras su esposa le tendía el cortaplumas que él había buscado instintivamente, sin siquiera darse cuenta de que lo buscaba.

—Sabes lo que quiero antes que yo mismo.

—Me paso el tiempo mirándote —respondió ella, sonriendo—. Leo en tu cara, como el marino que adivina la bonanza o la tormenta en la forma de las nubes.

Tanta bondad, tanta solicitud, un carácter tan apacible e inalterable., hacían de ella la mejor de las mujeres, pensó Harry.

—Mi buena Laurence... —le dijo en tono afectuoso, amable.

¿Por qué no encontraba otras palabras? ¡La había amado con tanta pasión!



Pero ella lo había esquivado con pudor y burlas... Sí, muy suaves, pero en definitiva burlas... «Tu amor de oriental, de salvaje...», solía decirle. A veces, la rosa de los jardines de Francia clavaba sus crueles espinas en las manos apresuradas, demasiado ansiosas de cogerla. Pero él sólo podía amar con pasión, locura, total entrega, o bien... dejar de amar. Estaban sentados el uno al lado del otro, en silencio.

—¿Tanto te gusta lo que pinta esa chica? —preguntó Laurence inclinándose hacia el fuego, mientras jugueteaba lentamente con el collar de jade—. ¿Te has fijado en el lienzo que había en el caballete cuando hemos llegado? Ese cielo bajo, esos hombres extraños, con tirabuzones en las mejillas, caminando por la nieve tras un ataúd colocado de través sobre un trineo...

—«Entierro de un judío.»

—Es siniestro, sórdido, ¿no crees? Además, tampoco es nuevo. Esos tonos grises y oscuros y esas manchas de un blanco plateado se han visto cientos de veces.

—Pero tú no imaginas cómo es eso, cuán real es —respondió Harry, inclinándose hacia ella con repentina animación—. No hay que mirarlo como un amante de la pintura, ¿comprendes? Su técnica es deficiente, pero su forma de pintar actúa sobre mí de tal modo que me olvido del cuadro y me reencuentro conmigo mismo. Y ése es sin duda el objetivo de su obra. Por caminos indirectos, extraños, me reencuentro conmigo mismo... —Se interrumpió—. Sin embargo —prosiguió mientras le acariciaba el pelo—, nunca presencié un entierro de ese tipo. Pertenecía a una clase privilegiada, en la que los difuntos se entregaban a la tierra con mayor fastuosidad. Por otra parte, ponían tanto cuidado en evitarme cualquier impresión dolorosa que creo que no vi un ser humano ni un animal muerto en toda mi infancia. Cuando pasaba un entierro por la calle, la gobernanta tenía orden de distraerme como fuera. Pero me bastaba con cerrar los ojos para encontrar en mí esa tristeza contra la que me protegían con tanto empeño —explicó en voz baja, emocionado. «Y sigo encontrándola», pensó—. Sí, Laurence. Aunque no lo haya presenciado, sé que todo eso es exacto, en los detalles y sobre todo en su imperecedera esencia. Esos diminutos copos sueltos que caen rectos, porque no sopla ni una pizca de viento, deben de corresponderse con la primera nevada del otoño; se funden en el barro, en los charcos de agua... El ataúd... ¿has visto cómo está colocado en el trineo? En equilibrio, de través... No depositado con cuidado, sino dejado caer como un objeto inútil, igual que una piedra... ¿Y te has fijado en las caras de la comitiva, atascada en los profundos surcos? Frialdad hacia el muerto, al que las lágrimas no resucitarán, ninguna esperanza en una vida eterna y, al mismo tiempo, qué atención tan ávida, qué pasión... En primer plano, un niño todo ojos negros, con unas piernecillas escuálidas... ¡Cuántos niños judíos como él habré visto! Yo mismo, mejor vestido y más limpio, era un niño judío parecido a ése.



—Divagas, mi pobre Harry —aseguró Laurence, mirándolo sonriente—. He visto fotos de cuando tenías siete u ocho años, y te aseguro que no te parecías en nada a los personajes de la señora Ada Sinner. Eras un niño muy modosito con unos rizos preciosos. Parecías sano y muy contento de estar vivo, y abrazabas un hermoso gato persa.

Se quedaron callados unos instantes.

—Y como mujer, ¿te gusta? —le preguntó Harry sin dejar de acariciarle el pelo distraídamente.

Laurence vaciló, dividida entre una aversión instintiva hacia Ada y el deseo de ser leal, lo que le inspiró una frase acertada:

—Es difícil hablar de ella en cuanto mujer...

—¡Sí, exacto, eso es! Me preguntaba qué la diferencia de las demás: no tiene absolutamente nada de femenina... Parece una niña... Tú, mi querida Laurence, si mañana te vieras en una isla desierta, pasados los primeros momentos de desesperación, cogerías unas cuantas plumas y conchas para embellecerte, y sería por mí, si estuviera a tu lado, o en mi memoria, si hubiera muerto.

—Cierto. Por fortuna. Estas chicas, estas extranjeras, carecen de toda coquetería, sentido común y corazón.

—¿Tú crees, querida?

—Ambición, sí —añadió Laurence con un punto de irritación—. Tiene una especie de modestia a base de insolencia que me exaspera.

Harry se apartó de ella con suavidad, buscó un cigarrillo y lo encendió con lentitud.

—No creo que esa modestia sea en absoluto fingida —señaló al fin—. Veo en ella sobre todo una enorme desconfianza respecto a sí misma y a los demás.

—¿Desconfianza, por qué? La hemos tratado como a una igual. ¿Por qué merecemos su desconfianza? Es injusto.

—No hay que olvidar las circunstancias peculiares de su vida... La pobreza, la soledad y, al mismo tiempo, la conciencia de ser, si no superior a los demás, al menos distinta que siempre da el talento a la persona lo bastante desdichada para poseerlo. Me gustaría ayudarla, Laurence. Habría que darla a conocer. Alguna noche deberíamos invitar a algunos amigos en su honor.

—¿Aquí? —preguntó su mujer mirándolo fijamente.

—Claro, aquí.



Ella no respondió de inmediato. Se levantó y se colocó ante la chimenea, con las manos extendidas hacia el fuego.

—No, Harry.

—¿Por qué?

—No quiero patrocinar a esa chica de ningún modo. No puedo responder por ella: no la conozco.

—¡Lo dices como si se tratara de meter a escondidas a una vagabunda en una casa rica, alguien que podría marcharse con la plata!

—¡Hay que ver cómo te exaltas, Harry! —replicó Laurence, mirándolo con frialdad.

—¡Y le reprochas que desconfíe! ¡Tú sí eres desconfiada e injusta! ¿Por qué tratar a esa gente de entrada como ladrones?

—Porque no los conozco. Uno no abre su hogar a quien no conoce, ¿comprendes? Le compraste cuadros, hablaste de ella, la diste a conocer... Con eso basta.

—Una limosna, pero que se entrega en la puerta, en la entrada de la sala bien encerada, como a vuestros campesinos.

—¡Sí! ¿No comprendes que no es tanto cuestión de prudencia como de dignidad? Y no quiero explotar esa baja curiosidad que hoy te ha resultado tan odiosa como a mí. Sólo recibo en mi casa a aquellos a quienes puedo tratar como a amigos, no como a especímenes curiosos.

Harry se levantó y dio unos pasos por la biblioteca.

—Te lo ruego, Laurence —dijo al fin, volviendo junto a ella—. No me lo niegues. Me porté mal con esa chica, yo...

—¿Qué quieres decir? No la conocías.

—Sí, la vi una vez... en mi tierra... en «nuestra tierra»... Pero no me pidas que te lo explique todo, Laurence. No puedes ni tienes por qué entenderlo. Confía en mí. Déjame recibirla en casa, acogerla... Es muy importante.

—Es un capricho.

—Entonces, ¿te niegas?

—Me desagrada. Todo en ella me disgusta. Perdona, Harry, pero tú mismo lo has dicho muchas veces: esa mezcla típicamente judía de insolencia y servilismo es... —Se interrumpió—. No hablo en serio —rectificó.



Harry no respondió; de pronto parecía cansado, estaba pálido y le temblaban los labios.

—No soporto a los hombres nerviosos, querido —señaló con una dureza de la que quizá no era consciente—. Me habías acostumbrado a un mayor dominio de ti mismo...

—Y tú a mí, a mayor paciencia.

—A veces hay en ti un lado histérico que resulta... muy desagradable. Lo he advertido a menudo.

Harry permaneció callado, temblando de furia y orgullo herido. Su expresión resultaba tan extraña, tan hostil que Laurence sintió ese odio repentino como una bofetada en pleno rostro, y en una brusca reacción defensiva le espetó:

—Lo he advertido en tu hijo, sin darme cuenta de que le venía de ti.

Efectivamente, el niño, en sus estallidos de llanto, en su alegría exagerada, en sus rabietas, mostraba una inestabilidad de carácter que a menudo los había asustado a ambos. Con su certero instinto femenino, Laurence había elegido lo que más daño podía hacerle a su marido. Pero como quien aparta rápidamente un arma que amenaza un punto vital del cuerpo, a riesgo de dirigirla a otras partes no menos frágiles, no menos vulnerables del adversario, Harry quiso desviar la discusión a toda costa y exclamó:

—¿Estás celosa? ¡Dilo! ¡Ojalá sea eso! ¡Será más digno de ti!

—¿Celosa? ¿De una chica fea y mal vestida?

—A mí no me ha parecido fea —respondió él con fingida ingenuidad.

—¡Si te gustan las mujeres como esa chica, no intentaré rivalizar con ellas!

—¡Sin embargo, estás celosa!

—¡No, no y mil veces no!

—¿Sabes que desde su infancia, desde «nuestra» infancia en «nuestra» tierra, está enamorada de mí? —le espetó de pronto—. ¿Recuerdas el libro que me mandaron poco antes de nuestra boda y cuya procedencia nunca descubrimos? ¿Sabes que ese regalo venía de ella porque quería ocupar mis pensamientos de ese modo, aunque sólo fuera por un instante, y arrancarlos de ti?

—Si realmente hizo eso, está loca, y si la admiras, si lo apruebas, estás tan perturbado como ella.

—¡La admiro y lo apruebo! ¡Yo habría actuado del mismo modo... cuando te amaba!



Los dos, temblorosos y pálidos, se quedaron callados.

—Puesto que te niegas a recibirla aquí, le pediré a mi madre que dé una fiesta en su honor —zanjó Harry con voz cortante. La cólera parecía afilarle el rostro; las mejillas, lívidas, se le adelgazaban, como succionadas desde dentro—. Podrás asistir o no, como gustes.

—Tiene marido. ¿También lo invitarás?

—¿Por qué no?

—¡No sabes nada de él! ¡No sabes ni de dónde ha salido ni qué es! ¿Vas a hacer causa común con un desconocido, con un aventurero?

—¿Es que no te das cuenta de que es tu actitud la que me empuja a considerar a ese desconocido, a ese aventurero, un hermano?

—Y a mí, tu mujer, como a una extranjera, ¿no es así? Ten cuidado —prosiguió Laurence con creciente violencia—. Ahora ya no se trata de si invitamos o no a esa mujer. ¡Esto es un desacuerdo más profundo y grave!

—¡Vaya! ¿Eso sí que lo entiendes?

—Así que, pese a todos mis esfuerzos, ¿nunca comprendí lo que pensabas, lo que deseabas? Es eso lo que dices, ¿no? Creía que eras feliz.

—¡No, nunca! ¡Ni una vez, ni un instante, jamás! —exclamó él con ojos centelleantes y una voz de pronto estridente sin que pudiera evitarlo.

Harry se tapó la cara con las manos y se marchó.

**22**

Ada se había arreglado febrilmente. El vestido era negro y sencillo. Por suerte, ese año todos los vestidos de mujer parecían camisas... Pero había pagado un dineral por un cuello, unas mangas de linón y unas medias de seda. ¡Qué agradables resultaban! Examinó los zapatos detenidamente; los tacones se mantenían rectos, pero el crespón de China estaba un poco rozado en los bordes; habían pertenecido a Lilla. Ada había estado ocho días sin tocar un pincel a fin de cortar y coser el vestido. Los años de aprendizaje con la tía Rhaisa no habían sido inútiles, después de todo. Le había quedado bastante bien. El pequeño sombrero de fieltro oscuro, casi masculino, resaltaba su rostro. El punto flaco era el abrigo, un horrible abrigo raído. Pero no le preocupaba: estaba segura de que no se dejaba puesto durante la visita; al menos, así era en Rusia. Ben, que se hallaba a su lado, la contemplaba, silencioso y sarcástico.

—Vamos —dijo él al fin.

Ada apartó la mirada. La presencia de Ben le echaba a perder el juego, aquel juego delicioso que había disfrutado en una especie de sueño lúcido desde que había llegado la invitación de Harry. Como quien rebobina una película, Ada había regresado al punto exacto en que antaño se interrumpió su vida real, la única verdadera pese a las apariencias: el instante en que, cogida de la mano de Madame Mimi, había entrado en la sala adornada con flores y banderitas francesas al encuentro de Harry. De pronto, había borrado los años. Estaba invitada a casa de los Sinner, que daban una fiesta en su honor para presentarla a la buena sociedad parisina. Desde luego, no habría soñado algo así ni siquiera entonces. Pero su mente confundía voluntariamente el pasado y el presente, el sueño y la realidad. Gracias a una feliz casualidad, incluso el día se parecía a los de allá, por su calma, por aquella sensación de triste espera resignada que precede a la nieve. Ada caminaba junto a Ben y lo miraba preguntándose qué pensaría. ¡Extraño e incomprensible Ben! En la calle, antes de llegar a casa de los Sinner, en un tono mitad de desafío, mitad de súplica, le dijo:

—No irás a pedirles nada, ¿verdad?

—¡Qué miedo me tienes! —exclamó él sonriendo.

—¡Los odias!

—No me pararé a pensar si los odio o aprecio. Con que puedan serme útiles me basta.



—Pero ¡eso es justo lo que no quiero!

—¿En serio? ¿Y por qué, pequeña? ¿Qué vas a decirles? ¿Qué mal he hecho yo? Me he ganado la vida, nuestra vida, como he podido. No soy ni un asesino ni un ladrón. ¿Por qué vas a impedirme que les pida ayuda y protección, como en otros tiempos?

—¿Qué quieres de ellos?

—Tu Harry podría ayudarme... Recomendarme a sus tíos...

—No querrá.

—¿Tú crees? ¿Por qué? No les pediré que me asignen una renta, sino que me den trabajo, que me hagan un hueco, el más pequeño que tengan. Y créeme, Ada, me aceptarán.

—Siempre con esas fantasías... —gruñó ella con una mezcla de cólera y lástima.

—No; conozco a esa gente. Europeizados, civilizados y todo lo que quieras. Pero en el fondo siguen sintiendo debilidad por quienes, como yo, empezaron penosa, dura, míseramente. Porque, en definitiva, en su infancia, los padres de estos Sinner que ahora poseen caballos de carreras y famosas colecciones de arte eran chavales iguales a mí, famélicos, apaleados, humillados, y eso crea una solidaridad que no se olvida; no la de la raza o la sangre, sino la de las lágrimas derramadas, ¿comprendes? ¿Por qué no quieres dejarme aprovechar mi oportunidad, Ada? ¿Qué deseas que espere de este mundo, aparte de dinero? A ti ya te he perdido.

—¿Qué dices?

—Amas a ese maldito Harry.

Ella sintió una súbita piedad y lo miró con ternura.

—Nunca he estado enamorada de ti, y lo sabes, Ben; pero eres más que mi marido, eres casi mi hermano. Te lo suplico, renuncia a mezclarte con esos ricos y me iré contigo. No volveré a ver a Harry. ¿Para qué? Está casado. Quiere a otra. Era un sueño, una fantasía infantil. Vámonos. Volvamos a casa.

—¡Bah! —exclamó él encogiéndose de hombros con tristeza—. Nuestros tres destinos están entrelazados desde la infancia. No hay nada que hacer.

—Y no quieres dejar escapar esta oportunidad de tentar la suerte —le soltó ella con amargo resentimiento.

—No puedo dejar escapar... lo que pasa al alcance de mi mano... Soy así... No es culpa mía —masculló Ben.



Habían llegado. Se detuvieron un instante, con el corazón en un puño. ¡Qué coraje se necesitaba para cruzar bajo la bóveda, para entrar en la casa y mirar a la cara, sin pestañear, al criado que había salido a abrirles!

Ada experimentó un fugaz pánico cuando vio a unas mujeres que entraban en el salón con los visones puestos. Se quitó el abrigo a toda prisa y traspasó el umbral.

La anciana señora Sinner le estrechó la mano y exclamó en voz muy alta:

—¡Somos parientes, según creo!

¡Ah, si la tía Rhaissa hubiera podido oír proclamar ante todo el mundo aquel parentesco, del que tan orgullosa se sentía!

—Sí, eso creo, señora... Parientes lejanas...

—¿Y ha vivido usted sola, abandonada en esta gran ciudad, sin ocurrírsele nunca que podía acudir a nosotros? ¿Por qué?

—No lo sé. En efecto, no lo pensé, señora.

—Pero el daño está reparado, puesto que se encuentra usted aquí. Todas estas personas son admiradores suyos que quieren conocerla...

¡Cuántas caras de curiosidad! ¡Cuántas sonrisas! ¡Cuántos amigos! Y al fin, Harry, acercándose. Él se dio cuenta de que estaba cansada y azorada, a punto de llorar.

La tomó del brazo y le hizo cruzar aquel comedor, que Ada había entrevisto un atardecer de verano entre tornasoladas sombras mientras contemplaba la fiesta desde la calle. Había intentado imaginárselo muchas veces, pero en vano. Harry la invitó a entrar en un saloncito vacío.

—Va a sentarse aquí, tomarse una copa de champán tranquilamente y observar a toda esa gente como si fuera un espectáculo, sin tener que hablar con ella o sonreírle. ¿Le parece?

—Ya la vi como si fuera un espectáculo.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

Ada se lo contó.

—No ha sido usted feliz nunca, mi pobre amiga —observó Harry con una dulzura poco frecuente en él.

Ella le lanzó una mirada casi desconcertante por su perspicaz ironía.

—Usted tampoco.

—¿Ah, no?



—Yo soy libre. Puedo trabajar todo el día si me apetece, o quedarme en la cama sin hacer nada, sin que nadie se preocupe y me pregunte si estoy enferma. Puedo pasar me la tarde entera a orillas del Sena, contemplando el agua, y sé que en todo París nadie se preocupará por si estoy viva o muerta, si volveré por la noche o no.

—¿Y cree usted que eso es la felicidad? —preguntó él con curiosidad.

—En todo caso, es la única que he conocido y que puedo recomendar a otros —respondió ella sonriendo.

—¿Y su marido?

—Siempre está atareado, viajando... Me paso meses sin saber dónde se encuentra ni qué hace. Aun así, sigue siendo mi único amigo.

—Ahora tiene uno más —murmuró Harry tocándole la mano, profundamente emocionado. Mientras que con Laurence escuchaba con ansiedad cada palabra que pronunciaba y trataba en vano de imaginar las que callaba, en esos momentos las palabras mismas parecían innecesarias: la inflexión de la voz de Ada y su mirada le revelaban la esencia misma de su alma.

Ben pasaba una y otra vez ante la puerta abierta. Caminaba entre la brillante concurrencia con brusquedad, como por un andén de estación. Su pelo crespo, sus relucientes ojos y sus pálidas mejillas componían una fisonomía extraña y llamativa.

Cuando reconoció a Harry, se dirigió hacia él. Ada se alejó y volvió al salón. La gente le hablaba; ella respondía con timidez, sin quitar ojo a Harry y a Ben. Poco después, vio que se acercaba a ellos un anciano de tez amarillenta, nariz corva y grandes ojos negros. Sin duda, uno de los tíos de Harry. Así que, una vez más, con su brío, su pasión, su insolencia, Ben había conseguido lo que quería.

«Pero yo también», pensó Ada. Asombrada y curiosa, miró de nuevo alrededor: las mujeres eran hermosas, deslumbrantes; los hombres, elegantes; las voces, animadas y despreocupadas. Pero aun así, entre aquella fiesta y el baile que había entrevisto tiempo atrás había tanta distancia como entre la realidad y un sueño.

En ese momento, advirtió que Harry había vuelto junto a ella.

—¿Le gusta esto?

—Sí, pero... —murmuró—. La verdad es que visto desde fuera era todavía mejor.

**23**

Ben volvía de Bruselas. Era la víspera de una fiesta religiosa y el tren estaba lleno de curas, y niños en peregrinación al norte de Francia. Se había pasado las horas del trayecto en el pasillo, sentado en una maleta que no era suya, durmiendo como un tronco, mientras su cabeza golpeaba contra el tabique metálico del vagón a cada sacudida. No sentía el cansancio, que como el miedo, el hambre o la desesperación, nunca se apoderaba de él totalmente; más bien lo sobreexcitaba, al punto de hacerle olvidar su endeble cuerpo. Ciertas sensaciones excesivas parecían lanzarlo literalmente fuera de sí mismo, dotarlo de una agilidad y una resistencia sobrehumanas.

Estaban llegando a París. Se espabiló y miró con una curiosidad ligeramente desdeñosa a los ocupantes de los compartimentos cercanos. ¡Qué lentos y pesados eran! Arrastraban consigo mujeres, hijos, maletas... Incluso los que por su oficio, como él desde hacía un tiempo, tenían que vagar sin descanso de ciudad en ciudad, de país en país —los viajantes, los feriantes, los cómicos de gira—, parecían atontados, torpes, desconcertados, mientras que para él cualquier lugar era igual a otro. Todos los sitios se parecían; llegaba a éste o aquél con indiferencia y lo abandonaba sin pesar. Durante su infancia, le habían hecho comprender y sentir en todo momento que no pertenecía a nada ni a nadie. ¡Pues bien, lo habían conseguido! (Ben siempre pensaba en el resto del mundo como un «ellos», no necesariamente enemigos, tampoco amigos, sino seres incomprensibles.) Sí, habían logrado convertirlo en alguien maravillosamente libre, desprendido de cualquier traba. Y más valía que no sintiera apego por nada, porque si un día se le despertaba el ansia de poseer, ésta no sería ni fácil de saciar ni de olvidar.

En un instante, estaba en pie y listo, mientras los demás seguían buscando los billetes, juntando a los niños, llamando a sus amigos o poniéndole el collar al perro. Viajaba sin equipaje; cuanto necesitaba era un pijama viejo y un pedazo de jabón envuelto en una hoja de periódico, metidos en el fondo de la cartera. Así era cada vez el primero, siempre listo para birlarles el negocio a los competidores, que luego se quejaban... ¡Qué desfachatez! No tenían más que imitarlo. ¿Acaso perdía él el tiempo retozando en brazos de su mujer, bebiendo el café con leche en la cama, acariciando al gato, toqueteando los mandos de la radio, tomándose con parsimonia y respeto, de las doce a las dos, una sopa hervida a fuego lento, como los franceses? Y no es que despreciara sus costumbres, más bien al contrario. Sin embargo, le resultaban extrañas e incomprensibles. El necesitaba apresurarse, perseguir un deseo, adelantarse a todos los demás, porque sabía que si lo vencían no le quedaría más que



desaparecer. ¿A quién le importaba él? ¿Quién lo levantaría, si mordía el polvo? ¿Quién curaría sus heridas? Sólo Ada. Y ni siquiera por amor —a él no lo amaba nadie—, sino por solidaridad, compasión. En cuanto a los demás... Tal vez ahora las cosas empezaran a cambiar. Estaba en la senda de la fortuna: los Sinner ricos se interesaban por él. Eso sí, con prudencia, sin comprometerse, mirándolo por encima del hombro... Pero no le importaba que tuvieran o no miramientos con él. Que el viejo Salomon, su pariente después de todo, ni siquiera lo invitara a sentarse cuando iba a su casa carecía de toda importancia. Que le lanzaran un hueso para roer de vez en cuando: no pedía otra cosa. Trabajaba con entrega, porque sabía que los dos viejos no le quitaban ojo. Lo había presentado incluso antes de conocerlos. Anquilosados como estaban por los años, ablandados por el lujo, les quedaba suficiente memoria para acordarse de sus orígenes, y la pasión, la avidez de Ben halagaba en ellos alguna inclinación muy antigua, de la que tal vez ya no fueran conscientes, de la que quizá se avergonzaran, pero que estaba más viva que todo su viejo y endeble esqueleto. ¡Ah, trepar más arriba, introducirse en la empresa, conocer sus engranajes, sus secretos...! ¿No era él más digno de ser su heredero que aquel odioso chico, aquel Harry?

—Espacio, espacio... —murmuró para sus adentros, como quien sujeta la correa de un animal impaciente.

Pero esa ansia de éxito inmediato, esa vehemencia, constituía su fuerza al mismo tiempo que su debilidad. Se imaginaba ya en el sanctasanctorum, al lado de Isaac y Salomon, dueño del banco en lugar de Harry. ¡Y cuántos negocios podían emprenderse! ¡Cuántas jugadas maestras! El mundo ya no era lo que había sido. ¿Para qué amasar prudentemente una fortuna, sacrificarlo todo a la consideración por la gente y la vanidad exterior, en un universo que se tambaleaba? Maniobras audaces, inesperadas, millones ganados en una noche y arriesgados de nuevo al instante, ¡eso era lo que se necesitaba, lo que a él le habría gustado...! Estafas, no. Negocios. Invertir en países sumidos en el caos, en Europa, Asia... Prestarles dinero y llevarse a cambio minas, pozos de petróleo, concesiones de líneas férreas... ¡Así se enriquecía uno! En aquel vagón de tercera, zarandeado de una pared a otra, en medio del humo, el ruido, la lluvia de una noche de invierno en una estación de los suburbios, Ben montaba negocios colosales, imaginaba chanchullos financieros, como el artista que hace surgir un mundo de la nada. Sólo él sabía de lo que era capaz, lo que valía. Con lo que había rodado, con la cantidad de gente a la que había conocido, poseía la experiencia de un viejo. Puede que asimismo la raza tuviera algo que ver. Tal vez, como todos los judíos, también él experimentara el sentimiento, oscuro y un poco inquietante, de arrastrar consigo un pasado más largo que el de la mayoría de los mortales. Allí donde otros necesitaban aprender, a Ben le bastaba con recordar. Al menos, eso creía.



¡París, al fin! Saltó al andén de la estación, donde se congregaba una multitud. Antes que nadie, ya estaba en la salida. Y es que sabía deslizarse entre el apretado gentío, encontrar el punto débil de una barrera, hacerlo ceder, calcular instintivamente el camino más corto... Llevaba un sombrero viejo y un sobretodo raído. El pelo le caía sobre la frente en tupidos ricitos negros. Tenía un rostro desagradable; siempre lo había sabido. Y no es que fuera feo; pero su cara era tan estrecha que las facciones parecían amontonadas por falta de sitio: las finas y rojizas cejas se juntaban sobre la nariz, cuyas delgadas y móviles aletas casi tocaban el labio superior; la barbilla y la boca tenían un espacio increíblemente reducido para ambas; y los dientes, estrechos y apretados, casi se montaban unos sobre otros. Y aquella cara nunca estaba quieta. Como la superficie de un agua viva, parecía recorrida por constantes estremecimientos. Cuando hablaba, por cada palabra hacía diez muecas, cada una expresión de un sentimiento llevado al extremo: la cólera, la alegría, la curiosidad o la inquietud no se manifestaban, como en otras personas, mediante grandes oleadas de emoción, sino con breves ondas furiosas, lo que convertía su fisonomía en un perpetuo escenario de conflicto entre mil corrientes contrarias. Tras cruzar la calle y bajar al metro, se vio obligado a detenerse, pues la puerta automática acababa de cerrarse ante él. Esos instantes de inmovilidad se le antojaron un suplicio. Enrojeció, palideció, se mordió las uñas, se quitó el sombrero, lo estrujó entre las manos, volvió a encasquetárselo y se lanzó al fin hacia el coche de segunda como si le fuera la vida en ello.

Estaba callado, pero sus labios se movían; sus ágiles dedos tamborileaban en las rodillas, en el cristal negro de la ventanilla... Saltó al andén. Había llegado. Miró la hora: era medianoche pasada. Entró en el edificio; abrió la puerta de casa; llamó: «¡Ada!» No obtuvo respuesta, pero sobre el diván del estudio se veía una forma tendida, que se incorporó y sentó pesadamente. Ben reconoció la cabeza cana de Madame Mimi, cubierta de papillotes.

—¿Dónde está Ada?

La anciana se tapó púdicamente las piernas con los faldones de la bata de seda rameada. No habría aceptado mostrarse en camisón ni por todo el oro del mundo. Hasta los papillotes estaban artísticamente repartidos y sujetos con lacitos color naranja.

—Qué susto me has dado, hijo... —suspiró mientras sus ojos, que la edad empezaba a debilitar pero que a veces aún lanzaban miradas penetrantes, se posaban en Ben con expresión perspicaz y al mismo tiempo vacilante, como si antes de hablar intentara leer en la cara de su interlocutor.

—Así que ahora usted duerme aquí...



—Pues sí. Espero que no tengas ningún inconveniente... Ada estaba sola...

—¿Dónde está?

Madame Mimi se había levantado y acababa de encender la lámpara.

—¿Has cenado? Me temo que no hay gran cosa...

—Le he preguntado dónde está Ada.

—En un concierto, hijo. —Ben no inquirió: «¿Con quién?» Arrojó el sombrero sobre una silla y se sentó—. ¿Has cenado? —repitió la anciana.

—Un sándwich y un vaso de cerveza.

—¡Ay, nunca cambiarás! ¡Ni que te persiguiera el diablo! Voy a calentarte un poco de caldo.

—Sí. Bueno, no, no tengo hambre... Aunque, si se empeña... —murmuró.

La anciana lo dejó solo. En ese momento, Ben notó que en la habitación olía a rosas. Se volvió: sí, había un ramo. Nunca había visto unas rosas tan bonitas. Buscó la tarjeta, pero no llevaba. Una expresión de feroz y dolorosa ironía recorrió sus facciones. Nadie manejaba aquella hiriente mofa, dirigida contra sí mismo, con tanta habilidad como él. Formaba una curiosa combinación con su insolencia y su orgullo. En un segundo, disparó contra sí mismo mil flechas envenenadas, y todas lo atravesaron. Se acercó al ramo de flores, las tocó tímidamente... Lo fascinaban. ¡Qué aroma tan embriagador! Inclino la mejilla, que como siempre le ardía, hacia una de ellas y suspiró de gusto al sentir el roce de la pequeña rosa dura y cerrada.

—¡Deja esas flores, Ben! —exclamó Madame Mimi, que acababa de volver con una bandeja.

El se apartó mirándola con una expresión socarrona y terca, como un niño apaleado.

—No tengo hambre —gruñó.

—Entonces, acuéstate.

Pero Ben volvió a sentarse.

La anciana cogió el caldo, que el joven no había tocado, y empezó a tomárselo lentamente, lanzándole por encima del cuenco miradas rápidas y penetrantes como dardos.

—Son unas flores preciosas, ¿verdad? En otros tiempos, mis favoritas eran las rosas escarlata. En otra época, el príncipe... Pero ¿de qué estoy hablando? Todo eso está muy lejos, olvidado... ¡Ay! ¿Dónde estarán los rosales a los que iba acoger rosas



para mi blusa? Rosas como éstas, precisamente, eran las que les ponían a mis monturas, en Cannes... Sí, en la batalla de flores, llevaba rosas cosidas a la sombrilla y las orejeras de los caballos... ¿Qué vas a hacer? ¿Piensas quedarte toda la noche sin moverte, frente a mí?

—¡Vuelva a acostarse!

—¿Delante de un hombre? ¡Ni hablar! Dame las cartas.

Ben las barajó distraídamente y luego retiró las que no se necesitaban para el descarte. Jugaron un rato en silencio.

—¿Estás celoso? —le preguntó Madame Mimi de pronto. El no respondió—. Te creía muy por encima de esas finuras, Ben...

—¿Qué piensa hacer ahora? ¿Lo sabe usted? ¿Dejarme? —preguntó sin mirarla. Parecía tranquilo, pero gotas de sudor corrían por su cara. Se las enjugó con el dorso de la mano—. Me ahogo —dijo de pronto, y soltó las cartas. Era cierto que en la pequeña habitación hacía un calor sofocante; seguramente no habían abierto las ventanas en todo el día, y los radiadores estaban al rojo. Eso significaba que Ada no había pasado una hora allí desde el día anterior, pues no podía vivir más que en habitaciones heladas—. ¿Quiere abandonarme, Madame Mimi?

—No me ha hablado de ti.

—Entonces, ha conseguido lo que quería... —murmuró Ben con amargura.

La anciana cruzó las manos sobre la bata y, como una vieja sibila que entrara en trance, adoptó aquella voz profunda, tan poco parecida a su timbre habitual, vivo y agudo, un tono que siempre sorprendía, como algunos zureos de paloma sorprenden por su ronca gravedad:

—¡Ay, sois los dos iguales! Sois de esos que no pueden pasar tranquilamente ante una puerta cerrada sin intentar entrar, por la fuerza o la astucia, donde Dios les ha prohibido meterse. Esperáis. Aguardáis la ocasión propicia, o llamáis con redoblada fuerza hasta que os abren. Tú siempre has sido así, Ben, y tu mujer se te parece. De ese modo la conseguiste y de ese modo es como ella...

El cerró los ojos. Las palabras de la anciana llegaban a sus oídos como un zumbido lejano. Jamás se había sentido así.

—¿Me dejará? —repitió con voz ahogada.

—Escucha —dijo Madame Mimi inclinándose hacia él y cogiendo su mano entre las suyas, secas y livianas como patas de pájaro—. Siempre has sabido que no estaba enamorada de ti. No es mujer para ti. Ada es alguien...

—Yo también —replicó Ben con áspero orgullo—. Que me den sólo unos



cuantos años y seré el amo de muchas de las personas que ahora me tratan como al barro de sus zapatos.

—Ada no te quiere.

—Es fría como el hielo —murmuró él.

—No, Ben.

—Si al menos quisiera... quedarse conmigo... No le pediría nada más... La dejaría... vivir con Harry... Las costumbres de los civilizados tienen cosas buenas —observó con dolorida ironía—, pero lo que no soporto es perderla. Siempre ha estado conmigo; usted lo sabe, Madame Mimi. De niños, dormíamos en la misma habitación. Me despertaba y veía su cabello negro sobre la almohada. Vagábamos juntos por las calles de la ciudad baja... Jamás me he sentido realmente desgraciado ni desamparado gracias a que ella estaba conmigo. No puede dejarme.

—Calla —lo interrumpió Madame Mimi—. Aquí están.

**24**

Ada había entrado con Harry, ambos hablando en voz alta y riendo. Fue su risa la que despertó la cólera y el estupor de Ben: qué pocas veces la había oído resonar en la boca de Ada... Siempre se mostraba silenciosa y hosca, perdida en sus ensoñaciones. Pero ¡cómo había despertado!, se dijo mirándola. Iba vestida con la misma sencillez, casi con la misma pobreza que siempre, pero parecía más feliz, más mujer y a la vez más joven, y su rostro se veía como realzado por una luz viva y delicada, que se apagó en cuanto advirtió su presencia.

Los dos hombres se midieron con la mirada.

—Ya he vuelto —dijo Ben—. Váyase.

—Vamos, Ada. Es mejor acabar de una vez por todas —aseguró Harry, cogiéndola del brazo.

Hasta ese instante, Ben había mantenido la calma. Pero cuando oyó el tono en que Harry pronunció el nombre de Ada, perdió los estribos. Lo había dicho a la francesa, acentuando la última vocal de un modo que a Ben le pareció afectado y casi insultante. Su rabia estalló en forma de maldiciones, insultos, gritos... Las frases brotaban de su boca en una mezcla de yidis y ruso. Harry apenas las comprendía y, para él, aquellos juramentos, aquellos aspavientos, aquellos rugidos de odio, tenían algo de repugnante y grotesco. En ese instante se acordó de la aversión que traslucía el rostro de Laurence cuando lo había llamado histérico. Aquel frenesí, aquellos bramidos, aquellas atropelladas invocaciones a un dios vengador, surgían de otro mundo.

—¡Que te mueras delante de mí! —aullaba Ben—. ¡Que hagan pedazos tu cadáver! ¡Que no halles descanso, sueño ni una muerte en paz! ¡Que tu descendencia sea maldita! ¡Malditos sean tus hijos!

—¡Cállese! —gritó Harry con vehemencia—. ¡No estamos en un gueto de Ucrania!

—¡Pues es de donde saliste, como yo, como ella! ¡Si supieras cuánto te odio...! ¡Nos miras por encima del hombro, nos desprecias, no quieres tener nada que ver con la chusma judía. Pero ¡espera un poco! ¡Espera, y volverán a confundirte con ella, te mezclarás con ella! ¡Tú, qué saliste de ella, tú, que creías haber escapado por las razones que hacen que Ada te ame! ¡Porque eres rico! ¡Porque llevas ropa limpia! Pero ¡espera un poco, y ya veremos quién de lo dos es el más afortunado, quién tiene más dinero, tú, rico, mimado desde la infancia, o yo, pobre judío muerto de hambre!



Puede que un día te des cuenta de lo que te has perdido conmigo, Ada. ¡Millones! ¡Podría haberte dado millones si hubieras tenido la paciencia de esperar!

—¡Cállate de una vez, sucio aventurero de pacotilla! —chilló Harry—. ¿Es que no comprendes que es indigno hablar de dinero en estos momentos, mezclarlo con esto?

—¡Ah, cómo odio tus remilgos de europeo! Lo que tú llamas éxito, victoria, amor, odio, yo lo llamo dinero. Es otro nombre para lo mismo. Así es como hablaban nuestros padres, los tuyos y los míos. ¡Es nuestro idioma! Sabes perfectamente por qué te ama Ada. Porque el día en que para nuestra desgracia entramos por primera vez en tu casa, llevabas un cuello y unas mangas limpias, mientras que yo estaba manchado de sangre y polvo. ¡Y esa diferencia sólo la hacía el dinero! No se trata de que seas de otra raza, de otra sangre... De ser así, me habría dicho: «Ben, muchacho, tú eres morralla, y él, un príncipe.» Pero ¡no eres ningún príncipe! ¡Mírate! Tienes mi misma nariz ganchuda y mi mismo pelo crespo, eres endeble y enfermizo, y estás hambriento y desesperado, como yo... Hambriento de otras cosas, pero igual de necesitado, no ahíto y satisfecho como los otros... Podría haber estado en tu piel, y tú en la mía. ¡Ada! ¿Por qué lo prefieres a él? ¡Míranos bien! ¡Míranos mejor! El y yo, yo y él, estamos hechos de la misma pasta. ¡Somos hermanos!

—¡No, no! ¡No es verdad! —exclamó Harry, ocultando el rostro entre las manos.

—¿Lo ves? ¡Ahí lo tienes! ¿Acaso es ése el gesto de un europeo? ¡Le da miedo mirarme! ¡Teme su propia imagen! ¡Quédate conmigo, Ada! No vamos a hablar de honor ultrajado, ni de todas vuestras estupideces de civilizados. Yo sé lo que es un deseo, una pasión que se lleva dentro desde la infancia. ¡Tanto mejor para ti si has podido beber hasta saciarte una vez!

—Yo nunca te he amado, Ben. Crees que nos parecemos a ti, pero eres tú quien ve su propia imagen en todas partes. Yo no necesito dinero, ni siquiera la felicidad. Me gustaría vivir de otra manera, ¿comprendes? Tener una vida que fuera algo más que el trabajo y el deseo, en la que hubiera calma, ternura, placeres tranquilos... Tú gritas, maldices, estás lleno de odio y heridas, te haces más daño a ti que a los demás, mi pobre Ben. Déjame. No te enfurezcas. ¡Por favor, escucha...!

Harry se apartó y se quedó callado de brazos cruzados. Pese a todo, aquellos dos hablaban el mismo idioma. Ada se había sentado al lado de su primo y le había rodeado con el brazo el largo y delgado cuello. Harry no oía lo que le cuchicheaba. Sus mejillas se rozaban y su pelo se mezclaba. Harry se tocó la cara, incómodo. Sabía que se parecía a Ben y, sin embargo —y ésa era su desgracia—, sólo se le asemejaba en algunas cosas, mientras que en otras era tan distinto a él como a la misma



Laurence. Pero nadie lo creería. ¡Jamás! Iría eternamente de los unos a los otros, rechazado sin cesar por todos, pagando una y otra vez por las faltas que cometiera Ben. Mas la amargura y la sorda resignación que sentía podrían haber sido las de Ben. Tenía la impresión de llevar un cuerpo extraño pegado al suyo, y de que no conseguiría arrancárselo más que desgarrando su propia carne.

—¡Déjelo, Ada! —gritó angustiado—. ¡Venga, se lo suplico!

Ella hizo ademán de levantarse. De pronto, Ben la agarró de los hombros. Harry creyó que iba a pegarle y se precipitó hacia delante; pero el otro se limitó a tomar entre las manos el rostro de Ada y mirarlo como se mira a un muerto antes de cerrar la tapa del ataúd. Luego la apartó, cruzó presuroso la habitación y desapareció.

**25**

Una mañana de mayo, dos años después, los hermanos Isaac y Salomon Sinner, propietarios del banco, esperaban a su sobrino Harry. Se levantaban tarde, se bañaban, duchaban y restregaban el frágil cuerpo con la toalla; confiaban sus uñas a manicuras tituladas, jóvenes atractivas a quienes ya no podían acariciar y contemplaban sólo de lejos, con una mezcla de satisfacción, irritación y pena, como se admiran las flores a través de un cristal. Se vestían cuidadosamente, con infinito esmero, y por último cubrían sus endebles esqueletos con batines que, por la riqueza del colorido y la elegancia del corte, eran la expresión más perfecta de dos artes conjugadas: la oriental y la londinense. Ese había sido siempre su objetivo más o menos consciente, su ambición: ofrecer en sus personas una sutil combinación de sobriedad y lujo. Hasta ahora, todo en ellos había sido como mandaban los cánones, sobre un fondo de singularidad, como el de ciertas maderas exóticas cuyo perfume nunca se desvanece. Se parecían extraordinariamente: delgados y frágiles, tenían setenta y seis años, el pelo cano y rizado, una tez que había pasado del tono cobrizo al amarillento y oscuras ojeras.

Habían trabajado mucho: cuando nacieron, su padre, el viejo y famoso Sinner, modelo e ídolo de los judíos ucranianos, aún no había amasado su fabulosa fortuna. Eran los hijos mayores, a quienes se debe acostumbrar al trabajo duro desde un principio; con los siguientes, se tendrá indulgencia, pero ellos están allí antes de que el exceso de seguridad y de lujo pueda malacostumbrarlos, ablandarlos. Son los delfines, y lo único que deben conocer de la vida son sus deberes como tales, no sus derechos. Habían dejado Rusia con pocos medios, porque el dinero ganado por su progenitor estaba siempre en juego, siempre en el aire, invertido y reinvertido con enorme buena suerte, pero también extraordinario riesgo. Casi en la misma medida que su propio padre, sabían que en caso de fracasar no podrían contar con nadie. Ciertamente, en Ucrania volverían a hallar techo y comida, pero no una participación efectiva en los negocios familiares: el viejo Sinner desafiaba a la muerte.

Sin embargo, habían triunfado en Europa. Habían fundado un pequeño banco, que al principio no había sido más que un lacayo de las lejanas y colosales empresas paternas, pero poco a poco había ido transformándose... ¡Sí, tenían derecho a mostrarse orgullosos! Era una empresa a la que en su día habían acudido reyes mendigando dinero. Gracias a sus esfuerzos, había crecido y prosperado, y ahora funcionaba sola, como un organismo humano. Los gemelos eran mayores; su presencia diaria, de dos a cuatro horas, en el inmenso despacho presidencial ya no tenía más sentido, más importancia real para la buena marcha de los negocios que la



del gran retrato paterno, del antecesor, que los observaba muy erguido desde la pared. Pese a ello, sus colaboradores más inmediatos los reverenciaban. Eran como venerables botellas cubiertas de polvo y telarañas, que aún inspiran respeto, pero que cuando se las despoja del precinto y descorcha, para servir el vino, al llevárselo a los labios uno comprueba al fin que los años, después de haberlo mejorado durante un tiempo, han podido con él, que ha perdido todo su bouquet y ya no sirve más que para tirarlo.

¿Lo sospechaban ellos? Harry era el único que se lo preguntaba a menudo. En aquel comedor, donde siempre entraba con incomodidad, como quien penetra en una necrópolis; en aquella inmensa sala con las paredes tan repletas de cuadros de incalculable valor que apenas se veía el hermoso púrpura del tapizado, siempre los encontraba sentados uno frente al otro en idéntica actitud: sosteniendo en las oscuras manos las tazas de café turco, que tomaban a pesar de su edad, las palpitaciones y los insomnios, enfundados en batines dorados y escarlata, como dos ídolos bárbaros. Sí, ¿acaso sospechaban que el poder efectivo se les escapaba? ¿Que se habían encerrado voluntariamente en un retiro en que sólo entraban aduladores y criados? ¿Que poco a poco habían perdido el contacto con el exterior? ¿Que vivían como si el mundo fuera el mismo que antes de 1914, y los problemas, similares? ¿Seguían confundiendo su somnolencia con la sabiduría, su cansancio con la prudencia, su falta de imaginación con la experiencia? Porque Harry estaba firmemente convencido de que carecían de imaginación. Puede que conocerlos desde la infancia le impidiera vislumbrar bajo su apariencia impasible aquel ardor de un alma insaciable que atormentaba a todos los Sinner en mayor o menor grado. La incompreensión entre generaciones alcanzaba en este caso su máxima expresión: para Harry, sus tíos ya no tenían nada humano; en cuanto a ellos, Harry era el heredero, pero al modo oriental, que no retrocedería ante nada para desposeerlos, pensaban. ¿Parecía desinteresado, indiferente? Sin duda a fin de engañarlos mejor. ¿Mostraba una especie de irónica aversión a los negocios? Así era como esperaba adormecerlos. Pero aún tenían suficiente fuerza para sujetar el poder en sus manos con firmeza. ¡Que esperara! ¡Que aguantara! También ellos habían tenido que aguardar a que su padre pasara a mejor vida. Habían esperado tanto que, cuando al fin se habían visto dueños absolutos de su fortuna, ya contaban cincuenta y dos años. Eso era, con toda certeza, lo que jamás le habían perdonado a Harry: siendo todavía un niño, había heredado su parte en los bienes del abuelo. Afortunadamente, eran sus tutores, y los hermanos lo habían recuperado todo. Más tarde, cuando llegó el momento de las cuentas de tutela, ¿quién iba a estar tan loco como para negar a aquellos dos famosos ancianos el derecho a custodiar un dinero del que con tanta habilidad se servían? Además, estaba el banco, que sería de Harry. Mientras tanto, los gemelos se rodeaban de un misterio impenetrable. Conservaban celosamente a sus espías, sus hombres de



confianza, toda una camarilla cuya función era mantener a su sobrino lo más apartado posible del manejo de los negocios. Dos viejos ídolos pintados, sí, pero a los que no se podían tocar so pena de ser acusado de locura y sacrilegio. Viejas manos frágiles y amenazantes a la vez. Su misma fragilidad resultaba peligrosa. ¿Cómo presentar batalla a aquellos ancianos entecos y delicados que, con sus vistosos batines, recordaban a mariposas muertas?

A Harry no le inspiraban aversión, como ellos creían. Los encontraba raros, irritantes y, a la vez, conmovedores. Con idéntico gesto friolero, le tendieron las puntas de los dedos. Isaac le indicó que se sentara; Salomon señaló al criado un pliegue de las cortinas que dejaba pasar un rayo de sol. Una vez alisado, una sombra rojiza, densa y suave como el vino o las rosas, bañó la sala. El sirviente reapareció en silencio con la bandeja de fruta que sus señores tomaban como desayuno para purificar su espesa sangre, condensada por la edad. Isaac se dejaba servir con olímpica serenidad, recibiendo de manos del criado la dorada y fresca uva en el extremo de las largas pinzas antiguas, como algunos pájaros de lujo aceptan el alimento en el pico. Salomon se mantenía más despierto; en él, la vida aún se manifestaba mediante gestos de impaciencia y desconfianza: seguía con los ojos los movimientos del sirviente y, con un fruncimiento de cejo, le hizo notar que dos granos de uva tenían unas manchitas rojizas. Apartó el plato, que desapareció al instante y fue sustituido por otro, una pieza de porcelana de un verde chillón que contenía unas fresas magníficas. Cada pieza del servicio era única y poseía un valor incalculable.

«Pobres pájaros viejos...», pensó Harry.

Rechazó la fruta y el café, pero esperó pacientemente a que sus tíos acabaran de desayunar, porque sabía que no podía hablárseles con posibilidades de que escucharan hasta que su caprichoso apetito quedaba satisfecho. Ahora Salomon estaba comiéndose con parsimonia sus fresas rebozadas en azúcar. Se diferenciaba de su hermano por la forma de la nariz, de arista muy delgada y como partida en dos sitios, y punta roma que casi tocaba los labios, mientras que la de Isaac colgaba pesadamente, como una fruta exótica. Ambos tenían ojos grandes y penetrantes, como los jóvenes en las miniaturas persas. Parecían percibir la impaciencia de Harry, aunque éste, instruido por la experiencia, la disimulaba cuanto podía, de modo que alargaban todo lo posible el lento y ceremonioso desayuno. Por fin, Salomon se limpió los dedos con la servilleta de linón verde e Isaac indicó que le acercaran las cartas elegidas y ya abiertas por los secretarios, y amontonadas por éstos en una pequeña pila, como tostadas en su bandeja de oro.

Era el último rito. Sosteniendo el cortaplumas a la altura de los ojos con una mano, Isaac echaba un vistazo a las hojas ya leídas, de las que todo lo que resultaba



importante, vital, ya había sido extraído, y volvía a dejarlas caer con un suspiro indiferente. Entretanto, Salomon hojeaba los periódicos matutinos.

En aquel comedor cerrado, bañado por una sombra rojiza, aspirando el olor frutal y una especie de vago aroma a especias y jengibre que parecía envolver a sus tíos, Harry debía luchar contra una peculiar modorra. La había sentido muchas veces. La presencia de los ancianos actuaba como un narcótico; sus pausados movimientos y mesuradas palabras desgranaban una especie de encantamiento. «Somos muy viejos, somos muy sabios —parecían decir—. ¿Qué crees poder enseñarnos? Fuimos testigos del comienzo de las cosas y lo seremos de su final.»

—Tío —dijo, más deprisa y nervioso de lo que le habría gustado (instintivamente, se dirigía siempre a Salomon, que conservaba algún rasgo de humanidad)—, ¿es cierto que hemos añadido otros dos países a la lista de créditos concedidos por ustedes a diversos gobiernos en los últimos años?

Ninguno de los dos ancianos respondió. Salomon dobló *Le Figaro* con infinita lentitud y lo dejó sobre el plato vacío. Inexplicablemente, en aquel comedor cerrado con tanto esmero zumbaba una abeja, embriagada por el aroma de las fresas. Isaac, que seguía teniendo el cortaplumas en la mano, lo agitó con nerviosismo para espantarla.

—Son las flores de la terraza lo que las atrae. No te lo creerás, pero ayer oí con toda claridad el zumbido de un mosquito en mi dormitorio, junto a mi cama. ¡A principios de mayo! ¡En París!

—¿Serás capaz de ahuyentarla tú, que eres joven y ágil? —preguntó Salomon, volviéndose hacia su sobrino, y en el tono impregnado de sorna y melancolía con que solía dirigirse a Harry, como si con cada palabra pensara: «En tu opinión, ya no valemos más que para arrojarnos al fuego, ¿no es así, mozalbete? ¡Bueno, pues enciéndelo y atiza las llamas, pero no te sorprendas si aún nos resistimos!»

—No la toque; no le hará nada —respondió Harry con sequedad—. No me ha contestado —le hizo notar tras un instante de silencio.

—¿Qué habías dicho, mi querido muchacho? Disculpa, pero no lo he oído bien.

Harry se puso en pie y empezó a pasear por el comedor, seguido, por las suspicaces miradas de sus tíos.

—Me preocupa la actividad del banco —explicó al fin—. Desde hace algún tiempo, se ha vuelto febril. Diría que hasta los beneficios son inquietantes, fuera de las proporciones humanas.

—¿Desde cuándo se quejan los jóvenes al ver que una vieja empresa, que están



destinados a heredar, se adapta a las condiciones modernas, busca la riqueza allí donde se encuentra?

—He estudiado la lista de los países a los que, de una forma u otra, hemos prestado nuestra contribución: es abrumadora. Están todas las regiones de Europa y Oriente, sobre todo de Oriente, y eso es lo que me inquieta.

—¿Y también has analizado las ventajas que eso nos reporta? —le preguntó Isaac con suavidad—. Hemos absorbido entidades enormemente importantes. Los gobiernos a los que hemos sostenido nos han proporcionado a cambio riquezas sólidas, apreciables... Déjalo en nuestras manos, Harry. Hasta ahora no has tenido motivos para quejarte de la manera como hemos dirigido la entidad.

—No es de ustedes de quienes me quejo. Pero desde hace dos años han depositado toda su confianza en un aventurero de tres al cuarto, salido de no se sabe dónde... Y todos esos créditos extranjeros, ese cúmulo de operaciones, llevan el sello de un espíritu que no es el nuestro...

—¿A quién te refieres? —le preguntó Salomon—. El espíritu de la familia, que tú mismo invocas, no ha podido encontrar un vínculo más adecuado que el alma de tu primo. Y permíteme decírtelo, Harry, si tu abuelo levantara la cabeza, se vería reflejado en él, no en ti.

—Pero, en definitiva, hasta ahora no habíamos necesitado a nadie para vivir y prosperar.

—No, y ni los métodos ni la actividad de la firma han cambiado tanto como crees, Harry. Cuando aún no habías nacido, ya prestábamos fortunas a los reyes.

—Pero no así, no así —respondió él negando con la cabeza con impaciencia—. No me traten como a un niño, sé de qué estoy hablando. Desde hace dos años, estamos en todas partes a la vez, en los yacimientos de oro y las minas de hierro, en los cañones y el platino... Igual que los intermediarios de la ciudad baja, que lo mismo compraban y vendían pasas de Esmirna que seda del Turquestán. Y soy yo, y nadie más que yo, quien un día tendrá que llevar sobre las espaldas ese descomunal castillo en el aire.

—Unas espaldas. muy delicadas, ciertamente —ironizó Isaac—. Pero confiamos en vivir todavía unos años y no faltar hasta que nuestro heredero se haya mostrado capaz de sucedernos.

«Me pregunto si tras esas frases ampulosas que me sueltan, se ríen de mí —se dijo Harry—, si las emplean por desdén, como quien no se molesta en dar una flor rara a un niño, sino que le pone en las manos las más corrientes y fáciles de coger, o si por el contrario son sinceros. Pero de lo que no cabe duda es de que, para llegar al



fondo del asunto y salvarlos, y salvarme yo de paso, habría que aniquilar sus viejos cuerpos. Y mientras que mi primo Ben no retrocedería ante esas medidas extremas, sin duda yo soy demasiado civilizado para adoptarlas.»

—Por lo visto, la familia Delarcher se preocupa mucho por nosotros —comentó Salomon—. Tu suegro me habló más o menos en los mismos términos que has empleado tú.

—¿Y qué le respondió?

Salomon sonrió; sus sonrisas aparecían y desaparecían como pequeñas ondas en el agua oscura de un estanque.

—¿Para qué iba a responderle?

Harry se lo imaginaba perfectamente frente al viejo Delarcher. Creía ver su fugaz sonrisa y aquel gesto suyo de ponerse la mano ante los ojos a modo de pantalla, como para protegerlos de una luz demasiado intensa.

—Ese ambiente de secreto que se respira alrededor de ustedes —murmuró— se halla en el origen de muchos odios.

Su tío se irguió en el asiento. Por un segundo, una expresión de orgullo e ironía dotó sus facciones de una juventud ilusoria.

—¿Crees que me asustas? ¡Pobre muchacho! Hasta ahora, ¿he conocido otra cosa que el odio? Es uno de los elementos que han modelado mi vida. ¿Le da miedo el agua al pez?

—Realmente —señaló Harry de pronto—, creo que hoy están ustedes reviviendo, por persona interpuesta, sus experiencias más hermosas...

No respondieron. No les gustaba que los calaran.

El sol se había ocultado. El lujoso y asfixiante comedor se oscureció y se apagaron hasta los plateados destellos de la cafetera. A una señal del viejo Salomon, el criado se acercó y ayudó al anciano a levantarse. Uno tras otro, los tornasolados batines desaparecieron, y Harry se quedó solo.

**26**

—Lo mejor es que nos separemos —dijo Laurence.

La discusión tras las puertas cerradas había durado todo el largo domingo de primavera; una pelea conyugal de lo más triste, sin gritos, ni lágrimas ni la menor esperanza de que el otro comprendiera. Los criados, que estaban al acecho, no oían más que un murmullo y, de vez en cuando, la temblorosa y monótona voz de Laurence al repetir:

—Es imposible. Lo mejor es que nos separemos.

Lo habían decidido de común acuerdo meses antes, al enterarse Laurence por sus hermanas mayores, mujeres de las que huelen una aventura a la legua, como un perro de caza las perdices, de que Harry estaba viéndose con «esa chica». Pero a continuación Laurence se había echado a llorar, mientras cubría a su marido de reproches; él se había defendido sacando a la luz agravios pasados; en definitiva, la discusión había sido de esas de las que se dice, como de una enfermedad grave pero no mortal, que uno se recupera. Y en efecto; al día siguiente se había producido una falsa reconciliación. Sin embargo, así como hay enfermos que, creyéndose curados, conservan en su organismo gérmenes letales, entre los cónyuges había persistido una desconfianza, un malestar que poco a poco había ido emponzoñando cada hora que pasaban juntos.

El día anterior, cuando Laurence le había preguntado si quería acompañarla en un crucero al que la habían invitado, Harry había respondido que no.

Desde su primera escena a propósito de Ada, no habían vuelto a nombrarla, y Harry se percataba ahora de que su mujer no había perdido la esperanza de separarlo de la joven.

Ignoraba cuánta fuerza tenía esa esperanza. Laurence no era como Ada, que se destrozaba los puños aporreando una puerta cerrada a cal y canto, sino como sus abuelas de provincias, que zurcían con paciencia un encaje sin dejarse desanimar, aunque otros dijeran que estaba hecho jirones. Sabían que, con habilidad y largas noches en vela, todo se repara, se limpia, vuelve a parecer nuevo; pero no hay que escatimar ni tiempo ni esfuerzos. Harry tenía la sensación de que aquella relación iba a romperse o estabilizarse en la indiferencia, pero lo cierto era que, como amargamente se quejaba Laurence, Ada había ocupado su lugar. A Laurence no la asustaba la amante, sino la amiga de su marido. Cuando éste regresaba a casa, no lo hacía como el hombre agotado por la pasión que recupera la tranquilidad, la insipidez conyugal (eso se lo habría perdonado: ¿acaso no había visto a su madre



recibir del mismo modo a su padre más de una vez?), sino como quien ha dejado la calma del puerto para adentrarse en un mar embravecido. Y eso no lograba entenderlo. Después de la primera y única escena, ¿no se las había arreglado para no levantar nunca la voz, para jamás quejarse de que la tenía abandonada, para no exigir garantías ni promesas? Pero cuando Harry estaba junto a ella siempre parecía temer no se sabía qué golpe, qué herida. Hasta su cara, más serena y pálida cuando dejaba a Ada, recuperaba su expresión sombría y agitada tras unos instantes en el domicilio conyugal.

Crear en la victoria habría supuesto la salvación de Laurence; pero le era imposible.

Un incidente ocurrido ese mismo día, aunque sin la menor relación con la aventura de Harry, había puesto fin súbitamente a aquel largo, paciente y vano trabajo. Los primeros jueves de cada mes, llevaban al niño a casa de la anciana señora Sinner. A veces, Laurence, que tenía un acusado sentido del deber, iba a recogerlo. Ese día había encontrado a la anciana desesperada: el niño se había caído, le sangraba una rodilla y la niñera suiza se había limitado a limpiarle la pequeña herida con un poco de agua, rechazando con risa desdeñosa todos los desinfectantes, polvos y pomadas que la asustada abuela le ofrecía. El pequeño había acabado asustándose a su vez y se había encastillado en una especie de ataque nervioso.

—Lávele la cara y las manos —ordenó Laurence a la suiza—, lléveselo a casa y esta noche déjelo sin postre, para que aprenda a no llorar por tonterías.

Una vez se hubo marchado el niño, madre y abuela se quedaron solas frente a frente, en silencio.

—Le estaría muy agradecida, señora —dijo al fin Laurence con frialdad—, si no estimulara la tendencia del niño a creerse peor de lo que está. Ya es bastante sensible.

«Mala madre... —pensó la anciana temblando de ira, mientras lanzaba a Laurence una mirada tan penetrante como una daga—. ¡Maldita! ¡Ay, si pudiera quitarte a mi querido nieto y perderte de vista para siempre!»

—¿No es demasiado pequeño para educarlo con tanta severidad? —preguntó, sin embargo, en un tono almibarado que sacaba de quicio a su nuera.

—No opino así —respondió Laurence con sequedad.

—A su edad, su padre...

—Usted lo crió según las costumbres de su país y su raza, pero...

El alargado rostro empolvado, demasiado blanco, de ojos negros, se crispó de



cólera.

—¡Lo crié para ser feliz! ¡Y no lo es!

—Quizá —respondió Laurence con suavidad—. Pero yo quiero educar a mi hijo en la entereza, el sacrificio, el dominio del alma y el cuerpo, ¿comprende?

«Sí —pensó la anciana—, es muy fácil hablar así, proyectar ese futuro para tus hijos cuando sabes que nada ni nadie te los tocará. Pero yo... En primer lugar, tuve que salvaguardar la vida del mío. Y lo más importante: antes que yo, miles de mujeres de mi sangre tuvieron que proteger por encima de cualquier cosa a sus hijos de los malos tratos y el hambre, del odio injusto y las epidemias, de la pobreza... Estamos marcadas, asustadas para siempre. Pero ¿cómo va a comprenderme esta extranjera, hija de una raza privilegiada?»

De pronto, una extraña debilidad se apoderó de Laurence. Nunca llegó a comprender por qué confesó lo que hasta entonces no había confiado ni a su propia madre a aquella mujer, a quien odiaba con toda el alma.

—Señora, no sé si lo que voy a decirle la apenará o, por el contrario, constituirá una alegría para usted, puesto que nunca me ha querido. Voy a dejar a Harry. —El rostro de la anciana adoptó una expresión de asombro, pero tan estudiada, un asombro tan teatral y falso que Laurence, pálida, le preguntó—: ¿No le sorprende? ¿Ya lo sabía? ¿Se lo dijo Harry?

—¡No, no! ¡Lo juro! ¡Que me castigue Dios si no es verdad! Que no vuelva a ver a mi hijo si miento... —se defendió en este caso la anciana con sinceridad.

—Pero estaba enterada, ¿verdad?

—Sí —murmuró la señora Sinner—. Como comprenderá... Es mi hijo. ¿Qué podría esconderme? Su rostro lo dice todo, aunque él no quiera.

—Entonces, sabe que Harry... que esa mujer...

—Sí, sé que...

—¡Estará contenta, viéndolo al fin con esa mujer, que es de los suyos!

—¿Contenta? ¿Yo? —Indudablemente era sincera, pues temblaba de rabia—. ¡Una chica de la ciudad baja! ¡Es lo peor que podía pasar! ¡Lo que temí toda mi vida! ¡Siempre quise salvarlo de esa miseria, de esa desdicha, de esa maldición! Y ahora ha vuelto a caer entre ellos...

—¿Entre quiénes?

—Esa gente... esos aventureros. Traen consigo la desgracia, se lo digo yo. Pero no se puede escapar de ellos. Nos arrastran consigo.



Mientras discutía con Harry, Laurence se acordaba de esas palabras. Durante la visita a su suegra, había comprendido meridianamente que era inútil defenderse: lo que empujaba a su marido hacía aquella chica no era ni la pasión ni su familia; se trataba de una oscura llamada de la sangre contra la que ella nada podía hacer. Sus esfuerzos por reconquistarlo serían vanos. Pese a todas las bendiciones civiles y religiosas, no era su marido, sino el de otra, a la que estaba destinado desde el principio de los tiempos. «No puedo hacer nada», pensó.

Fue entonces cuando dijo:

—Lo mejor es que nos separemos.

Detrás de las puertas y los gruesos tapices, los criados no oían nada. Pero, a raíz del denso y fúnebre silencio que se hizo súbitamente, comprendieron que la separación se había consumado y se retiraron en silencio.

**27**

Aparentemente, la ausencia de Ben no había cambiado nada en la vida de Ada, que se había negado a dejar aquel piso, aunque a Harry le parecía un cuchitril, y a aceptar dinero de él.

Había vendido algunos cuadros; también dibujaba caricaturas para revistas ilustradas. Su nombre empezaba a despertar curiosidad, pero Ada desalentaba a los esnobs, los curiosos, los entusiastas profesionales y los especuladores de nuevos talentos. Le habría parecido indigno aprovechar su relación con Harry para mostrarse en sociedad, hacer contactos o ganar dinero. En el fondo, seguía siendo, y siempre sería, una niña tímida que sólo se sentía a gusto en una soledad montaraz. Laurence tenía razón: Ada no era femenina; no poseía ninguno de los defectos de las mujeres ni ninguna de sus virtudes. No sabía convertir su modesta casa en un lugar acogedor ni crear alrededor una atmósfera agradable y tranquila; por el contrario, el aire que respiraba parecía cargado de una tensión sorda y, por extraño que pueda parecer, ante todo era eso lo que atraía a Harry. Ada le proporcionaba un alimento del que hasta entonces su vida había carecido, pero que necesitaba incluso sin saberlo: un ardor profundo, una pasión interior que acentuaba las menores alegrías y conseguía sacar de las decepciones y las penas no se sabía qué amarga y salvaje dicha.

Él admiraba aquella austeridad voluntaria, aquel desdén hacia el mundo exterior, tan poco comunes en lo que hasta entonces había visto en su entorno, en su familia; apenas reconocía en Ada la espesa y rica sangre que corría por las venas de los suyos. Sin embargo, era la misma; pero en ella había conservado una vivacidad, una fluidez que constituían, pensaba Harry sonriendo, las cualidades de un animal todavía sin domesticar, salvaje.

Igual que Ben, podía privarse a voluntad de comer o dormir. No necesitaba relaciones, vestidos ni un decorado perfecto, como Laurence.

—Vives como en una isla desierta —le decía Harry.

—Nunca he vivido de otra manera. ¿Para qué aferrarse a lo que hay que perder?

—Pero ¿por qué hay que perderlo, Ada?

—No lo sé. Es nuestro sino. A mí, siempre me lo han arrancado todo.

—Entonces, ¿yo? ¿Y yo? ¿Me amas, a pesar de eso? ¿Te importo?



—Es distinto. He vivido sin verte, casi sin conocerte, y eras tan mío como ahora. Yo, que temo la desgracia de forma constante, no tengo miedo a perderte. Puedes olvidarme, abandonarme, dejarme, pero siempre serás mío y únicamente mío. Te he inventado yo, mi amor. Eres mucho más que mi amante; eres mi creación. Por eso me perteneces, casi a tu pesar.

Estaban tumbados en el pequeño canapé de dril gris, en la habitación de Ada. Sobre la mesa, en un frutero de tosca porcelana, había unas frutas que ella acababa de pintar. En aquella habitación casi desnuda, austera como una celda, las pocas pertenencias de Harry parecían venidas de otro mundo: libros lujosamente encuadernados, una manta inglesa de viaje a rayas marrones y plateadas, una radio estadounidense del tamaño de una caja para cigarrillos y las maravillosas flores que le enviaba a Ada todos los días y que no disponían más que de floreros corrientes. Lo demás seguía siendo lo de siempre: la mesa de madera blanca, una silla medio rota, la vieja maleta de Ben, que en su día había hecho el viaje de Rusia a Europa... La abombada tapa estaba adornada con herrajes y el interior con las imágenes de flores, mariposas y pájaros que Ada y Ben habían pegado de niños.

Ada se había tapado con la manta y reposaba con la mejilla apoyada en el brazo desnudo de Harry. Hablaban en voz baja. En la habitación hacía frío, pero la gruesa cubierta y el calor de sus cuerpos pegados creaban una agradable tibieza casi animal cuya tranquila paz nada podía igualar, se decía él. Recordaron los paseos en trineo bajo un aire helado, en los que, arrebujado en las pieles, uno se siente sosegado, aletargado, penetrado de calor hasta los huesos.

—Cuando viajemos juntos... —dijo Harry.

—¿Juntos? —lo interrumpió ella—. Pero... ¿podremos? —¿Te gustaría?

Los negros ojos de Ada relucieron y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—¡No, no, no puede ser! ¡Oh! ¿Por qué no iría a tu casa, como había soñado tantas veces, a tu lujosa mansión, antes de que te casaras? Te habría gustado... Te habrías venido conmigo... Pero ¡no, no, para eso también era demasiado tarde! ¿Por qué no seguiste siendo parecido a Ben, parecido a nosotros? ¿Por qué naciste rico? ¿Por qué eres prisionero de muebles, cuadros, libros, cuentas bancarias y otras mil cadenas? Pero ahora yo me he malacostumbrado —murmuró Ada tras unos instantes de silencio—, me he dejado contagiar asimismo por el ambiente de felicidad que se respira en este país. En unos cuantos años, empezaré a querer, como la mayor felicidad posible en este mundo, tener una batería de cocina, o un armario repleto de vestidos... Ahora, ya deseo...

—¿Qué?



Ada se limitó a sonreír. Harry le rodeó el cuello con el brazo.

—¿Qué pudorosa eres, Ada! Pudorosa y salvaje, de cuerpo y alma...

—¿Sabes? —dijo ella tímidamente—. Ahora que ha llegado la primavera, es menos violento; pero el invierno pasado... Hay una época en que la noche cae tan pronto... A veces, a las cuatro, como llevaba trabajando desde la mañana y luego iba a verte, me tumbaba aquí un poco, para no parecerte demasiado cansada y huraña... Pero a esa hora los niños salían de la escuela, y yo pensaba, no podía evitar pensar en todas las mujeres que estarían yendo a recoger a sus hijitos, apretando el paso bajo la lluvia, en la oscuridad. No te imaginas lo que habría dado por estar en su piel... No te lo imaginas —repitió angustiada—. Y del mismo modo que de niña me imaginaba mi amor por ti, ahora, a las cuatro, me imagino que he de apresurarme, que no debo olvidar las rebanadas de pan con mermelada de la merienda, ni la capucha los días de lluvia, y que vuelvo a casa con un niño de la mano. Pero creo que es imposible. Dios no me ha hecho para eso, sino para vivir de espaldas a una verdadera existencia de mujer, para encontrar la alegría y el dolor lejos de los caminos habituales de las mujeres.

—No. Hasta ahora, estabas esperándome. Pero ahora he llegado junto a ti y, si quieres, volveremos a empezar juntos —susurró Harry.

Ada comprendió lo que había querido decirle y se estremeció.

—Ella lo sabe, ¿verdad?

—Desde hace tiempo.

—¡Oh, Harry! ¿Va a dejarte?

—Nos separaremos sin peleas ni lágrimas.

—Pero ¿y tu hijo?

—Laurence no pretende privarme de él. Lo veré a menudo. Se quedará conmigo durante las vacaciones.

—¿Vais a divorciaros?

—Sí, y me casaré contigo.

—¿Me ves presidiendo tu mesa, recibiendo a tus amistades, escuchando a tus tías hablarme de pintura? —replicó ella, con cara de susto—. ¿Me imaginas encasquetándome esos sombreritos ridículos adornados con flores, que parecen platillos de café? —Pero no reía, sino que le temblaban los labios y los ojos se le humedecieron—. Tengo miedo... miedo de arrastrarte conmigo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó él con dulzura.



—En mis sueños, entraba en tu casa —explicó ella, tapándose la cara con las manos—. Estabas sentado con tu madre y tus tías, rodeado, protegido por ellas. Pero yo me acercaba por detrás sin que nadie me viera, te cogía del pelo... Lo llevabas largo y con bucles, como una niña, Harry...

—Sí, ten piedad —pidió él sonriendo—. No resucites ese horrible recuerdo...

—Te cogía del pelo, como Dalila a Sansón, y te decía: «¡Ven!» Y tú lo dejabas todo y me seguías. Pero ¿adónde me seguías? Eso es lo que nunca supe. Despertaba temblando de felicidad. Ahora lo sé. No me elevaba hacia ti. ¡Te derribaba, te hacía caer a plomo hacia mí!

—Ada, antes de ser de nadie, ya te pertenecía. Laurence no se equivocaba: me habría perdonado una aventura con una mujer parecida a ella, pero lo que no me perdona es esto, eres tú. No está en nuestra mano deshacer lo que hizo alguien distinto a nosotros.

**28**

Ese día de finales de agosto, Ada estaba sola. Los trámites para el divorcio se habían iniciado. Era increíble que su existencia fuera a cambiar de aquel modo, que fuera a convertirse en la mujer legítima de Harry, y sin embargo... En esta vida, ¿no le había caído todo encima como el rayo cae del cielo? Todo, felicidad y desgracia. Porque a algunos Dios les da caminos seguros y tranquilos, mientras que a otros se les abre a cada paso un precipicio bajo los pies, se decía Ada mientras, del fondo del pasado, regresaban a su mente las palabras de su padre y su tono triste y burlón: «Pero Dios sabe lo que hace. Y a esos desdichados les da pies ligeros y ágiles, que los salvan al borde del precipicio. La tormenta les viene encima, pero no los mata. Y también les reserva grandes alegrías igual de inesperadas, casi igual de terribles que los desastres.»

Llamaron a la puerta. Sólo podía tratarse de Harry, que acababa de marcharse. Sin embargo, al abrir se encontró con Ben; al parecer, el mismo Ben que se había ido hacía varios años. Ni el tiempo ni el trabajo ni el cansancio habían hecho mella en él. Siempre había parecido obedecer a leyes que no eran las del común de los mortales: una decepción lo envejecía; un instante de esperanza le devolvía la juventud. Ágil, escurridizo, furtivo, silencioso como un fantasma, más que entrar, se deslizó en la habitación. «La verdad es que está igual que siempre», pensó Ada de inmediato. Igual que cuando volvía de una de sus expediciones a la ciudad baja, de una salida nocturna al río para pescar furtivamente...

Como entonces, Ada se abalanzó sobre él, lo agarró del brazo y lo zarandeó.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a despedirme —anunció Ben.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿Qué has hecho?

Él había cruzado la habitación y se había sentado en la cama.

—Han puesto una denuncia contra mí —explicó y, posando la cabeza en la almohada, cerró los ojos unos instantes.



—¿Sólo una?

—Siempre has sido muy ocurrente, pequeña —replicó sonriendo.

Ada le agarró la mano y tiró de ella.

—¡Bueno, pues vete, corre, huye! ¿A qué esperas?

—A la gente no la detienen por la noche. Además, antes de que se ponga en movimiento todo, su pesada maquinaria policial, administrativa, judicial, estaré muy lejos...

—Pero ¿qué has hecho? —insistió ella en un tono de asustada súplica, mientras Ben se había levantado y recorría la habitación abriendo y cerrando cajones —. ¿Qué buscas, dinero? —No hubo respuesta—. ¿Tienes hambre?

—No. Sólo sed. Dame de beber, me muero de sed. —Ella le llenó un vaso de agua—. Ponme una copa de vino, Ada.

—Me parece que ya estás borracho...

Ben no le hizo caso. Había encontrado un poco de vino blanco, que mezcló con el agua, y se lo fue bebiendo a pequeños sorbos, de pie.

—¿No llevas equipaje?

—No.

—Como en otros tiempos —murmuró ella—. Tres camisas y un impermeable, y listo para partir, rápido como el viento, con el pasaporte en el bolsillo...

—¿Y por qué iba a cambiar? —replicó Ben con brusquedad—. Y a ti, la amante del rico Sinner, vuelvo a encontrarte aquí... —Y tras un instante de reflexión, añadió —: ¿Sabes que no soy el único que se va?

—¿Qué quieres decir?

—Que alguien, que desde luego no se lo espera, alguien que en estos momentos duerme en una cómoda cama francesa, haría bien en imitarme mañana mismo, esta misma noche, si no quiere acabar como yo.

—¿Estás loco? ¿Has bebido?

—No estoy loco ni borracho. Pronto sabrás a lo que me refiero.

—¿Has conseguido mezclar a Harry en tus turbios negocios, en tus sucios y malditos tejemanejes? —le gritó Ada.

—Efectivamente.

—¿A Harry? Pero... ¡es imposible! ¡Entre tú y él no hay nada en común!



—Entre él y yo no hay nada en común, pero entre sus tíos y yo, entre su banco y yo, hay muchas cosas muy desagradables y muy penosas para él.

—Pero ¿qué, demonios? ¿Qué?

—Lo leerás mañana en los periódicos.

—¡Dímelo ahora mismo! ¡Dímelo, maldito! —gritó Ada, arrojándose sobre él y echando chispas por los ojos.

—Se trata de la quiebra del banco de los Sinner, mantenida en secreto hasta hoy, y que se sabrá mañana, con todas las consecuencias habituales: juicios, escándalos, indignación popular, etcétera. —Sus largas y ágiles manos, que nunca descansaban, dibujaron en el aire un arabesco, una extravagante red tan compleja como un encaje, que siguió con los ojos sonriendo—. Ya sabes que todas las combinaciones complejas e ingeniosas forman un tinglado muy leve y frágil, que se viene abajo al primer golpe. Y en nuestro caso tuvimos una mala racha. ¿Qué quieres? Antes sólo quebraban los particulares. Nosotros topamos con gobiernos insolventes. Fueron desinflándose uno tras otro, y a cada bancarrota la seguía alguna revolución, un cambio de régimen o una guerra, y nosotros nos quedábamos con un palmo de narices, con las minas inundadas, las fábricas destruidas y, las compañías ferroviarias nacionalizadas. ¡Menudo año! He vivido más en estos últimos doce meses que en doce años. Hice cuanto pude... —Se interrumpió y la miró—. Sí, sé que lo has adivinado: no retrocedí ante nada. Quería ganar tiempo. En partidas como ésta, en el fondo todo se reduce a aguantar tanto como se pueda. Se hace un agujero para tapar otro, hasta que todo está minado y salta por los aires... o se salva gracias a un solo golpe de suerte. Me acusan de falsificación. —Se encogió de hombros—. Tuve que mantener el tipo ante los competidores y ante los Sinner. Durante los seis últimos meses no me quedó más remedio... sí, exactamente... no me quedó más remedio que imitar sus firmas. Era indispensable. El caso es que ciertos documentos que figuran en el activo... Tuve que retocarlos un poco... cambiar las fechas para dar largas a los acreedores. Con audacia, guardando el secreto durante unos meses, todo habría podido salvarse. Las revoluciones acaban. Los regímenes cambian. Las riquezas naturales con que contaba siguen ahí. Sólo hace falta no dejar de sobornar a la gente, y eso sale caro. Para mí y para ellos... Uno, un chico que trabajaba conmigo, se suicidó. Crees que haces malabarismos con los números y que te obedecen; pero siempre hay un elemento humano, inevitablemente imperfecto, con el que hay que contar: las pequeñas ambiciones de las personas, sus patéticos amores, sus miedos... El muy idiota perdió la cabeza y se mató. Antes de morir, le escribió una carta al fiscal. Así se descubrió todo. En cuanto a los Sinner... ¿Estaban al corriente? —murmuró lentamente, esta vez dirigiéndose no tanto a Ada como a sí mismo—. No, seguramente no, al menos al principio. Y luego callaron, porque comprendían cuánto



se podía ganar. Se exaltaron. Huyeron hacia delante, sin ver nada, olvidándose de los obstáculos, como caballos viejos encerrados en la cuadra demasiado tiempo y que, al volver a oír los gritos y los chasquidos del látigo, corren hasta desplomarse muertos —observó Ben riendo con dureza—. Pero al menos los hice correr a gusto. Se lo pasaron bien conmigo. No puedes imaginarte lo que les he hecho ganar, y mucho menos lo que podría haberles hecho ganar. Tenían un banco antiguo, famoso, grande, pero carente de fuerza, lento, torpe, anquilosado, moribundo, ¡un cadáver! ¡Quien ha conseguido que reviva he sido yo, no lo olvides!

—Y esos ancianos, los tíos de Harry, ¿te hicieron caso?

—¡Ah, es que apelaba a algo en su interior que es aún más viejo que ellos! — señaló Ben en voz baja.

—¿Y Harry?

—Lo arreglamos para que no se enterara de nada.

—Pero entonces, ¡no es responsable! No puede pagar por lo que habéis hecho vosotros.

—Eso se verá en los tribunales, pequeña —ironizó Ben.

—¿Qué tribunales?

—Pues... habrá una instrucción, jueces, una investigación... ¡Yo qué sé!

—¡Es decir, un escándalo! —Él no respondió—. Eres un canalla. Eres la persona a quien más odió y desprecio en el mundo, ¡la peor! Nunca serán lo bastante severos contigo. Por tu culpa, unos inocentes se verán perseguidos, unos desventurados morirán... Un hombre honrado se arruinará, quedará desacreditado gracias a ti. Mientras tanto, tú desapareces, te vas tan tranquilo, con las manos en los bolsillos y los bolsillos llenos...

—En eso te equivocas. No tengo un céntimo.

—¡Eso cuéntaselo a otros! —replicó Ada con dureza.

—Te lo juro. ¿Por qué iba a mentirte? No tengo nada. ¿Es que crees que pensaba en juntar calderilla, como una vieja campesina de Auvernia o Flandes, con tantísimos millones cambiando de manos a mi alrededor, millones producidos por mí, con el único esfuerzo de mi inteligencia y habilidad? No te rías, Ada. El hecho de que me hayan vencido no es razón para que me niegues la inteligencia, el talento, tan brillante como pueda ser el tuyo, y de la misma clase. En el fondo, ¿qué es tu pintura? Tú quieres obligar a la gente a mirar a través de tus ojos y yo también: deseé someter el mundo a mi imaginación, a mi pasión. Eso era lo que me divertía, eso, y no llenarme los bolsillos o lograr el éxito para el banco de los Sinner.



Había pronunciado ese apellido con tal odio que de pronto Ada gritó:

—¡La verdad es que has querido hundir a Harry! ¡Vengarte de Harry porque te dejé por él! Puedes estar orgulloso... ¡No eres más que un pobre crío celoso! ¡Y como el marido más burgués, como cualquier tendero engañado, has querido vengarte!

—No, no —respondió suavemente, negando con la cabeza—. El juego al que jugaba era tan excitante, tan apasionante, que hasta me había olvidado de Harry... Pero que se vea mezclado en este asunto me consuela. Desde hace cuarenta y ocho horas, desde que sé que va a estallar el escándalo, desde que tiemblo (porque delante de ti fanfarroneo, Ada, y tú, que me conoces tan bien, no puedes o no quieres darte cuenta de ello, para conservar intacta tu dureza, para no apiadarte de mí), desde entonces sólo me conforta una idea: por fin la suerte de Harry será parecida a la mía. ¿Por qué no? Somos primos, llevamos la misma sangre, tenemos idénticos rasgos... ¡Ah, cómo me alegraré al ver nuestras fotos una al lado de la otra! Harry Sinner y Ben Sinner. Mañana, la gente que se las encuentre en los periódicos de la mañana no se equivocará, no; dirá: «Dos sucios extranjeros, dos sucios judíos. Sin duda, hermanos... Fíjate: los mismos ojos falsos, la misma boca ávida... ¡Qué feos! ¡Qué bien van a estar en la cárcel esos dos!» —Ben la vio palidecer y se inclinó hacia ella—. Pero no tengo tanto interés en que vaya a prisión, ¿oyes? Puedes avisarle, y que haga como yo. ¡Que se vaya! ¡Que desaparezca! Va a quedarse sin nada, ¿sabes? Será el final del Banco Sinner. Podrá ir de país en país, vender y comprar baratijas, cambiar moneda, trabajar de viajante, pasar encajes falsos o munición de contrabando, según la situación y las necesidades de la clientela... Y dentro de diez años, ya veremos si alguien, incluso una mujer enamorada como tú, Ada, es realmente capaz de distinguir entre él y yo.

—¡Jamás! ¡Eso es imposible! ¡Nunca se parecerá a ti!

—No. Él se hundirá, mientras que yo saldré a flote. —Sonaron las cuatro. Ben dio un respingo—. Me voy.

Temblorosa, pálida, con los ojos centelleantes, Ada masculló:

—Sí, vete, te lo suplico, porque me doy miedo a mí misma... tengo ganas de matarte...

—Ven conmigo.

—¡Estás loco, acabo de darme cuenta! ¡Loco!

—Él no es para ti, Ada, ni tú para él. Ven conmigo, que te conozco, que soy casi tu hermano... ¿Qué es él? ¡Prácticamente un extranjero para ti! ¡Ven! —Su apasionamiento había desaparecido. La forzada exaltación que lo había sostenido



empezaba a remitir. Hablaba suave, sencillamente, sin mirarla ni hacer el menor movimiento hacia ella—. Piensas que se irá y lo seguirás. Pero no, se quedará, esperará con la cabeza gacha. Soportará el castigo inmerecido. No tendrá el coraje de dejarlo todo, de marcharse, como hago yo. Yo aún experimentaré otras alegrías, y otras penas. Para él, la vida habrá acabado. La vergüenza, el remordimiento impotente lo consumirán. Primero, aguardará a que estalle el escándalo; luego, esperará el juicio. Por último, que la gente olvide. Sin embargo, antes de que esto se olvide, estará muerto. Pero si vienes conmigo...

—¡Hace un momento decías que os parecíais! —lo interrumpió Ada violentamente.

—Como se parecen el perro y el lobo —respondió él encogiéndose de hombros—. ¡Ada! ¿Es que puedes imaginar por un instante que te perdonará?

—¿A mí? Pero ¡si yo no he hecho nada!

—Lo arrojaste a la fuerza entre nosotros, la chusma judía, los aventureros, los inmigrantes, los extranjeros... ¿Qué otra cosa será de ahora en adelante? El, que tenía amigos, una familia, una fortuna, una mujer francesa... ¿Te lo imaginas? ¿Te imaginas el cambio? ¿Qué es el escándalo, el deshonor, para mí? ¡Nunca me han respetado! ¿Qué significa el exilio en mi caso? No tengo patria. Pero él... ¿Y crees que te lo perdonará?

—¡Eres repugnante! ¡Te maldigo! ¡Te deseo la muerte! ¡Ojalá mueras abandonado por todos! —farfulló ella con un hilo de voz, pero, asustada por las feroces imprecaciones que escapaban de su boca, acabó callando.

—¡Ven conmigo! —pidió Ben una vez más—. ¿Eh, Ada? —insistió en un tono casi infantil, como cuando eran niños y de noche la llamaba desde debajo de la ventana para que lo acompañara a la orilla del río.

—No. Vete tú solo —le respondió ella, como entonces, y abriéndole la puerta.

Ben se agachó y posó los labios en la mano de Ada. Luego, bajó la escalera, llegó a la calle sin encontrarse con nadie y desapareció.

**29**

Ada bajó a toda prisa tras él. Al principio, pensó en correr a casa de Harry, pero sabía que él no se iría: no abandonaría a sus tíos, ni el banco, amenazado por el escándalo. ¿Cómo podía huir cuando lo retenían tantas ataduras? No, era inútil ir en su busca. Además, le daba pena. Aún no eran las cinco; que durmiera feliz una última noche. Y, para acabar, tenía miedo de él. Ben estaba en lo cierto: todo era culpa de ella. ¿Cómo iba a perdonarla? Lo había arrastrado lejos de los suyos, a su propia jungla virgen. No. No iría a casa de Harry. Pero entonces, ¿quién le quedaba? ¿A quién suplicar? ¿A quién pedir consejo, ayuda? No tenía a nadie en el mundo, aparte de Madame Mimi y su tía Rhaissa, que había regresado a Francia después de que Lilla dejara a su príncipe para huir con un músico de la corte.

Ascendió por aquella escalera cuyos peldaños había bajado hacía tanto tiempo con las mejillas todavía ardiéndole por las bofetadas, para ir a caer en brazos de Ben. En el primer rellano, había una hornacina de madera pintada, y aún recordaba haberse detenido allí un instante antes de reemprender la huida y salir a la calle. ¡Y ahora corría hacia la tía Rhaissa a fin de pedir ayuda!

Cuando esa idea cruzó su mente, se agarró a ella y consiguió retenerla un instante y comprender lo que tenía de irónico consuelo. «Si has olvidado eso, del mismo modo olvidarás a Harry y Ben», se dijo.

Había llegado. Llamó al timbre y golpeó la puerta con los nudillos repetidamente. Por fin, apareció su tía: seguía delgada y ágil, pero su pelo rojo había encanecido y su expresión dura y enérgica había dado paso a una actitud suspicaz y falsamente resignada, como si pensara: «¡Ah, no volverás a hacerme albergar esperanzas! No necesitas decírmelo, ahora ya sé que para mí todo ha acabado, que hace mucho tiempo que las cartas están repartidas y la suerte echada, y que sólo puedo presenciar las partidas de los otros sin intervenir, y aún dar gracias si me admiten.»

—Bueno, ¿y ahora qué quieres? —gruñó, mirando fijamente a su sobrina.

—Acabo de ver a Ben —respondió Ada, y su voz se le antojó extraordinariamente serena y lejana, separada de ella, como un eco que, para burlarse, repitiera su desesperada frase en un tono de lo más monótono—. Se ha ido. Iban a detenerlo esta misma noche.

La tía Rhaissa no dijo nada, pero su frente y sus mejillas se llenaron de manchitas rojas, como siempre que la embargaba una emoción real. Por suerte, nunca lloraba. Fue un consuelo oírle decir con voz hosca, tan parecida a la de antaño:



—Entra o sal, pero no me tengas en la corriente.

Ada la siguió dentro. Como de costumbre, el pequeño salón estaba lleno de telas, agujas, patrones... Rhaissa recogió y amontonó maquinalmente las revistas de moda que cubrían la mesa. Pero de pronto se interrumpió y, con un débil gesto de sorpresa, se llevó las manos a la cara y la frente.

—A mi edad, es duro.

—Sí, tía —convino su sobrina, compadecida.

No se les había ocurrido encender la lámpara: una leve luz natural iluminaba el maniquí forrado de tela gris, colocado en un rincón de la salita. Sentadas en el canapé, las dos mujeres permanecieron en silencio por unos instantes.

—¿Cómo estaba? —preguntó al fin Rhaissa.

—Como siempre —respondió Ada encogiéndose de hombros.

—Sí, en la horca seguirá siendo el mismo de siempre, lleno de esperanzas. ¿Qué quería de ti? Estáis separados. —Su sobrina no respondió—. ¿Te irás con él?

—No.

—Haces mal. Estallará el escándalo y te salpicará también a ti, porque eres su mujer y llevas el mismo apellido. Te guste o no, estáis unidos. Deberías haberte marchado con él. ¿Qué será de ti aquí? Tu amante te abandonará; no te perdonará que por tu culpa se haya visto implicado en un escándalo.

—¿Dónde está Madame Mimi? —preguntó Ada con voz temblorosa.

La anciana era su última esperanza. Ella no le repetiría, como Ben y la tía Rhaissa, que había traicionado y perdido a Harry.

—Ve con ella —dijo su tía, señalando la habitación de al lado—. Está durmiendo. No te ha oído llegar. Tiene un sueño envidiable. Yo ya no pego ojo por la noche. Pero ¡ella no tiene ni ha tenido hijos, dichosa criatura! Puede dormir.

Ada entró en la pequeña habitación que ocupaba Madame Mimi. Mas, para su sorpresa, la encontró despierta; estaba sentada ante la mesita, con un chal de seda roja con borlas sobre los hombros y las cartas esparcidas bajo la lámpara. La anciana alzó los ojos hacia el rostro de Ada.

—Ven —le dijo con dulzura—. Te he oído llegar, pobrecita mía. ¡Qué sola, qué desesperada tienes que estar para haber vuelto aquí!

Esta vez, Ada no pudo contener las lágrimas. Se dejó caer en una silla y, en voz baja y entrecortada, repitió lo que le había contado Ben.



—¿Qué puedo hacer, Madame Mimi? —murmuró.

—Nada. Esperar.

—Pero ¡eso es imposible! —exclamó Ada con angustia.

—¡Ay, qué propio de ti, qué propio de todos vosotros! —dijo la anciana sonriendo casi imperceptiblemente—. Debatiros hasta el final...

—Sabe usted tan bien como yo que sólo su mujer, sólo esa familia francesa puede salvarlo —prosiguió Ada con aquella voz fría y lejana que a ella misma le parecía la de otra.

—Si quieren, Ada.

—¡Y si no quieren, entonces será sólo mío! —exclamó, mientras un destello de alegría iluminaba sus ojos. Pero en ese momento recordó las palabras de Ben y la tía Rhaissa y murmuró—: De todas formas, lo he perdido. —Había confiado en obtener consejo de las ancianas, pero ahora comprendía que nada había cambiado: siempre había estado sola y siempre lo estaría, sin más consejero que ella misma, o una especie de doble, sensata y desencantada, escondida en su fuero interno—. ¿No es verdad? —preguntó, alzando un poco la voz, dirigiéndose a sí misma más que a Madame Mimi—. ¿No es verdad que, en el fondo, no puedo quejarme? Después de todo, si me hubieran dicho entonces, en Ucrania, que un día Harry Sinner dejaría a su mujer y su hijo por mí... Por mí... —repitió.

—¡Cómo te rebajas! ¡Y qué satisfacción te da rebajarte de ese modo, qué orgulloso placer!

—¡Oh, Madame Mimi! —suplicó como una niña—. ¿De dónde saco ese coraje? Sólo puede salvarlo eso. Que su mujer sepa que me marcho con Ben, que lo crea... Entonces volverá a su lado. Lo ama; es imposible que acepte el deshonor, el escándalo... Tienen un hijo. Conmigo o solo, Harry no es nada; con ella y su poderosa familia para apoyarlo, está salvado.

—¿Y tú?

—Volveré aquí. O me iré a otro sitio. Eso importa tan poco... En esta ciudad, es tan fácil desaparecer cuando no importas a nadie... Porque no me buscará, y eso es justo lo que me desespera. Me ama, pero no me buscará. Como cuando uno quiere matarse realmente, le quitan el arma y se deja hacer sin resistirse, porque en el fondo teme a la muerte. Y yo soy para él una ruptura, un segundo nacimiento, o una muerte —explicó Ada bajando la voz.

—Sí, todavía puede arreglarse —coincidió la anciana, meneando la cabeza—. Aún pueden retirar la demanda. Una familia honorable a su alrededor, un apellido



francés para respaldar el suyo... Creo que es lo mejor para Harry. Para él, digo; pero para ti...

Ada no respondió. Se había tumbado en la cama; parecía exhausta. Madame Mimi la miró y luego fue por una manta, se la echó encima y volvió a su sitio. Tenía esa aparente impasibilidad de la vejez, que parece inhumana pero consuela sin pronunciar una palabra ni derramar una lágrima: era la prueba viviente de que todo pasa y se olvida. Ada no dormía; con los ojos cerrados, cavilaba.

**30**

Esa tarde, al marcharse de casa de Ada, Harry pensó que aún era temprano y que podía pasar una hora con unos amigos, en los alrededores de París. Hacía mucho tiempo que lo habían invitado. Aunque había tenido que declinar asistir a la cena, la fiesta no terminaría hasta las cuatro o las cinco de la mañana. Podía estar allí a medianoche. Se puso en camino.

Entró en la casa. La noche era calurosa, y los criados le dijeron que la gente estaba en el jardín. No quiso que lo anunciaran: encontraría a sus anfitriones él solo. Un foco instalado en la terraza iluminaba apenas la pequeña pista, donde algunos invitados bailaban, pero el fondo del parque permanecía a oscuras.

Se internó entre los árboles en busca de un poco de fresco. Varias mujeres y dos hombres estaban sentados aparte y charlaban con animación, pero Harry no oía lo que decían. Avanzó silenciosamente; tenía el paso quedo de todos los Sinner. Sus amigos no lo vieron hasta que estuvo muy cerca. Como cuando se quiere advertir a un charlatán indiscreto, alguien masculló:

—¡Hum...!

Y todos callaron.

Se dio cuenta de que hablaban de él, pero apenas se inmutó: sospechaba que su separación de Laurence y su relación con Ada eran conocidas por sus íntimos. Aquella curiosidad no lo sorprendía. Tampoco temía su opinión ni sus críticas cuando anunciara su segunda boda. Se movía en un ambiente de burgueses ricos entre los que los divorcios y los adulterios resultaban tan frecuentes que no escandalizaban a nadie. Incluso habría esperado alguna alusión, una broma susurrada por alguna de las presentes, todas las cuales, en mayor o menor medida, habían buscado sus «favores» antes y después de su matrimonio. Fue su silencio lo que lo asombró. Luego, uno de los hombres, con el tono artificialmente vivaz y sonoro que se emplea cuando quieren disfrazarse secretos pensamientos, exclamó:

—¿Dónde demonios se había metido? Precisamente hablábamos de usted. Ya no se le ve en ningún sitio.

«Eso es por si los he oído nombrarme mientras me acercaba», se dijo Harry, y se sintió ligeramente irritado. ¿Qué tenían que decir? ¿Por qué no lo dejaban en paz? Trató de serenarse y pensó que era absurdo dar importancia a las maledicencias, aunque no pudo evitar responder con voz vacilante y confusa:

—Sí. He estado muy ocupado...



De nuevo el silencio. Recibían cada una de sus palabras con atención y una hostilidad apenas manifestada pero perceptible; y cuando había acabado de hablar, de pronunciar con esfuerzo una frase cuidadosamente elegida por su insignificancia, permanecían callados unos segundos, unos segundos de más... De un modo similar se mide la profundidad de un barranco por el ruido que hace una piedra lanzada al vacío. Harry tenía la sensación de estar separado de los otros por un espacio que aumentaba sin cesar. A continuación, todos hablaban y reían al mismo tiempo.

—¿Mucho trabajo en estos momentos? —le preguntó alguien.

Recordando que, desde que Laurence se había ido, no había aparecido por ninguna parte, ni siquiera en junio, cuando los miembros de un grupo se encuentran quince veces al día en quince sitios distintos, se apresuró a asegurar a sus amigos que, efectivamente, había tenido mucho trabajo.

—¡Qué suerte! —exclamó el hombre que le había dirigido la palabra en primer lugar—. Por mi parte, podría cerrar la oficina y desaparecer durante seis meses. La cosa no puede ir peor.

Una mujer le preguntó por Laurence en un tono que no era ni de torpeza ni de impertinencia, sino como quien formula una pregunta al azar por callar otra inoportuna.

Harry respondió breve y evasivamente. Una pareja se alejó, seguida de otra. Las dos mujeres que se quedaron fumaban sin decir nada.

—Aquí hace fresco... —comentó Harry.

Las mujeres parecieron alegrarse de aquella excusa que les daba de manera voluntaria, porque se daba cuenta con toda claridad de que también ellas deseaban marcharse.

—Sí, ¿verdad? —exclamaron—. Debe de ser tarde. Este aire que viene del estanque es criminal.

Se levantaron, le sonrieron y desaparecieron. Harry siguió sentado en el mismo sitio, mirando una luz que rielaba débilmente en el agua.

Con la cabeza baja, las delgadas manos entrelazadas sobre una rodilla y el largo y frágil cuello inclinado, parecía un pájaro solitario en su rama entre otros que no son de su especie y a los que contempla de lejos sin atreverse a unirse a ellos. Esta imagen, que se le ocurrió a su pesar, ya no lo abandonó. Se levantó haciendo un esfuerzo de jovialidad, de orgullo. Después de todo, ¿qué había hecho para sentirse tan culpable?

«Nada —pensó con intensidad—. Nada. Mi mujer y yo nos hemos separado



de mutuo acuerdo, y además mi matrimonio no es asunto de nadie. ¿Qué les pasa a todos esta noche?»

Intentó tranquilizarse. No era la primera vez que comprobaba con sorpresa hasta qué punto era vulnerable. ¡Cómo reaccionaba ante la menor palabra de reproche, ante la frialdad de una mirada!

—Pero me importa un bledo toda esta gente —murmuró enfadado—. Me importan un bledo —repetió varias veces con violencia.

Tenía frío y, sin embargo, la frente se le empezaba a perlar de sudor. Se estrujó los dedos nerviosamente. «Ha ocurrido una desgracia —se dijo—, una desgracia que yo desconozco y ellos saben.» De pronto, pensó en el banco. Llevaba una semana sin aparecer por allí. Desde hacía dos años, vivía bajo una amenaza imprecisa pero aplastante; sin embargo —y eso era lo extraño—, aquel estado de miedo, de sordo pánico, lejos de sorprenderlo le resultaba familiar, como el hombre nacido y criado a la orilla del mar nota el sabor a sal en los labios antes de oír el rumor de las olas cuando vuelve a su tierra. Por instinto, y sin saber lo que temía, ya había recurrido a todos los mecanismos de defensa que permiten soportar la angustia. Sabía qué pensamientos pueden aceptarse y cuáles deben ahuyentarse, cómo dejar la mente a media luz para ocultarle lo que no obstante habrá de ver un día, porque no puede evitarse. Había aprendido a soportar el insomnio, la preocupación y las súbitas palpitaciones cada vez que el teléfono sonaba inesperadamente, cada vez que oía el timbre de la puerta. ¿Aprendido? ¡No! Siempre había sabido hacerlo.

Entre los árboles, vislumbró a unas mujeres con vestidos rosa. Unos hombres reían; las brasas de sus cigarrillos iluminaban sus plácidos y felices rostros. Eran sus amigos. Nunca había encontrado diferencias entre ellos y él. Ahora se preguntaba si en realidad no se habría equivocado, si les resultaba incomprensible, y cómo lo tratarían en la desgracia.

Porque sabía que había ocurrido una desgracia. Lo presentía. Lo barruntaba, como los animales la tormenta. Lo recordaba. Aquella mano helada que estrujaba el corazón, aquella respiración que se detenía y aquella boca jadeante, el ansia, la tristeza pesada... Nada lo sorprendía, ni su sorda resignación ni su invencible esperanza. («Hará falta mucho valor, mucho trabajo. ¿Quién podrá presumir en este mundo de reunir mi valor y mi capacidad de trabajo? Además, todo eso pasará. Todo eso ha ocurrido ya, no sé cuándo ni dónde, pero ya lo he perdido todo y lo he recuperado. Todo eso no tiene auténtica importancia. Ni siquiera la muerte la tiene.») Reconocía todos los miedos y las angustias. Y de vez en cuando, despertaba como de un sueño y pensaba: «Pero ¿qué ha pasado? Esa gente me ha recibido con frialdad, y ya está. ¿Qué tiene eso de extraordinario? De esas mujeres, al menos dos me habían invitado, y me disculpé en el último momento... Eso es todo, eso basta, soy un



idiota... Y, en definitiva, sé que no soy culpable de nada. Una vez más, no he hecho nada. Soy inocente.»

Pero ¿había sentido en alguna ocasión esa bendita certeza de ser inocente, de haber sido perdonado, de ser amado? ¡No! Había nacido así, sintiéndose culpable de un crimen que no había cometido, sabiendo que nadie intercedería por él ni lo redimiría, que estaría solo ante un Dios implacable.

De pronto, no pudo seguir soportando su aislamiento. Se levantó y se unió a un grupo que pasaba. Escuchó las risas de las mujeres; se acercó al estanque; regresó a la casa, donde quedaba poca gente, y se puso a deambular por los salones medio vacíos. Pidió su coche. Mientras cruzaba la terraza, aún le dio tiempo a oír una voz que murmuraba a sus espaldas:

—Harry Sinner...

Se estremeció. ¿Quién había pronunciado su nombre? Se volvió, esperó. Pero no, nadie lo llamaba; simplemente hablaban de él. Esa noche, todo el mundo hablaba de él. Se sintió perdido.

Al subir al coche, se mantuvo muy sereno y erguido, pero poco a poco sus brazos se aflojaron, su frente se inclinó, sus hombros cayeron... Delgado, endeble, friolero, estrujándose las hermosas manos, se balanceaba suavemente en la penumbra como antes que él habían hecho tantos cambistas detrás de sus mostradores, tantos rabinos inclinados sobre sus libros, tantos emigrantes en las cubiertas de los barcos... Y, como ellos, se sentía extranjero, perdido y solo.

**31**

¡Qué fácil resultaba desaparecer en el caso de una chica como Ada! Pagado el alquiler, con la pequeña maleta de Ben llena de libros, un poco de ropa interior en un bolso, los cuadros descolgados de la pared y la suave y cálida manta, regalo de Harry, doblada en el fondo de una vieja sombrerera, se había puesto en camino.

—¿No deja una dirección? —le había preguntado la portera—. Si ese señor... ya sabe... Si pregunta, ¿qué hay que decirle?

—Que me he ido con mi marido.

—¡Ah! ¿Sí?

La portera la había mirado con pena. Seguramente, la policía ya le había preguntado por Ben.

«Si realmente quiere buscarme —pensaba Ada—, el Servicio de Extranjería le informará; pero creerá que estoy lejos, más allá de la frontera. En estos momentos no puede abandonar Francia para buscarme, y es mejor así. Desde luego, mejor así.»

En una estafeta de correos, le había escrito a Harry: «Me voy con Ben. Adiós.»

¿Qué podía añadir? Se sentía el corazón helado, pesado como una piedra, y hasta su mente, siempre enfebrecida y ágil, parecía yerta y aletargada, como entumecida de frío. Si al menos hubiera podido confiar en que seguiría así, el futuro le habría parecido soportable; pero sabía perfectamente que una mañana despertaría y comprendería lo que había perdido.

Durante dos días vagó por los alrededores de casa de Laurence. Al principio, pensó en ir a verla, explicarle la situación, hacerle comprender que fingía abandonar a Harry, que se sacrificaba por él. Imaginar el desconcierto, el asombro, la admiración de ella le procuraba una satisfacción un tanto indigna pero indudable, no muy distinta a la que produce un espectáculo. Porque Laurence la habría admirado... Recorría la ardiente acera (era finales de agosto y hacía un calor sofocante), y miraba con envidia las altas y amplias ventanas. ¡Qué grandes y frescas debían de ser las habitaciones detrás de los postigos cerrados! La conducirían ante Laurence y le diría: «Déjele volver. Tuve lo que quería. No pido nada más. No quiero ser la causa de su ruina.» Se odiaba por mezclar el orgullo con su amor. ¿Era realmente el orgullo lo que prevalecía en su corazón, un «corazón duro», como lo llamaban las Escrituras, que sin embargo le resultaba tan imprescindible como su misma sangre?

Temía que Laurence no estuviera en París en esa época, en la que todas las



casas de los barrios ricos se hallaban vacías y con las ventanas cerradas. Pero no; se había informado de que la familia Delarcher al completo seguía en la ciudad, lo que le parecía buena señal. Entre Harry y su mujer no todos los lazos se habían roto. Laurence aún se interesaba por él; no quería abandonarlo. «Puede que se haya inventado algún pretexto para quedarse», pensaba Ada. Un dolor salvaje, casi maternal, la desgarraba cuando imaginaba el abandono, la soledad de Harry. En esos instantes, pensaba que tendría el valor necesario para entrar en casa de Laurence y arrastrarla hasta la puerta de Harry. Sin embargo, no se decidía. Ya habían pasado cuarenta y ocho horas, como en un sueño turbio y aterrador.

Empezó a escribirle a Laurence: «Me voy para estar con mi marido, expulsado de Francia. Comprenderá usted que no volveré jamás y que ambos pueden olvidarme...» Pero se detuvo y rompió la carta. Tenía que conseguir de labios de ella la garantía de que regresaría con su esposo y, sobre todo, la seguridad de que el viejo Delarcher no abandonaría a su yerno. Esa era la secreta esperanza de Ada. Haría cualquier cosa en el mundo para salvar a Harry; pero ¿y si no fuera posible? En otros momentos, pensaba: «Fingiré que desaparezco. Todo se arreglará y luego...» Mas el riesgo era demasiado grande, demasiado inminente: sólo podía conjurarlos sacrificando completamente todas sus posibilidades de ser feliz.

«Si actúo de ese modo, Dios me castigará», se decía. Miraba de lejos las iglesias católicas y las hileras de cirios encendidos al otro lado de las puertas, que esos días de tanto calor permanecían abiertas. Pero se detenía ante ellas como ante la casa de Laurence: todo aquello formaba parte de un mundo diferente, donde no podía penetrar. Caminaba sin descanso, muerta de sed. Tras sentarse unos instantes en un placita ajardinada del barrio de Laurence, en que había una fuente que manaba agua fresca, se mojaba las manos y la cara y echaba otra vez a andar.

Por fin, la tarde del segundo día, vio salir de casa a Laurence. Sólo la había visto una vez; hasta entonces, había pensado en ella sin dotarla de rasgos verdaderamente humanos: era la mujer de Harry; formaba parte de toda aquella brillante muchedumbre que, desde el nacimiento de Harry y el suyo, se había interpuesto entre ellos y titilaba ante sus ojos, fría e indistinta, como las estrellas en el cielo. Ahora, por fin la veía. Era una mujer joven y hermosa, pero ni su juventud ni su hermosura poseían ese carácter sobrehumano que Ada había imaginado. No era una diosa, sino una mujer rubia, cuya piel, enrojecida por el calor, se ajaría rápidamente. Se sintió presa del miedo y de unos celos físicos que no había sentido hasta entonces. Miedo, porque de pronto pensó que Laurence no tenía el poder que le atribuía y, en el mismo instante, todas sus ideas cedieron, todas sus esperanzas se elevaron y desplomaron como briznas de paja cuando sopla la tormenta. Dudó de la excelencia, del poder sin límites de la familia francesa. Había creído que bastaría con



volver a poner a Harry en manos de los Delarcher para salvarlo, pero ¿era cierto? ¿No habría otros poderes a los que dirigirse? Así se habían pasado la vida sus padres en este mundo, buscando desesperadamente protectores cada vez más influyentes, situados cada vez más arriba, y no encontrándolos, dudando sin cesar de los que habían elegido, ellos, que habían tenido a Dios por señor y lo habían olvidado. Y al darse cuenta de que la extraordinaria Laurence era tan semejante a ella, tan parecida a una mujer corriente, entendía al fin los vulgares celos femeninos: veía a Harry reconciliado con su esposa, es decir, compartiendo su habitación, su cama, acariciándola... Una aversión instintiva se adueñó de su corazón. «Al fin puedo ver a Harry parecido a mí, realmente a mí, alimentado con el mismo pan amargo, ¿y estoy dudando? —se dijo—. ¿En verdad quiero devolvérselo a su mujer, a su hijo, a los Canaletto de su comedor, donde apenas me atrevo a entrar, a sus libros lujosamente encuadernados con las armas de los reyes franceses, a cuanto lo hace extraño a mí? ¡Nunca! ¡Nunca!»

Se echó a llorar. Los transeúntes la miraban, pero Ada había llorado más veces en la calle, rodeada de gente, que púdicamente protegida por postigos cerrados y cortinas corridas. No se avergonzaba de sus lágrimas. Sabía que no le importaban en realidad a nadie, que podía sollozar cuanto deseara derrumbada en aquel banco sin provocar más reacción que el encogimiento de hombros de un policía, que murmuró:

—Vamos, vamos... No te lo tomes así, muchacha...

Bajo los árboles de la avenida, con el pelo revuelto y la cara marcada por el barro de hierro en que la apoyaba, lloró largo rato, y sólo un niño se detuvo y la miró con respetuosa y fraternal compasión. Ada le sonrió entre lágrimas.

—¿Está enfermo tu hijito? —preguntó el pequeño, animándose. Ella negó con la cabeza. Era un niño lleno de chorretones, pero de grandes mejillas suaves y sonrosadas. Se acercó a Ada y le frotó las rodillas con las manitas sucias—. ¿Tienes un hijito?

—Sí.

Y aunque le daba miedo formularse a sí misma esa pregunta, al responder a aquel niño desconocido, experimentó de nuevo una especie de paz y se enjugó las lágrimas.

Ahora que había dejado de llorar, volvía a ser extraña y amenazadora, pensó el niño, como todas las personas mayores. Dio un paso atrás y, aunque Ada lo llamó, no volvió a acercarse, sino que siguió observándola de lejos con desconfianza y temor. Ada sintió que su último amigo la abandonaba. Se levantó y regresó ante la casa de Laurence. Iban a dar las ocho. La mujer de Harry había salido vestida de calle; seguramente volvería para cenar. Estuvo esperando mucho rato, pero por fin la



vio aparecer. Aun antes de reconocerla, la avisó un extraño y repentino palpito del corazón. Fue rápidamente a su encuentro.

Laurence se detuvo e hizo ademán de retroceder, un leve gesto de miedo y rechazo, pensó Ada, que ahora la miraba sin odio, con profunda atención, como si escrutara el rostro de una modelo, pensando: «Tengo que adivinar en sus ojos, más que en sus palabras, lo que realmente ha decidido hacer, y luego orientar toda mi vida de acuerdo con esa mirada.»

—Me voy dentro de una hora —anunció.

—¿Sí? —dijo Laurence, apartándola para intentar pasar, pero con gesto vacilante, lento y débil, como quien se debate en sueños contra esas aguas profundas, esas arenas movedizas, esos tenebrosos estanques que surgen en las pesadillas y nos absorben.

—No regresaré nunca, señora. Jamás volveré a ver a Harry.

—Váyase, se lo ruego.

De pronto, Ada agarró la mano de Laurence, que se quedó paralizada.

—Escuche... Sólo usted lo sabrá —le dijo atropelladamente—. Harry cree que me he ido con mi marido. Es mentira. Sigo en París. Podría hacer lo que quisiera, marcharme o quedarme e intentar recuperarlo. Pero le juro que no volveré a acercarme a él, que no le recordaré que existo con una sola palabra ni una sola carta, si usted cree que eso puede salvarlo. —La otra guardaba silencio, pero no hacía el menor movimiento para alejarse. También ella miraba con ansiedad el rostro de Ada, sin duda intentando leer el pensamiento de aquella extraña—. ¿Quiere ayudarlo? —Laurence bajó la cabeza. Aquella escena en plena calle parecía hacerla sufrir como una insoportable vulgaridad que sólo conseguía aumentar su resentimiento y su dolor, se dijo Ada. Por un instante pensó: «Pobre Harry... Infeliz con ella, infeliz conmigo, entre dos fuegos, entre dos razas... ¿Qué será de él?»—. ¿Puede ayudarlo?

—Yo no —respondió la otra en voz baja—, mi padre.

—Sí, es lo que creía. ¿Querrá hacerlo?

—Sí, si renunciamos al divorcio. Harry... —Laurence se interrumpió y enrojeció penosamente—. ¿Ha intentado dar con usted?

—No. —Las dos callaron—. ¿Cree que podrá arreglarse todo, señora? —insistió Ada—. ¿Que podrá ser como antes, como si yo no hubiera existido?

Laurence no respondió, pero bajo la fina piel de sus guantes sus dedos se crisparon.

Ambas mujeres, llenas de miedo y odio, se miraban sin hablar. Ada



permanecía inmóvil; sentía que, cuando dejara a Laurence, habría perdido a Harry para siempre y sería en verdad como si nada de aquello hubiera ocurrido. «Igual que en los cuentos de hadas —pensó con estupor—, cuando te ves junto a un espejo roto o una lámpara apagada, y el encantamiento ha acabado.»

Sí, aquella mujer, aquella Laurence, era un vínculo entre Harry y ella, el único que le quedaba. Una palabra, un paso, y todo habría terminado. Había remontado el curso de su vida una vez más; volvía a estar en el punto de partida. Haciendo un esfuerzo, se alejó de ella. No corrió, sino que se marchó lentamente y cabizbaja. Pero aquel corazón que nunca renunciaba a la esperanza empezaba a estremecerse, a murmurar en el interior de Ada: «Lo perdí y lo recuperé. Tal vez vuelva a...»

Pero no. El sacrificio debía ser completo. Trataba de vencer aquel terco deseo de felicidad, aquella incomprensible y absurda fe en que, en realidad, Harry le estaba destinado, que seguía alentando en su interior.

Caminaba pesadamente, agarrándose a las verjas de la avenida, con los labios ardiendo y las piernas cansadas y doloridas, sin derramar una lágrima.

**32**

Ada apenas recibía cartas. Así que, cuando llegó un sobre a su nombre a la casa donde vivía, durante un instante se dejó cegar por la esperanza. Sin embargo, no era la letra de Harry; sólo se trataba de una orden de expulsión, con un plazo de ocho días para los trámites indispensables. Ben se hallaba en paradero desconocido. Tal vez no lo buscaban con demasiado empeño: desde que Delarcher se había hecho cargo de los asuntos de su yerno, el revuelo en torno al «escándalo de un grupo de financieros internacionales», como habían dado en llamarlo, había ido apagándose y, siendo Ben la principal pieza del proceso, que se deseaba evitar a toda costa, su presencia en Francia era poco deseable. Pero igual que el mar arroja a la playa, junto con el cadáver del ahogado, las algas y las conchas que lo han seguido y han flotado con él, la previsorá justicia arrojaba lejos a los compañeros de exilio del famoso Ben Sinner, su familia, su madre, su mujer.

Todo se llevó a cabo con la mayor discreción: nadie avisó a los periódicos; Harry ni se enteró. Sus asuntos seguían el curso habitual en casos similares. Después del extenso artículo en un periódico vespertino, la noticia no había reaparecido hasta varios días después, en la segunda página y en caracteres más pequeños; luego había desaparecido, vuelto a aparecer en un suelto, en la página de sucesos, para acabar esfumándose definitivamente. Después, sólo algunas pequeñas notas de chantaje se habían servido de ella, como un perro famélico recoge los restos de una comida abandonada por otros y da vueltas y más vueltas a un hueso. Se publicaron algunas vagas amenazas, una promesa de detalles que se darían ulteriormente... Luego, al producirse acontecimientos políticos de mayor trascendencia, se había hecho el silencio.

Tras la alarma, el viejo banco recuperó sus formas tranquilas y dignas, como un enfermo que, en su delirio, ha revelado sus locuras de juventud, su vergonzoso pasado y sus infames amores, pero despierta sin el menor recuerdo de las palabras pronunciadas durante la noche. (Y si vuelven a su memoria, se tranquiliza; a su alrededor sólo había profesionales: médicos y enfermeras. Nadie hablará.)

Al llegar la orden de expulsión, la tía Rhaisa había ido en busca de Ada para suplicar que acudiera a Harry, que le pidiera que los salvara. ¿Adónde iría? ¿Qué país la acogería? ¿De qué viviría?

Después recibió un misterioso telegrama y se tranquilizó. Ada se percató de que había tenido noticias de Ben; por lo visto, en un lejano país de América del Sur iban a abrirse unos nuevos almacenes, El Pequeño París o La Moda Francesa, y la



enjuta y animosa Rhaissa, con el pelo teñido de flamante rojo, iniciaría una nueva vida con renovadas energías. Ya estaba atareada buscando modelos que llevarse, más o menos de contrabando, mientras seguía tratando de conseguir que retiraran la medida que la afectaba.

Por la tarde, llegaban una tras otra todas las amigas de la tía Rhaissa, todas las emigradas a quienes había conocido en París. Era una extraordinaria reunión de rostros marchitos, gruesos talles, miradas apagadas... Había judías de Odessa y Kiev; antiguas damas de honor de la emperatriz; mujeres ligeras que todavía habían destacado algunos años después del exilio y ahora se comían su pan negro, como ellas decían; esposas o viudas de financieros bajo sospecha, muertos, en fuga o en la cárcel... Para todas aquellas mujeres, el anuncio de la expulsión de una de ellas poseía un significado preciso y siniestro. Quería decir que, tarde o temprano, también podían ser víctimas de la misma medida; que un buen día, tendrían asimismo que abandonar el pequeño y sórdido piso amueblado, la calle parisina que las consolaba de todo con su animación, sus ruidos, su alegría, su cielo claro y sus amables viandantes, y guardar cola a la puerta de los consulados, esperar el prometido pasaporte, que no llegaba, y buscar en otra parte precarios medios de vida. Durante el día, no pisaban la calle; pues veían policías y chivatos por doquier. Pero al caer la tarde se animaban. Subían la escalera de la tía Rhaissa, se sentaban a la luz de la lámpara y miraban en corro la maleta abierta en medio del salón, símbolo amenazador. Al menor ruido, los pasos del portero en la escalera, un golpeteo de nudillos en la puerta, el timbre del teléfono, se recogían la falda y se escabullían, como gallinas que salen disparadas en todas direcciones al ver a una compañera perseguida y atrapada.

Intercambiaban direcciones y soplos en voz baja.

—Yo conozco bastante a la mujer de un comisario...

—Pues la hija de mi patrona trabaja de secretaria en el Ministerio del Interior...

Con el pelo desteñido, los ojos tristes, los hombros encorvados bajo los chales rusos, aquellos vestidos negros, que brillaban en los codos, las manos pequeñas y todavía bonitas, pero con las uñas destrozadas por las tareas domésticas, las cabezas juntas bajo la lámpara de la tía Rhaissa, envueltas en el humo de sus eternos cigarrillos, ejercían sobre Ada una curiosa fascinación. Con sus suaves y cantarinas voces, comparaban las ventajas de los distintos países:

—Mi marido me escribe que Venezuela...

—¡Ay, hija, no me hables de ese sitio! En cambio, en Brasil...

—Pero el clima, las serpientes...



—Dicen que aún quedan plazas en la lista de emigración a Canadá...

Luego, poco a poco, como casi todas eran mayores —las jóvenes tenían otros problemas y no acudían a casa de la tía Rhaissa— y también la vejez posee su ligereza, su manera frívola y melancólica de eludir la verdad, de cerrar los ojos y olvidarse del futuro, hasta del más inmediato y amenazador, hablaban de recetas de cocina o vestidos, y un parloteo senil, salpicado de risitas, de grititos amanerados, ahogaba los suspiros de fulana o mengana. En general, no se compadecían tanto de Ada como de su tía:

—Tú, hija mía, eres joven. A tu edad... Además, si quisieras...

Porque la tía Rhaissa, con una curiosa mezcla de admiración y rencor, les contaba a todas la aventura de Ada con pelos y señales. Y su sobrina, sombría y silenciosa, escuchaba sin levantar la cabeza.

El pudor que sentía le permitía medir la distancia que la separaba de esas mujeres. Gracias al contacto con Harry, y para su desdicha, se había civilizado. Ese despliegue de miserias, tal resignación de resto de naufragio... ¿ése era su destino? Si seguía a la tía Rhaissa, encontraría en todas partes las mismas caras maquilladas como ruinas revocadas a toda prisa que ya no tenían nada en el mundo, ni marido ni hijos ni casa. Ahora, en el momento en que iba a perderlo, Ada se agarraba con desesperación a cuanto había desdeñado. Se había burlado de Harry muchas veces, asegurándole que no era el dueño, sino el esclavo de sus posesiones.

«Pertenece a tus valiosas tazas de Nantes, a tus colecciones de jades, a tus libros...», le decía.

¡Qué felicidad—pensaba ahora— pertenecer a un objeto, o a un ser humano, o a un conjunto de tradiciones, convenciones y costumbres! Poseer, pertenecer, ¿qué más daba? Tener esos lazos, múltiples y delicados o pesados y sólidos, en lugar de ser como aquellas mujeres, como ella misma, una criatura sin raíces, llevada por el viento...

A la hora del té, que se traía de la cocina en tazas desaparejadas, el azúcar en un platillo (pues el azucarero se había roto), Ada las dejaba solas y se tumbaba en el diván bajo la manta de Harry, su única posesión. Era el momento en que la imagen de él, valientemente rechazada durante todo el día, regresaba y se apoderaba de ella. Pese a todo, daba gracias a Dios: había conservado su capacidad infantil de convocar visiones y espejismos, más, próximos a ella, más reales que la verdad. Hacía una semana que no tocaba un lienzo ni un pincel: era demasiado duro, era imposible pintar pensando que no podría enseñarle el cuadro a Harry, oír sus críticas o sus elogios. Pero aquel lento trabajo inexorable, involuntario, de la mente constituía su riqueza. Recreaba a Harry; se reencontraba con él; le hablaba. Las voces de las



mujeres se alzaban y bajaban; milagrosamente, en aquella calle parisina, conseguían hacerla retroceder hasta el lejano pasado. ¿Acaso no estaba a punto de oír recitar a Ben la lección de hebreo en la habitación de al lado? ¿De volver a verse de niña, con el flequillo sobre los ojos, que le escocían de sueño, aguardando sin cesar, esperando? Se tapaba la cara con las manos. Nadie la veía llorar. Todas habían llorado tanto que las lágrimas ya no les llamaban la atención, como no llama la atención la lluvia en otoño.

«Los míos son esto. Mi familia es esto», pensaba. No obstante, el día en que expiraba su permiso de residencia en Francia, se despidió de su tía, abrazó a la muda y llorosa Madame Mimi y, dejando atrás a Ben, su recuerdo y el de Harry, renunciando a la esperanza, se marchó sola. Le habían concedido un visado para un pequeño país de Europa Oriental.

**33**

El niño estaba a punto de nacer. Iba a ocurrir en una pequeña ciudad de Europa Oriental, en marzo, en una habitación de hotel encima de un mercado. Ada no había podido encontrar plaza en un hospital, porque el clima de guerra civil, que reinaba en el país de forma endémica, había estallado días antes en una sucesión de huelgas y represalias: los hospitales estaban a rebosar. Todavía podía hacerse un hueco para los nacionales, pero no para los extranjeros, le habían dicho.

Y ella se había conformado; estaba acostumbrada. Por otra parte, disponía de medios: diez años vividos en París eran suficiente certificado. Había encontrado trabajo de vendedora en unos grandes almacenes de la avenida principal. Sobre su negro pelo, que había recobrado su antigua rebeldía, se probaba los sombreros «a la parisién» y las clientas, tentadas, compraban platillos de café adornados con flores o turbantes rodeados de redecillas de lunares y los posaban sobre sus rubios o pelirrojos moños. Cuando estaba harta del negro y el gris que la rodeaban, descansaba gustosamente la vista en aquellas deslumbrantes cabelleras, del color del trigo y el oro. El invierno era largo; la luz, tras brillar unas cuantas horas sobre la nieve, lanzaba una flecha ensangrentada que atravesaba como un rayo la neblina sobre el río y se extinguía. Cuando salía de la tienda, Ada no encontraba más que tinieblas. No era la noche de París, iluminada por letreros y farolas, sino una oscuridad gélida, un cielo cruel, negro, contra el que los altos tejados nevados se recortaban con implacable precisión. A ambos lados de la calle había tales rodadas que temía caerse a cada paso y avanzaba trabajosamente con la mandíbula apretada y la cabeza baja, sin ocurrírsele siquiera echar un vistazo a las frías y relucientes estrellas, más cercanas y claras que en la capital francesa.

El domingo no salía de casa y se pasaba el día pintando, feliz, porque todo el esfuerzo de su voluntad se resumía en elegir entre dos tonos de blanco de plata el que mejor respondía a su secreto deseo, o en contemplar aquellas caras entrevistas durante la jornada de trabajo, aquellas mujeres de cabellera rubia. Cuando desaparecía la luz, recordaba que su estado le exigía caminar y respirar aire puro; entonces bajaba a la calle trabajosamente y se acercaba hasta el río, que dividía la ciudad en dos. En algunos sitios, patinaban; sobre el hielo, había una zona rodeada de hogueras, y dentro se veían rápidas y leves sombras. Sonaba una orquestina; se trataba de una fanfarria torpe y ruidosa, pero llegaba a sus oídos suavizada, despojada por el viento de los sonidos demasiado agudos y los mugidos de los cobres. Pasaban trineos con sendos faroles que arrojaban un resplandor amarillo y móvil sobre la superficie helada. Los patinadores que se alejaban del círculo también



se sujetaban a los chaquetones lamparillas de papel aceitado, de modo que cada una de sus evoluciones dejaba tras de sí un fugaz rastro luminoso.

A veces, al ver sola a Ada, algún hombre se le acercaba, seducido por los mechones negros que revoloteaban alrededor de su pálido rostro; pero enseguida advertía que llevaba una criatura en las entrañas y se alejaba sin decir nada. Ada podía quedarse todo el tiempo que le apeteciera y pensar que el año anterior, y el anterior a ése... Pensar, recordar, lamentar, llorar hasta que la barandilla de hierro del puente le helara los dedos y los sintiera débiles y entumecidos. Cuando regresaba a casa, la vecina le traía la frugal cena de un restaurante cercano. Aquella mujer era una emigrada, como ella, expulsada sucesivamente de América y Alemania. Tenía dos hijos en un país europeo, una hija en otro y el marido encerrado en un campo de concentración. Eso formaba una clase especial de personas, fuera de las castas y las razas, un mundo aparte donde la ayuda mutua era la ley. A veces, Ada, que se ganaba bien la vida y tenía pocas necesidades, daba algo de dinero o un vestido viejo a su vecina, que se encargaba de las tareas penosas para la embarazada. Se sobreentendía, casi sin palabras, por una especie de mutua comprensión prácticamente muda, que cuando la criatura naciera sería aquella mujer —Rose Liebig— quien se ocuparía de ella, mientras que Ada seguiría trabajando.

Unos días antes del parto se produjeron disturbios. Al alba, los soldados cargaron a través del mercado desierto. Cuando se alejaban, Ada se asomó a la ventana y vio, caóticamente desparramados por la nieve, cestas vacías, toldos de lona, panes, ristras de ajos... Algunas campesinas que habían llegado durante la noche con sus mercancías habían salido huyendo. Se oyeron disparos durante varias horas; luego volvió la calma. Las mujeres dispersadas regresaron con sus asnos y cestas, las mayores llorando, las jóvenes riendo, y la algarabía del mercado llegó de nuevo a los oídos de Ada, que se había acostado. No tenía fuerzas para levantarse; pensaba con terror que, para llegar al hospital, habría de soportar las sacudidas de un coche con los muelles inservibles sobre el duro empedrado. Casi se sintió aliviada cuando supo que no habría sitio para ella en ninguna parte.

Se arreglarían como pudieran, aseguró Rose Liebig. La habitación era confortable; los paños estaban preparados, había una cuna y cuidados médicos no les faltarían: el hotel estaba lleno de refugiados de Europa Central, la mayoría estudiantes de Medicina y comadronas. Ada, que creía no conocer a nadie, se dio cuenta de que todo el mundo sabía de su estado, y ese día se sintió más mimada y contemplada que en toda su vida: le trajeron manzanas, almohadas para ella y el niño, pasteles vieneses, nueces con miel al estilo judío y frasquitos de colonia. La gente no cruzaba el umbral; desde la cama, ella oía los pasos, que se detenían ante la puerta, vacilaban... A continuación, una mano furtiva deslizaba un paquete desde el



rellano. Sufrió todo un día con su noche. De vez en cuando, perdía el conocimiento; entonces, olvidaba que Harry no estaba a su lado y lo buscaba y llamaba en vano. Se imaginaba que gritaba y lo perseguía de habitación en habitación, de calle en calle... Pero quienes la cuidaban sólo oían gemidos débiles y entrecortados, como avergonzados, y palabras francesas que no podían comprender.

Por la noche, cuando volvió en sí, únicamente vislumbró una lámpara cubierta con un chal de seda verde; el resto de la habitación se hallaba sumido en la oscuridad. Creía que no era la primera vez que sufría de aquel modo y que ya había estado acostada en una cama como aquélla y había traído un hijo al mundo. Era una sensación tan confusa y extraña que se incorporó en la cama y, tras deslizar la temblorosa mano por la almohada de al lado, preguntó en un susurro:

—¿Y el niño? ¿Dónde está el niño? —Alguien le humedeció las sienes y la boca con agua fresca, y, por un instante, reconoció a Rose Liebig. Ambas se miraron—. Rose, ¿dónde está el padre? —preguntó de pronto, esforzándose por sonreír débilmente—. Sé que en estos momentos piensa en mí.

—Sí, sí —murmuró la otra, compadecida.

Y se alejó hasta desaparecer en la zona en penumbra del dormitorio, dejando a Ada sola con sus fantasmas. Surgían de todos los rincones de la habitación: la tía Rhaissa y Madame Mimi, Ben y Laurence... El único que no aparecía era Harry, y ella sentía que se le partía el corazón. Al fin, los dolores remitieron, pero el niño no había nacido. Varias comadronas se acercaron a la cama; intentaron hacer que se comiera una naranja. Ada chupó unos gajos espolvoreados con azúcar y se sintió mejor, más fuerte. A su alrededor hablaban; contaban los muertos de la revuelta del día anterior en las grandes fábricas de los suburbios del sur.

—Qué tiempos —suspiró alguien—, qué tiempos tan tristes para venir al mundo... Y ella no tiene a nadie.

—¡Bah! ¡Hasta la mujer más rica y querida se siente sola el día que trae al mundo a su primer hijo, tan sola como la que muere o que cualquiera de las que hemos parido! —respondió Rosa.

¿Era Rose Liebig quien hablaba? ¿O acaso Ada oía aquella voz interior, más sabia y mayor que ella, que tantas veces la había consolado? Se movió en la cama, y las palabras, monótonas y familiares, la arrullaron de nuevo:

—Dicen que quedan plazas en la lista de emigración a Canadá. Dicen que, a través de la hermana del cónsul de Persia, que conoce a la secretaria del jefe de...

¿Dónde había oído aquello? Había sido en París, en otro mundo, hacía siglos. Todo se confundía, se alejaba, desaparecía... ¿Había conocido a Harry realmente? ¿O



se trataba de un sueño? Por un instante, tembló ante la idea de despertar en su habitación de la infancia, en Ucrania, y descubrir que había imaginado todos aquellos años de felicidad y sufrimiento.

«Pero no me arrepiento de. Nada —se dijo—. He sido feliz. No lo sabía, pero me colmaron de felicidad. He sido amada. Aún lo soy, lo sé, pese a la distancia, pese a la separación. Sigo teniendo los ojos, las manos, mi bendito trabajo.»

No pensaba en la criatura, pues en esas horas inmediatamente anteriores al parto se olvida al niño. Otros piensan en él, pero la madre que sufre no. De vez en cuando, Ada se preguntaba con estupor: «Pero ¿por qué me duele tanto? ¿Es que no va a acabarse nunca, Dios mío?»

El peor momento, al final de la noche, fue ese instante en que los dolores parecen insoportables, en que se teme morir. Nadie había experimentado tanto temor como Ada, pues ¿qué sería del niño?

De pronto, pensó en el viejo icono que había en la habitación de Nastasia, en otros tiempos, y llamó en su ayuda a aquella otra pobre judía que había huido de país en país, con su preciosa carga en el vientre.

El niño vino al mundo y lloró.

Ada oyó los ruidos del mercado, el alegre griterío que ascendía hasta su habitación. Hacía un día precioso, casi sin nieve ni viento. Acercaron la cama hasta la ventana, hasta la luz, y acostaron al niño junto a ella. Todo el mundo se había ido. Rose Liebig cosía en un rincón. Igual que se descansa al anochecer después de una larga caminata; como, tras soportar el polvo y el calor, la piel siente la frescura de las sábanas, la blandura de la cama, Ada, con los ojos cerrados, se sintió invadida por una dicha física, casi animal, mejor que nada que hubiera sentido hasta entonces. Movié débilmente las manos, y el roce de las sábanas la llenó de una dulce y tranquila alegría. Miró la luz en los cristales de la ventana y sonrió. Tenía la sensación de que su ser, desgarrado por el dolor, no había recuperado su unidad, su tremenda capacidad de sufrir cuando sufría una parte cualquiera del cuerpo o el alma; había salido de su esclavitud; estaba disociado, formado por mil diminutas Adas que conservaban todas su libertad y todas se alegraban sin preocuparse de las demás, sin preocuparse, sobre todo, de la verdadera Ada y de su pasado. ¿Realmente había tenido un pasado? Le había dado la vida al recién nacido, pero él le hacía un hermoso regalo: compartía con su madre su propia riqueza: el don del sueño, el don de la ignorancia, tal vez el del olvido.

El niño estaba en sus brazos. Juntos dormitaron y despertaron, él, para empezar a llorar y ella, para mirarlo y sonreírle. Tenía el pelo negro y ralo sobre una frente amplia. No se parecía a nadie. Por más que lo escrutaba, Ada no descubría en



él ningún rasgo conocido, pero al mismo tiempo le parecía muy viejo y sabio, como todos los recién nacidos en las primeras horas de vida.

Con profundo asombro y enorme felicidad, notaba junto a su cuerpo un rápido y suave pulso, los leves latidos de un corazón que respondía al suyo. Entonces se acordó de Harry cuando lo tenía entre sus brazos. Sin embargo, éste parecía lejos de ella, había retomado su lugar de sueño. Lo había tenido y lo había perdido. Ciertamente, su destino era duro e incomprensible, pero sin saber por qué le parecía que estaba en el umbral de una explicación, de una verdad que de pronto arrojaría luz sobre la injusticia y resolvería el problema. De esa verdad, el niño sabía una parte, sin ninguna duda, y eso le daba su apariencia de anciano lleno de sabiduría; la otra parte la tenía ella, ella, que ya no luchaba, que no pedía nada, que no se arrepentía de nada, que se sentía a la vez tan ligera y tan cansada. Aquellas dos mitades de la verdad, ¿se juntarían y formarían una luz resplandeciente? La llama alcanza los árboles uno tras otro y acaba incendiando el bosque entero.

Ada contó con los dedos, como un niño que enumera sus posesiones: «La pintura, el pequeño, el valor: con eso se puede vivir. Se puede vivir muy bien.»

Rose Liebig, un poco asustada por su silencio, se levantó y miró hacia la cama.

—¿Estáis bien los dos? —preguntó. —Estamos bien, los dos.

Y, sonriendo, repitió «los dos» y pensó que era la primera vez que podía decir aquello con certeza, y que era hermoso.